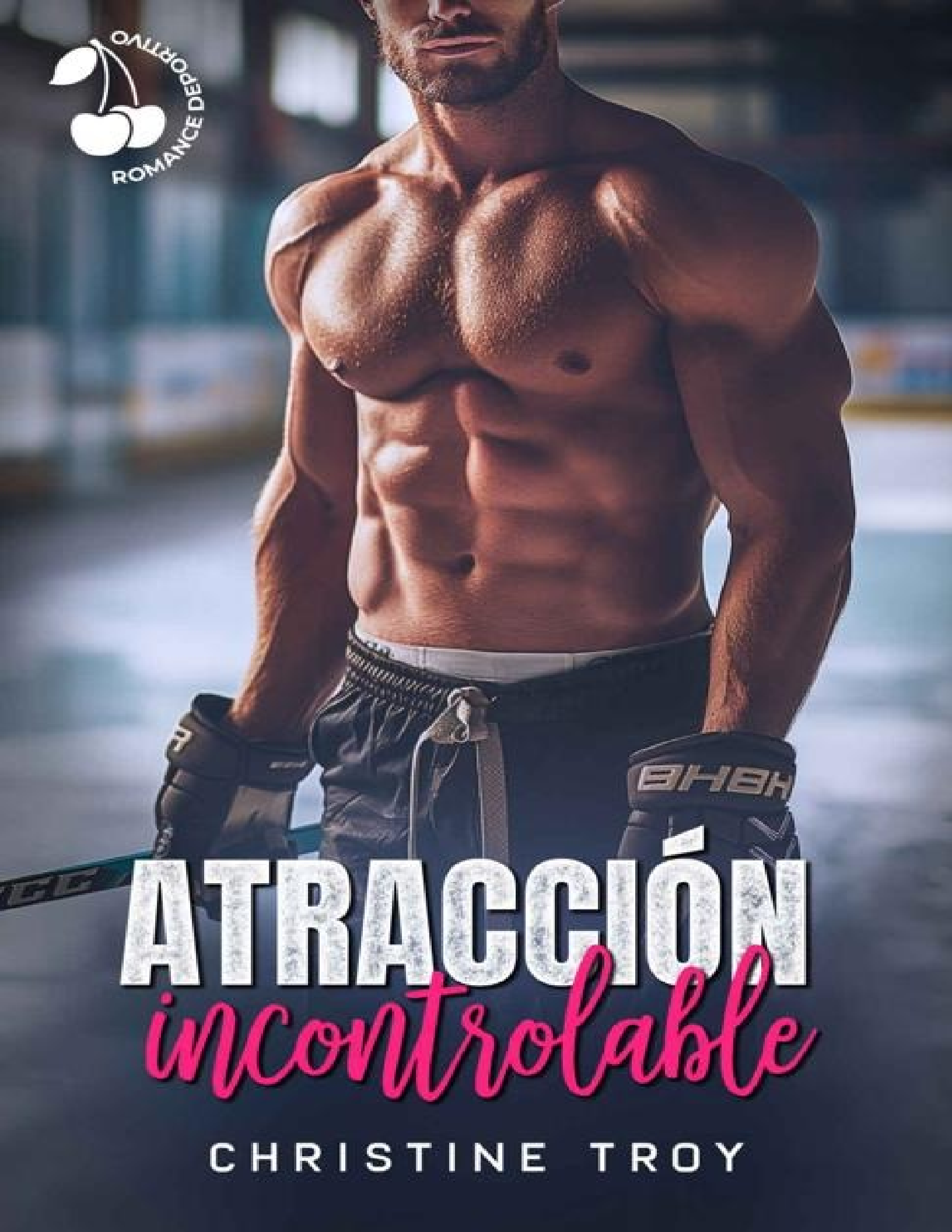

ROMANCE DEPORTIVO
BHBK
ATRACCIÓN
incontrolable
CHRISTINE TROY

Table of Contents

Anteportada

Síguenos...

Información legal

Advertencia de contenido sensible

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Síguenos...

Créditos

CHRISTINE TROY

Atracción incontrolable

Portland Devils
TOMO I

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@christine_troy_autorin
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: diciembre 2024

Advertencia de contenido sensible

Algunos capítulos de este libro contienen descripciones que pueden causar cierta incomodidad a las lectoras. Los hechos representados son ficticios y en ningún momento pretenden justificar la violencia, el abuso verbal o los comentarios despectivos hacia las mujeres, ni tampoco perdonar las actitudes racistas, misóginas o reduccionistas, sino en todo caso, concienciar de que aún existen por los estigmas sociales y el machismo estructural. Asimismo, en el libro se incluyen escenas de sexo explícitas que pueden resultar no aptas para todos los públicos. Desde la editorial, rogamos que se tenga esto en cuenta a la hora de proceder con la lectura.

A mi ángel, Jasmin Mair.

Prólogo

Caleb

Justo antes de disputarnos las eliminatorias, en mi mundo reina el caos. No puedo permitir que eso ocurra, pero hay un problema: una chica llamada Emma. Ella es mi ruina, una tentación demasiado perfecta como para poder resistirme.

A cada segundo que pasa me siento más cerca del abismo: dispuesto a caer, a rendirme a sus pies, aun a riesgo de perderlo todo…

1

Emma

De camino a los vestuarios, se oye el tono de llamada del móvil de mi padre. A mi lado, Bill Thornton, un viejo amigo suyo de la universidad y entrenador de los Portland Devils[1], un equipo de hockey sobre hielo, avanza a paso ligero. Mi padre mira un momento el contacto que aparece en su pantalla y luego se apoya el *smartphone* en el pecho.

Al verle hacer esto, Bill se detiene a mi lado y yo hago lo mismo.

—Lo siento, pero tengo que cogerlo —dice mi padre—. Id yendo; ahora os alcanzo.

Acto seguido, se gira y descuelga.

Thornton, un hombre alto de pelo canoso, asiente y me hace un gesto para que le siga. El entrenador me guía por un pasillo abarrotado que huele a perritos calientes y palomitas de caramelo. El estadio bulle de emoción. Algunos hinchas aún están alterados por el partido. Tengo que admitir que me lo he pasado en grande. Los Devils, que hoy jugaban en casa, han machacado al equipo visitante, los Cougars[2]. A pesar de mis escasos conocimientos de hockey sobre hielo, los tambores y vítores de la afición me han ayudado a meterme en el ambiente, sobre todo después del primer tiempo.

—Me sorprende que haya tantas mujeres aquí… —comento mientras el entrenador me guía por las escaleras hasta la parte inferior de la pista.

No esperaba que hubiera tantas interesadas en este deporte, y no hablo de cualquier tipo de chica: aquí todas van bien vestidas y son guapísimas. No puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar con mis vaqueros ajustados, mi abrigo gris y mis botines.

—Sí, cada vez hay más fans de todo tipo—responde Thornton con una sonrisa—. No las culpo. Nuestro equipo es el más joven y atractivo de la historia del club. Dos de nuestros jugadores salieron en portada de una revista el mes pasado. Eso atrae a las mujeres; no se puede evitar.

Ya me lo imagino…

—Me alegra mucho que padre y tú hayáis podido implicaros tan rápidamente —añade—. Cuando Patrick, nuestro anterior masajista deportivo, se rompió el brazo en plena cogorza, creí que iba a perder los estribos. ¿Por qué se empeñaría

ese idiota en salir de fiesta con los jugadores? Todo el mundo sabe que hay que encauzarlos, no al revés… —Thornton sacude la cabeza, molesto—. Permíteme que te dé un consejo: nunca intentes seguir el ritmo de los chicos cuando se trata de beber. Seguro que te dejan KO. ¡Bueno, aquí estamos! —El entrenador se detiene frente a una puerta gigante tras la que se oyen voces—. ¡Ya va siendo hora de presentártelos!

Con una sonrisa orgullosa y un guiño, Bill me hace señas para que entre. Es como si me condujera a una aventura salvaje en vez de al vestuario de un equipo de hockey.

Una nube de vapor impregnada del aroma del gel de ducha nos recibe cuando abre la puerta. Delante de mí, un cuarto recubierto de baldosas blancas. Me llama la atención el enorme escudo del equipo (de color rojo sangre) que adorna la parte central del suelo: un diablo sonriente con dos palos de hockey cruzados. Me recuerda a una bandera pirata. Las taquillas, por su parte, forman una hilera a ambos lados, y delante de cada una hay dos largos bancos ocupados por una veintena de hombres. La mayoría están a medio vestir; tan solo llevan toallas alrededor de la cintura.

—Vaya, vaya, vaya… ¿a quién tenemos aquí?

Uno de los chicos se fija en nosotros. Está sentado en el banco de mi izquierda y solo lleva unos calzoncillos blancos ajustados. Sus… atributos se intuyen claramente a través de la tela.

Bueno, no está mal… Otra cosa es que sepa usarlos.

Le miro a los ojos y me dedica una sonrisa amplia y peligrosa. He de admitir que me sorprende lo guapo que es. Tiene los ojos castaño oscuro y el pelo ligeramente ondulado, aún húmedo. Recorro su torso tatuado con los ojos. Aunque no me gustan todos los diseños, empezando por esa rosa marchita que tiene la clavícula, admiro su pasión por el arte corporal. Yo también tengo unos cuantos tatuajes. El jugador me pilla echándole un vistacito y ensancha la sonrisa. Está claro que este tío es un *playboy*.

—Entrenador, ¿ha traído esta preciosidad solo para mí? Es muy amable por su parte, pero no hacía falta… —añade el chaval que está a su lado, alzando las cejas divertido.

El susodicho le saca a su compañero una cabeza. Es algo menos musculoso, tiene el pelo negro y los ojos más azules que he visto nunca. Un único tatuaje adorna su piel: un sol que cubre su pectoral izquierdo. El chaval silba para demostrar que le gusta lo que ve.

Pues nada, ya tenemos la atención de todos los presentes…

—Buf, nena, acabo de salir de la ducha, pero no me importaría volver ahí dentro contigo… —dice un pelirrojo alto mientras se abrocha la cinturilla de los vaqueros con aire desafiante.

—Estate quiero, Toby, yo la he visto primero —dice el tío del tatuaje del sol.

Se oyen fuertes gritos de los jugadores a ambos lados del vestuario.

—Olvidadlo, ¡lo que necesita es un hombre de verdad!

—Eh, guapa, ¿quieres que te enseñe cómo muevo la pelvis?

—¡Eh, *sexy girl*, quédate conmigo! Así seguro que aciertas…

En fin…

—¡Silencio! —La voz de Thornton truena de repente a mi lado. Hay algo que me resulta gracioso en este hombrecillo capaz de hacer callar a una horda de gigantes—. ¡Tranquilitos todos! —gruñe y mira con dureza a los deportistas—. Os presento a Emmina Tade Hoang, la sustituta de Patrick de aquí al final de la temporada.

—Emma está bien —digo.

Odio mi nombre completo. Emmina suena excesivamente anticuado, y tres cuartas partes de la gente pronuncia mal Hoang.

—¿Cómo? ¿Esa piba es nuestra masajista? —Toby abre los ojos de par en par—. ¡Qué guapo! ¡Pues que empiece conmigo!

El jugador se da la vuelta, me enseña la espalda y se sube un poco la camiseta. De paso, se baja un poco los vaqueros, dejando al descubierto la parte superior de sus nalgas peludas.

—Tío, Toby, ¡tápate el culo! —exclama el chico tatuado al ver los glúteos de su compañero al aire. Luego coge una toalla que tiene a mano y azota la piel desnuda del primero.

—¡Estate quieto, *flipao*! —Toby contraataca y le hace una llave en el cuello, pero Bill Thornton interviene y exige silencio.

—Parker, Toby, ¡ya basta! Como sigáis así, no dejaré que ninguno se acerque a Emma. Ni masajes ni historias.

—¿¿Qué?? —protestan a la vez.

—¿Y quién cuidará de nosotros…? —pregunta Parker.

—Su padre, Maxwell.

—No entiendo nada. ¿Ahora tenemos dos masajistas? —Toby frunce el ceño y se sube los pantalones.

—Exacto, chaval. ¡Eres un genio! —Con los brazos en jarra, Thornton cruza las filas de bancos como un sargento—. Después de que espantarais a la señora Limes, vuestra antigua masajista…

—Espera, ¿qué? ¡Esa vieja bruja nos crujía pero bien! ¿Se fijó en sus manos, entrenador? —interrumpe Parker, sacudiendo la cabeza con asco—. Ni mi abuela tiene los dedos tan huesudos…

Ignorando el mohín de repugnancia de su jugador, Bill continúa:

—Como decía, después de que ofendierais a la señora Limes, asustarais a la señora Waterbay con vuestras bromas y le hicierais la cruz a Thomas, su sustituto, pensé que no os habíais ganado tener un nuevo masajista.

—Eso no es justo, ¡Thomas se lo merecía! ¿No le olió el aliento, entrenador? —Parker vuelve a intervenir y Bill fija la mirada en este último.

—¿Me dejas terminar? ¿O quieres darle unas cuantas vueltas a la pista antes?

—Vale, vale, me callo —Parker levanta las manos para disculparse—. Solo digo las cosas como son… —añade malhumorado.

—Bueno, en resumen: si por mí fuera, no tendríais masajista, pero la junta llamó a Maxwell.

La mirada del entrenador se posa en un jugador que sonríe ampliamente antes de decir:

—No me mire así… No es culpa mía que Patrick tropezara y se rompiera el brazo.

—No, Durand —gruñe Thornton—, pero fuiste tú quien hizo que se pillara la melopea del siglo.

—¿Cómo iba yo a saber que no tenía aguante con el alcohol? —Antes de continuar, el jugador vuelve a centrar su atención en mí y me mira a los ojos—. Lo siento, entrenador, pero solo los que pueden seguirnos el ritmo son dignos de jugar con unos cracks como nosotros… Y Patrick no fue capaz.

Su expresión es, en todo momento, inequívoca. Durand, el chaval con un tatuaje que le cubre todo el torso, me tira la caña abiertamente. Está claro que cree que sus encantos o su mirada seductora funcionarán conmigo. Admito que es guapo y seguro que tiene buena fama entre las mujeres. Pero bueno, qué queréis que os diga, a mí no me atraen especialmente los fanfarrones. Aun así, para divertirme, decido seguirle el juego. Le dirijo una sonrisita que lo dice todo y me muerdo el labio inferior. Inmediatamente, una mirada triunfante aparece en su rostro.

A ver cómo se las apaña con un poco de competencia…

Acto seguido, miro a Parker, su compañero de banquillo, y le dirijo una sonrisita inocente. Sus facciones se iluminan de inmediato y entonces Durand se queda helado. Por el rabillo del ojo, capto su mirada perpleja, ahora fija en Parker.

Me cuesta aguantarme la risa.

—Durand tiene razón. Si Patrick no aguanta el alcohol, no debería salir de fiesta con nosotros —dice otro jugador, con lo que desvía mi atención hacia el entrenador.

—No podría importarme menos vuestro aguante con la bebida —replica Thornton—. Tengo cosas mejores que hacer que buscar masajistas nuevos cada quince días. Para que quede claro: Emma… —Bill se acerca a mí y me pone las manos en los hombros— es vuestra última oportunidad. Si os atrevéis a contrariarla a ella o a su padre, me aseguraré personalmente de que estos sean vuestros últimos masajistas con tacto. Si os pasáis de la raya, os buscaré a algún tío duro y sin escrúpulos para que os encurta. ¡Mano dura!

Mientras Thornton habla, me hago una imagen mental del masajista en cuestión: un mamotreto de nariz chata, ojos sin vida y actitud brusca, colocando y recolocando a los jugadores a su antojo y llamándolo «masaje». A juzgar por las expresiones de los presentes, estarán pensando lo mismo que yo. Solo Durand permanece impasible. Me mira de una forma que no consigo descifrar y luego fija los ojos en el entrenador.

—Tranquilo, entrenador, nos portaremos bien, ¿verdad, chicos? —Las palabras de Durand parecen sinceras, pero su mirada dice otra cosa. Parece que está tramando algo. Escucho los murmullos de sus compañeros y me pregunto qué se traerá entre manos—. No se preocupe… —dice, poniéndose de pie—. Emma y su padre estarán bien acompañados.

Antes de que Thornton pueda replicar, llaman a la puerta. Mi padre entra y se disculpa por llegar tarde. Todos los ojos se vuelven hacia él, excepto los de Durand y los míos. El chaval mantiene sus ojos oscuros fijos en mí. Veo cómo se relame con aire seductor. No es precisamente el más alto del equipo. Medirá 1,60 como mucho, pero es innegable que es consciente de sus atributos. Vamos, que es guapo y lo sabe. Va sobrado de confianza en sí mismo.

Bueno, no creo que un poco de tonteo haga daño a nadie…

Echo un vistazo a los demás hombres, que tampoco se quedan cortos en atractivo.

Sip, creo que me va a gustar este trabajo.

---

[1] *N. de la T.* La traducción literal sería «los Demonios de Portland».

[2] *N. de la T.* La traducción literal sería «los Pumas».

2

Caleb

Muy satisfecho con el rendimiento de nuestro equipo, dejo de repetir el partido en mi cabeza y salgo por fin de la ducha. Como de costumbre, soy el último en entrar, pero no me importa. Así puedo estar tranquilo, y más después de un partido como el de hoy. El resultado del marcador es crucial para mi carrera, así que necesito un poco de tiempo para relajarme. Y como el agua caliente es lo único que me ayuda a aliviar el estrés, a menudo paso veinte minutos o más en la ducha.

Aún veo la cara de incredulidad del capitán de los Cougars. Los de su equipo van a tardar semanas en encontrar la postura en la que sentarse cómodamente después de la paliza que les hemos metido… Al imaginármelos, sonrío.

Cojo una de las toallas de los estantes y me dispongo a secarme. Los hemos enviado a casita con una derrota a cuestas: siete a uno. Ahí va otro equipo que nos subestimó. Si seguimos así, llegaremos a las eliminatorias. Y en ese punto… bueno, me he prometido estar al mil por cien. Dar el cien por cien simplemente se queda corto. Al final de la temporada, el nombre de Caleb Whyler será sinónimo de hockey profesional.

¡Seré el Tiger Woods del hielo!

Con la toalla al cuello, cruzo el pequeño pasillo que conduce a los vestuarios. Mis compañeros están sentados en silencio, algo bastante extraño en ellos, y todos miran hacia la salida, por donde acabo de ver desaparecer al entrenador.

—¿Qué pasa aquí? ¿Me he perdido algo? —pregunto secándome la nuca.

—Se podría decir que sí… —interviene Parker, mi mejor amigo, que se gira con una sonrisa divertida—. Tenemos una nueva masajista.

—¿Y?

Me encojo de hombros y me dirijo a mi taquilla.

—Que está puto buenísima. Os aviso: con esa chavalita, marco fijo.

—No hagas el ridículo, Parker —dice Durand, volviéndose hacia mi amigo, que está sentado en el banco detrás de él—. Esa chica te queda grande: necesita a un tío como yo.

Físicamente, ese chaval canadiense y sus músculos tatuados superan a mi colega. Parker no tiene un torso tan ancho ni unas piernas tan mazadas. Y comparados con los musculosos brazos de Durand, los suyos parecen espaguetis.

Pero bueno, Parker le saca una cabeza, así que…

—Ay, amigo, siento decepcionarte… —continúa Parker—. Puede que en Canadá lo petes, pero aquí, en Estados Unidos, las mujeres necesitan hombres hechos y derechos, no enanos de jardín.

—Ah, ¿te refieres a las jirafas como tú? ¡Venga ya, si pesas lo mismo que esa chica! En fin, eso te lo concedo: no compito en tu categoría.

—Tíos, vale ya —mascullo mientras me pongo los vaqueros.

Sí, sin calzoncillos. Tengo planes para esta noche, ¿sabéis?

—No, Caleb, no vale. El notas este se cree mejor que los demás.

Joder, ya estamos otra vez. La eterna lucha de poder entre Parker y Durand. *¿Y quién es el responsable?* Nada menos que Thornton. Al principio de la temporada, les confió a ambos la asistencia[1], cuando sabe perfectamente que son a cada cual más chulo. Vamos, que están que no cagan con lo de superarse el uno al otro. A veces resulta útil sobre el hielo, pero en el día a día, son más bien cansinos, porque están todo el rato con el pique. Mira que aconsejé al entrenador que confiara en otros dos jugadores para ello, pero ese terco de manual no me escuchó. No parece importarle jugar con una bomba de relojería que explotará tarde o temprano. Juro que un día acabarán dándose de hostias y entonces… ¡Hala, al banquillo durante el resto de la temporada!

—No sé si te funcionarán los ojos, Parker, pero la forma en que la chica nueva me miraba era… evidente —añade Durand.

—Dirás que era evidente que estaba interesada en mí…

—¡No me hagas reír!

Durand suelta una carcajada fingida. La tensión en el ambiente es peligrosamente palpable. Los demás jugadores también la perciben y todos los ojos se vuelven hacia los dos chavales que discuten.

—Cállate o te borro esa sonrisa de la cara —gruñe Parker, apretando los puños.

—Bueno, suficiente: relajaos, ¿vale? —Levanto las manos en son de paz y me acerco a los dos—. Tíos, no queda nada para las eliminatorias. Jugamos un partido crucial el próximo sábado. Deberíamos concentrarnos en el campeonato.

Durand esquiva mi intento de mediación, da un paso hacia Parker y le lanza una mirada venenosa.

Madre mía, ¿por qué siempre tiene que ser así?

—Venga, dejadlo ya, tíos… —digo en un último intento de calmar el ambiente.

—Sí —añade Toby, acercándose a ellos y poniendo sus gigantescas manos

sobre los hombros de cada uno—. No hace falta pelearse. ¿Qué tal si lo dejamos en una apuesta?

Entrecierro los ojos. Es la idea más tonta que se le ha ocurrido y, al mismo tiempo, es tan típica de él… No sé si en Suiza resolverán todos los problemas con algún tipo de apuesta, pero Toby, desde luego, disfruta como un crío.

—¿En qué piensas? —Durand parece escéptico, pero no por ello menos interesado.

—Bueno, podríais apostar quién se la tirará primero. Pongamos fecha: ¿qué os parece… hasta la final?

—¿La final? ¡Pero si ni siquiera estamos seguros de poder llegar!

—Estoy convencido de que lo lograremos. ¿Qué pensáis, chicos, estáis conmigo?

Hay un estruendo unánime en el vestuario. Todos y cada uno de nosotros estamos dispuestos a ganar el campeonato. Y en mi humilde opinión, tenemos todas las posibilidades del mundo.

—Aunque no lleguemos tan lejos, podemos fijar la final como fecha límite. ¿Qué me decís?

Toby mira a los dos contrincantes por turnos.

—Me parece bien. Pero si gano, Durand se afeitará las cejas y la cabeza.

Este último se lleva la mano a la cabeza y se pasa los dedos por el pelo oscuro que tanto le gusta cuidar. Es evidente que lo está pasando mal, porque una arruga se le dibuja entre ceja y ceja.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de perder? —Parker le provoca y se cruza de brazos.

—¿Contra un pelele como tú? Ni de coña. Me apunto.

—¿Y si ninguno de los dos se lleva a la chica? —pregunto.

Conozco a Toby y sus apuestas disparatadas: seguro que hay algo más.

—No creo que sea el caso. Ya verás como a final de mes mis dedos huelen a los jugos de esa chica… —Durand sonríe con suficiencia.

—En caso de que Emma no los quiera en su cama, los contrincantes tendrán que cumplir las condiciones de sus respectivas apuestas o, en su defecto, lavarnos los suspensorios durante una semana —explica el suizo con un brillo diabólico en los ojos.

Reprimo una arcada al pensar en la ropa interior que protege nuestras partes sudorosas durante el partido. Hay que decir que algunos de nosotros no somos precisamente cuidadosos con la higiene. No quiero ni imaginarme qué podría haber ahí, aparte del sudor y los pelos de los huevos…

Parker parece compartir ese sentimiento, porque lo veo temblar del ascazo.

—Creo que será mejor ceñirnos a nuestras respectivas apuestas —acaba diciendo mi amigo.

—*Valep*, por mí, bien —dice Durand mientras se encoge de hombros, poco impresionado—. De todos modos, voy a ganar…

—Sigue soñando, canadiense. Emma me elegirá a mí. Ninguna mujer quiere a alguien que imponga tan poco como tú.

—Ah, claro, porque tú…

—¡Vaaale, vale, vale! —Toby se interpone entre los dos y les dirige una mirada que significa «Callaos de una vez»—. Bueno, para aquellos que sean cortitos, permitid que recapitule: tenéis hasta la final para tiraros a Emma. Si Parker se adelanta y marca gol, Durand se rapa la cabeza y las cejas. Pero si Durand gana la apuesta, tiene derecho a tres tiros a puerta en los que la portería será… Parker en bolas.

—Con coquilla y casco, al menos… —añade mi amigo, ligeramente pálido.

—Sí, claro, con coquilla y casco… —dice Toby, poniendo los ojos en blanco —. Y en caso de que ninguno de vosotros, so bocazas, consiga llevarse a Emma a la cama, ambos tendréis que cumplir vuestra parte del trato —El suizo reitera las reglas y Parker y Durand se miran con odio—. Bueno, señores, ¿tenemos un trato?

Toby mira a ambos lados con las cejas levantadas, lleno de expectativas.

—Trato hecho —refunfuña Parker.

—Sí, trato hecho —confirma Durand.

—¡Excelente! —Toby aplaude y los dos hombres se dan la mano para sellar el pacto—. En ese caso, como comisario de apuestas designado, solo me queda decir una cosa: ¡que empiece el juego!

Otro aplauso resuena en el vestuario y algunos jugadores animan a su favorito.

Genial. Ahora todo el equipo se centrará en esta estúpida apuesta en lugar de en nuestro objetivo. Como esta gilipollez afecte a nuestro rendimiento, ya puede ayudarnos quienquiera que esté ahí arriba.

Como se distraigan, haré que Toby vea las estrellas y lo mismo digo para esa tal Emma. Me da igual el tipo de chica que sea; una cosa es segura: ya ha conseguido cabrearme.

---

[1] *N. de la T.* En hockey sobre hielo, hay un máximo de dos jugadores que pueden ser acreditados con una asistencia al gol. Se trata normalmente de los extremos izquierdo y derecho, que junto con el centro, forman la línea ofensiva del equipo.

3

Emma

—¡Pasad, pasad! El señor Flake llegará en cualquier momento.

Bill nos conduce a mi padre y a mí a un despacho amueblado con elegancia. El suelo es de mármol oscuro y de las paredes cuelgan cuadros bastante valiosos. Al fondo, frente a una ventana que va del suelo al techo, hay un enorme escritorio. Puede que sea de caoba. En todo caso, está bien pulido y rebosa opulencia.

El teléfono de Thornton suena y nos volvemos hacia él.

—Es el director general. Llama por una transferencia de un jugador. Sentaos, el jefe vendrá enseguida —indica, señalando dos sillas frente al escritorio.

Seguimos sus instrucciones y él sale del despacho.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunta mi padre en cuanto nos sentamos.

Clava sus ojos color avellana en mí.

—¿El qué?

—Ya sabes, todo esto. Sé que te he impuesto en cierto modo este trabajo, pero es una gran oportunidad; créeme.

Sí que lo es. En un principio, tras completar la formación en masoterapia, había previsto trabajar en el centro de mi padre. Él es masajista terapéutico autónomo y desde hace muchos años cuenta con varias certificaciones adicionales. Se ha especializado en masaje deportivo. En Aberdeen, nuestra ciudad natal, es un conocido experto. Allí, su agenda solía estar hasta arriba con meses de antelación y no aceptaba nuevos pacientes. Por eso me sorprendió cuando, de repente, cerró el centro de masajes y me dijo que ahora trabajaba para los Portland Devils. Y cuando me comentó que pretendía llevarme con él, ya, flipas. Al fin y al cabo, yo acababa de salir de la universidad y tenía poca experiencia en el campo. Me parece un gesto muy considerado por su parte, pero también es muy estresante. Pensad que, para mí, este trabajo es como un salto a lo desconocido.

—¿Y si cometo errores? —expreso mi mayor preocupación—. Los Devils son profesionales. Imagínate que utilizo una técnica equivocada y acabo lesionando a uno de ellos.

—No lo harás, Emma —Mi padre me pone la mano en la rodilla y me la estrecha suavemente—. Deja de dudar de ti misma, ¿vale? Eres una gran

masajista y te irá de perlas en este trabajo.

—Espero que tengas razón y que los jugadores piensen lo mismo que tú.

Asiento con la cabeza despacio. De repente, me doy cuenta de que no hay ni una silla al otro lado del escritorio.

Qué raro…

—Si surge algún imprevisto, siempre puedes preguntarme —insiste—, pero ya verás como te desenvolverás sin problemas.

Antes de que pueda contestar, se abre la puerta que tenemos detrás.

—Ah, excelente, ¡ya estáis aquí! —dice una voz ronca.

Nos volvemos y descubrimos a un hombre de unos cuarenta años con el pelo rubio oscuro. Está sentado en una silla de ruedas eléctrica y viene directo hacia nosotros.

—Me alegro de que hayáis podido incorporaros tan de repente —comenta antes de detenerse frente a mi padre, que se levanta y le tiende la mano.

—Señor Flake, es un placer conocerle.

—El placer es mío, señor Tade. He oído hablar mucho de sus manos mágicas. Se podría decir que su reputación le precede. Y tú debes de ser su hija, Emmina.

—Emma está bien, y sí, soy su hija. Encantada de conocerle —respondo, estrechando la mano de nuestro nuevo jefe.

Lo examino un poco más de cerca. Es delgado, lleva un traje de diseño y zapatos lustrados. Tiene los ojos de un azul intenso y la nariz recta. En general, sería un hombre elegante si no fuera por esa fea cicatriz que tiene en la cara. Le atraviesa la parte inferior derecha del rostro y tiene el grosor de un dedo. Con el tiempo, le ha dejado una marca rosada e hinchada en los labios. Será mejor que me abstenga de mirar fijamente esa zona desfigurada.

—Supongo que el entrenador Thornton ya os habrá presentado a los demás —pregunta el señor Flake mientras coloca la silla de ruedas detrás del escritorio y se acomoda.

—Sí, Bill ya nos ha presentado. Tenéis un gran equipo —responde mi padre, dispuesto a hacer la pelota al propietario del club.

—Para ser sincero, este equipo es mi orgullo. Mi mujer piensa que los Devils son una completa pérdida de tiempo y dinero. Y sí, lo admito, el equipo no genera tanto capital como mis otros proyectos.

Mi padre me explicó antes de venir aquí que Flake metió cabeza en el negocio inmobiliario en Europa y ahora está montado en el dólar.

—Pero para mí no es una cuestión de dinero —continúa—. Este equipo es

más bien un *hobby*, una pasión; llamadlo como queráis —Flake esboza una sonrisa sincera—. Quiero que los chicos tomen conciencia de todo lo que yo no pude hacer después de mi accidente de coche…

Sus facciones se tiñen de dolor. Es un gesto fugaz, como el batir de las alas de una mariposa, pero aun así, lo percibo.

—¿Usted también jugaba al hockey? —le pregunto.

Flake apoya los antebrazos en la mesa y cruza los dedos.

—Sí. Durante muchos años fui delantero de los Milwaukee Rangers[1]. De hecho, en mi último año sobre el hielo, estábamos a punto de empezar los *playoffs*[2]. Entonces pasó lo del accidente. Pero de eso hace más de veinte años. Me habitué a mi nueva vida y la aproveché al máximo. Encontré un nuevo reto en el sector inmobiliario y resultó que tenía un don para ello. En fin, seguro que os preguntaréis a qué viene esta historia. Bueno, como os habréis dado cuenta, incluso después de todos estos años, mi corazón sigue latiendo por el hockey sobre hielo. Haberme perdido los *playoffs* de entonces todavía me duele. Es como si me faltara algo en la vida, algo que no se puede comprar ni con todo el dinero del mundo —Aunque el señor Flake no lo demuestre, estoy segura de que hablar de esto le afecta—. De todos modos, tengo muchas ganas de que mis Devils ganen el campeonato. Cuando se trata del equipo, no escatimo en esfuerzos ni gastos. A los muchachos no les debe faltar nada. Y ahí es donde entráis vosotros dos —Flake mira a mi padre y luego a mí con cierta fijación—. Espero de vosotros un compromiso total. Todos los miembros del equipo tienen derecho a un masaje antes y después del entrenamiento, siempre que quieran. Esto es esencial para evitar desgarros musculares y roturas de ligamento. Además, cuento con vosotros para que estéis disponibles a todas horas, día y noche, hasta el final de la temporada. Los chicos necesitan poder recurrir a vuestras manos mágicas en cualquier momento. Sobra decir que os compensaré por vuestros esfuerzos. Además de los honorarios acordados, os pagaré una prima de ochocientos dólares por cada partido que los chicos ganen sin problemas.

Vaya… ¿Ochocientos dólares de prima por cada victoria?

Se me abre la boca involuntariamente, pero la cierro enseguida. Mi padre, a mi lado, parece menos sorprendido por la noticia. No se inmuta y se limita a asentir.

—Insisto —continúa Flake—: los Devils y el campeonato significan mucho para mí. Por eso os pido por favor que deis lo mejor de vosotros.

Mientras el dueño del club y mi padre hablan sobre algunos asuntos más

triviales, pienso en lo que podría hacer con todo ese dinero. Quedan seis partidos antes de las eliminatorias. Los *playoffs* propiamente dichos son a siete rondas y luego vienen las semifinales… Si no recuerdo mal, aunque se queden ahí, son trece partidos, lo que implica 10 400 $.

¿Estamos locos?

Una vez concluimos nuestra conversación con Flake, nos hacen bajar al sótano, donde Thornton nos espera. Aprovechando que los visitantes se han ido y no invaden los pasillos, el entrenador nos lo enseña todo: la tienda para la afición, las gradas, la zona VIP, la cabina de los comentaristas, el gimnasio y la pista de hielo. Por último, Bill nos lleva a nuestro nuevo lugar de trabajo: dos salas de masaje contiguas amuebladas con todo lo necesario para el confort y un cuarto de baño privado en cada una. La de mi padre es ligeramente más grande que la mía y tiene un escritorio. Por lo demás, son idénticas. Ambas tienen una camilla de masaje, una cómoda llena de toallas, una estantería con aceites de masaje y algunas plantas verdes. Las luces del techo son regulables y el suelo es de parqué, lo que confiere a la sala una agradable calidez.

—Además, estamos bien equipados por si trabajáis con aromaterapia —explica el entrenador, poniendo una mano en el estante superior, donde hay varios frascos de cristal marrón—. Nuestra primera masajista insistió en poner música relajante. Si queréis algo similar, solo tenéis que decírnoslo. En resumen, si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en avisarnos.

—Pues ya puestos, me vendría bien una buena taza de café ahora mismo… —comenta mi padre—. Emma y yo llevamos dando vueltas de aquí para allá desde las dos de la tarde.

—Es verdad, se me había olvidado que habéis llegado hoy. En ese caso, vamos a tomar un café y a comer algo. Luego os enseñaré el apartamento.

—Estupendo —dice papá mientras se dirige con Bill hacia la puerta. Cuando se da cuenta de que no lo sigo, se vuelve hacia mí—. ¿Emma, vienes?

—Sí, ahora os alcanzo. Quiero echar un vistazo antes.

—Me parece fantástico —interviene el entrenador—. Vamos, Max, deja que tu hija curiosee a su bola.

Dicho esto, Bill le da una palmada en el hombro a mi padre y me guiña un ojo.

—Muy bien. Te esperaremos arriba —dice mi padre.

A través de la puerta abierta veo cómo ambos se alejan por el pasillo. No tardo en cotillear mi nuevo lugar de trabajo. Paso las yemas de los dedos por las estanterías y la cómoda y observo los paisajes enmarcados en las paredes. No

puedo creer que me den a mí, una recién llegada, mi propia sala de masaje. *¡Flipo!* De hecho, pensaba que sería más bien una auxiliar y me dedicaría a ayudar a mi padre. Ni en mis mejores sueños habría imaginado que me considerarían masajista por derecho propio. Sinceramente, no podría haber encontrado un trabajo mejor. El centro de mi padre se queda en nada en comparación con esto. Se me encoge el corazón de la emoción. Aunque aún siento cierto respeto por todo esto, me muero por empezar.

Sonrío con impaciencia, me coloco en el reposacabezas de la camilla de masaje y la observo desde ahí. Parece nueva e increíblemente cara. Tiene un montón de botones y palancas para ajustar la altura y vete tú a saber qué más.

—Me imaginaba que te encontraría aquí… —dice una voz masculina que me sobresalta.

Miro hacia la puerta y veo al chaval del tatuaje del sol apoyado en el marco.

—Ah, no te he oído entrar. Parker, ¿verdad?

—El mismo. Ethan Parker —Entra y me tiende la mano—, pero puedes llamarme Parker a secas; así me conocen todos por aquí.

Le estrecho la mano y me fijo en su mirada cautivadora. Sus ojos son de un azul hielo único. Ahora que lo tengo cerca, lo constato. Siento que me ahogo en ellos si me quedo mirándolos lo suficiente. Además, sus pestañas oscuras refuerzan el efecto. La Emma adolescente se habría enamorado de esos luceros. Es probable que también hubiera malinterpretado su mirada. Seguro que habría pensado que este chico solo quiere ser mi colega. Pero ahora sé de qué pie cojean los hombres y soy consciente de que si está aquí es porque le intereso. Creo que eso me gusta. En general, es halagador, aunque Parker no es exactamente mi tipo. Pero bueno, es perfecto para juguetear un poco y hacerlo todo más divertido.

—Encantada de conocerte —digo, retirando la mano y dejando que mi pulgar roce el dorso de la suya.

El contacto es sutil y parece accidental. Por eso mismo, surte efecto.

—Sí… lo mismo digo —responde, bajando la mirada hacia su mano y frotándose el lugar donde le ha rozado mi pulgar.

—Y dime, Parker… —intervengo, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado—. ¿Cuánto tiempo llevas jugando con los Devils?

—Es mi segundo año —Parker aparta los ojos de mis muslos y levanta la cabeza para mirarme a la cara—. El señor Flake me fichó el año pasado, cuando compró el equipo.

—¿O sea que llevas aquí desde el principio?

—Podría decirse que sí.

—¿Y qué puedo hacer por ti…? —pregunto mientras me recuesto en la camilla de masaje con un movimiento sensual y las piernas cruzadas—. ¿Quieres un masaje?

—En realidad… solo he venido para ver si necesitabas algo —responde.

Diría que esa frasecita va con segundas, pero Parker no es un *playboy,* así que sus palabras no tienen un efecto especial en mí. Parece que solo quiere asegurarse que la recién llegada está a gusto.

—Eres muy amable, pero tengo todo lo que necesito. Gracias —Me levanto de la camilla, doy unos pasos hacia él y le miro ente pestañeo y pestañeo—. ¿Hay algo más?

Parker titubea, como si pensara lo que va a decir a continuación.

—No, como te he dicho, solo quería ver si necesitabas algo…

Insiste demasiado en la última frase.

¿Se me está insinuando? Si esta es su forma de ligar, este tío no es muy sutil.

—Ah, vale. Pues nada, creo que me voy ya —respondo simplemente y paso junto a él en dirección a la puerta.

Le oigo maldecir detrás de mí. *En fin, chaval, haces bien en maldecir, porque la has jodido…* A ver, me encanta tontear, pero cuando los hombres se vuelven prepotentes o, como en su caso, bruscos y torpes, pierden todo el encanto.

Con la mano en el interruptor de la luz, le miro expectante. Parker vuelve en sí, se mete las manos en los bolsillos y sale de la sala de masajes antes que yo.

—Hasta mañana —le digo después de apagar la luz y cerrar la puerta.

Acto seguido, le dejo allí como un pasmarote y subo a reunirme con mi padre y Bill. Es hora de tomarme un buen café y un sándwich.

---

[1] *N. de la T.* La traducción literal sería «los Comandos de Milwaukee».

[2] *N. de la T.* Fase eliminatoria.

4

Caleb

Con la espalda arqueada, Jessica me ofrece sus redondas nalgas mientras la embisto una y otra vez.

—¡Dios, Caleb! ¡Sí, joder! —gime debajo de mí.

—Chiss, Jess, no grites tanto…

Intento ahogar sus gemidos de éxtasis, que cada vez son más guturales, pero no sirve de mucho, porque está a punto de correrse y apenas puede controlarse. Con la intención de evitar que todos en la casa se enteren del polvo, aumento el ritmo. Sigo metiéndosela y sacándosela y le doy un azote. Sé muy bien que le gusta y la hago gruñir de placer. La azoto de nuevo, esta vez en la otra nalga, y con eso, consigo que llegue.

—¡Joder, Caleb! ¡Sí, sí! ¡SÍÍÍÍ!

Jessica se agarra a las sábanas con todas sus fuerzas. Escalofríos la recorren del gusto y la hacen llegar al clímax. Siento su placer goteando por mis huevos. Por mucho que me gustaría seguir follándomela, supongo que alguien nos habrá oído, lo que significa que en nada, alguien acabará llamando a su puerta. Pongo las manos en sus caderas y muevo la pelvis frenéticamente, deseando acabar. Poco después, saco la polla de Jess y me corro en su espalda. Adoro ver cómo derramo todo lo malo sobre ella. Además, como se deja, me entrego a este fetiche. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Una sola bocanada de aire se escapa de mis labios justo antes de que llamen a la puerta.

—¿Sí? —dice Jess, aún sin aliento.

—Cariño, Anna ha hecho la cena, ¡vamos a comer ya!

Es Veronika, la madre de Jessica. Sus palabras parecen neutras, pero tiene un deje de tirria en la voz. No me soporta y cree que soy demasiado mayor para su hija de 19 años. Quizá tenga razón: después de todo, tengo 27, ocho años más que su angelito precioso.

—Vale, ¡ahora bajamos! —dice mi novia, dirigiéndose a la puerta del dormitorio.

Se pasa el pelo rubio por detrás de la oreja y me mira por encima del hombro con aire seductor.

—¡Vaya polvazo…!

—Sí, la verdad —respondo con una sonrisa, cogiendo la caja de pañuelos de

su mesilla de noche para limpiarme.

Solemos ducharnos juntos después del sexo, pero hoy no se puede, porque sus padres nos esperan para cenar. Odio estar aquí. Me siento más cómodo en mi piso, donde podemos hacer tanto ruido como queramos y pasearnos desnudos todo el día. Pero por desgracia, Jess ha insistido en que pasemos la noche en su casa una vez a la semana, como hoy.

Me pongo la ropa a toda prisa, pero ella se toma su tiempo.

—Venga, Jess, sabes que nos están esperando… —digo, dirigiéndome a la puerta.

—Tranquilo, Caleb. No van a montar el pollo por esperar unos minutos más… —responde ella, que es indiferente a la opinión que su madre tiene de mí. De hecho, Jess se burla de su estrechez de miras y se divierte provocándola.

Con la mano en el pomo de la puerta, me vuelvo hacia ella. Jess sigue sentada desnuda en la cama, abrochándose lentamente el sujetador.

Qué pereza…

—¿Puedes darte un poco de prisa? —le pregunto.

—¿Y tú puedes ser un poco menos borde? —replica—. Ya voy, ¿vale?

Un puto cuarto de hora más tarde, bajamos por fin las escaleras y entramos en el comedor de la familia Flake, amueblado con piezas de diseño y relucientes lámparas de araña. Como todo lo demás en la casa, esta habitación es un despiporre de riqueza y elegancia.

—Caleb, hijo, qué alegría verte… —saluda Carl Flake, el propietario de los Devils.

Está sentado en su silla de ruedas presidiendo la mesa, con la cubertería reluciente y las copas de cristal frente a él, y nos sonríe con benevolencia. Aunque siempre me trata con amabilidad, me siento ridículo sentado a su lado, fingiendo que no ha pasado nada. Hace unos minutos me estaba tirando a su hija y ahora estoy aquí, supuestamente cenando con él y su familia.

—Siéntate a mi lado, hijo —insiste señalando el asiento contiguo.

Obedezco y Jess también se sienta. Luego mira a su madre, que frunce los labios en una fina línea. Por el rabillo del ojo veo que mi novia le sonríe desafiante. Tienen una relación… tensa. Jess asegura que su madre es una zorra egoísta que solo se casó con su padre por dinero. Dinero que ella se gasta día sí y día también con mucha devoción, por cierto. Según Jess, Veronika nunca ha querido a su marido y jamás lo ha ocultado; sin embargo, parece preocuparse mucho por su hija. Su única hija, para ser más exactos.

A su parecer, Jess debería casarse con un hombre de negocios rico, para que

la consienta como es debido y le dé una vida despreocupada y llena de disfrute. Un jugador de hockey como yo, aunque juegue en la liga profesional, está muy por debajo del listón. Al fin y al cabo, la carrera en el deporte no es de por vida. El referente supremo es su propio marido, Carl. Un accidente y… ¡Pam! Su carrera se fue al traste. Es más, aunque te mantengas en forma, al final te haces demasiado viejo para los pros[1], y el salario descomunal también acaba desapareciendo.

—Hoy has estado increíble, muchacho —dice el señor Flake—. Los Cougars son uno de los equipos más cañeros, pero les has puesto en su sitio.

Jess desliza la mano por debajo de la mesa hasta mi muslo y aprieta suavemente para reconfortarme. Luego mira a su padre y sonríe. Está muy orgullosa de mí y de mi rendimiento.

—En realidad, los hemos puesto a todos en su sitio —añado—. Es cosa del equipo. Los chicos han jugado muy bien hoy.

Pero el dueño del club sacude la cabeza, se inclina ligeramente y me mira con atención.

—Has estado genial, Caleb. Déjate de falsas modestias: eres la estrella del equipo, la fuerza motriz. ¡Llámalo como quieras! Sin ti, los demás no son nada.

Eso no es cierto. Cada uno de nosotros es excepcional a su manera y muy bueno en el hielo. Pero supongo que Carl me compara con lo que él fue una vez, cuando era joven. Se imaginará esa versión de él en plena forma, justo antes de las eliminatorias y de su lesión por el accidente de coche.

—¿Sabes qué? Brindemos por eso. ¡Anna!

Carl hace un gesto a la cocinera, que también es la limpiadora y otras muchas cosas más. La señora acaba de traer un asado. Tendrá unos sesenta años, lleva el pelo gris recogido en un moño y es mi persona favorita en esta casa después de Jess. Anna me recuerda a mi madre, aunque esta sea diez años más joven. Los dulces rasgos de su rostro, la amabilidad con la que nos trata y su melodiosa voz… Sí, desde luego, se parece a mi madre.

—¿Sí, señor?

—Tráiganos un *whisky* a Caleb y a mí.

—¡Pero Carl…! Sabes de sobra que no debes beber. El doctor Glenfield te lo prohibió por la medicación —protesta Veronika, con los labios aún fruncidos.

—Oh, el bueno de Glenfield debería relajarse un poquito… Solo es un trago.

—Lo tuyo no tiene remedio.

—Ya lo sé, ya —Flake se encoge de hombros y se vuelve hacia Anna—. Tráiganos dos vasos. Con hielo.

—Sí, señor…

—Y sírvalos de la botella de treinta años, por favor.

La criada asiente y se va.

—Bueno, Caleb —continúa—, una victoria de siete a uno… ¡y encima has marcado seis de los goles! Si eso no es darlo todo, no sé qué lo será…

Me planteo recordarle que marqué cinco de esos goles gracias a los pases perfectos de Parker, pero me abstengo. Seguro que Carl restaría importancia a la contribución de mi compañero. Lo único que le importa es lo que yo, su estrella personal, he conseguido. Por un lado, esto tiene sus ventajas (me pagan más y disfruto de lujos que mis compañeros no tienen), pero también sus inconvenientes, como la presión por rendir y el resentimiento del resto de jugadores hacia este trato preferente. Vamos, que causa rifirrafes en el equipo.

Al ver que Carl espera mi respuesta, le quito hierro al asunto.

—Sí, bueno, el partido ha ido bastante bien.

—¡Maravillosamente bien, querrás decir…!

El dueño del club golpea enérgicamente la mesa con el puño, pero antes de que pueda seguir con su retahíla de elogios, aparece Anna y nos trae las bebidas. Carl levanta la copa.

—Por ti, Caleb. ¡Y por el campeonato!

—¡Por el campeonato! —digo, y mi jefe brinda conmigo con tanto entusiasmo que los cubitos de hielo de nuestras copas tintinean.

—Ah, una cosa más…

Carl da un sorbo y deja el *whisky* a un lado.

—Como sabrás, tenemos dos nuevos masajistas: Maxwell Tade y su hija Emma.

—¿Cómo? —Jess se entromete en la conversación—. ¿Otra mujer? Creía que ahora el equipo solo contrataba a hombres, porque son más rudos y fáciles en el trato…

—Esa era la idea original, cariño, pero Bill ha cambiado de opinión. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te molesta?

—¿Qué? ¡No, no podría importarme menos! Pero esa chica lo va a pasar mal en medio de todos estos tíos cargaditos de testosterona. Esperemos que los jugadores no la asusten como hicieron con las masajistas anteriores…

Miro a mi novia y veo que hace un mohín molesto. No le importa lo más mínimo la masajista o los jugadores. No, a Jess simplemente no le gusta la idea de que otra mujer me toque.

—Bueno, Caleb, como decía: quiero que vayas a la sala de masajes todos los

días. Lo mismo se aplica a Parker y Durand. Pero con ellos ya lo he hablado.

El comentario de Carl provoca un gruñido de mi novia. Rápidamente, le pongo la mano en el muslo para calmarla, pero de poco sirve.

—¡¡Papá!! Lo de un tratamiento al día es un poco excesivo, ¿no te parece? —exclama con desdén.

Flake mira a su hija con severidad.

—No, en absoluto. Estamos en vísperas de las eliminatorias y Caleb es nuestro mejor jugador. No podemos arriesgarnos a desgarros musculares o roturas de ligamento, así que insisto en los masajes. Vas a tener que acostumbrarte.

El mensaje es contundente: Carl no tolerará ninguna objeción y Jess tiene que asumirlo. Con el rostro enrojecido por la ira, fulmina a su padre con la mirada. Está acostumbrada a conseguir lo que quiere, pero en este caso, su padre se mantiene firme. Ignora su cabreo y se vuelve hacia mí.

—No me importa que vayas antes o después del entrenamiento: haz lo que te venga mejor.

—Pero estoy en plena forma; me veo bien… —respondo.

—Y quiero que siga así, de ahí que te exija un masaje a diario.

Ya veo que no se admiten discusiones. *Pues nada, aceptaré, aunque eso signifique tener una novia malhumorada en un futuro inmediato.* Por segunda vez hoy, nuestra nueva masajista me toca las pelotas.

—¿Podemos empezar a comer de una vez, o pretendes seguir hablando de tu *hobby* eternamente? —gruñe Veronika desde la otra punta de la mesa, mirando exasperada a su marido.

A simple vista parece impasible, pero se le forman unas marcas de tensión entre ceja y ceja y alrededor de la boca. Sería una mujer muy guapa si no viviera en un estado constante de infelicidad. Al igual que Jessica, tiene rasgos delicados: una nariz pequeña y pelo rubio natural. Jess ha heredado su esbelta figura y los pechos pequeños de su madre, pero los ojos azules vienen claramente de su padre.

—Está bien, está bien… Ya basta de hablar del equipo —concede Carl, que dedica una sonrisa comprensiva a su malhumorada esposa.

La cena es, como todas las comidas en casa de los Flake, agotadora. Veronika envenena el ambiente con su humor de perros, que todos ignoran. El asado es fantástico, el pan de maíz, las salsas y las verduras están deliciosas. Sin embargo, mi apetito se desvanece en cuanto estoy cerca de esta mujer. La conversación se reduce al mínimo, ya que Veronika se aclara la garganta en

cuanto alguien se atreve a hablar. Después de tres cuartos de hora, la cena por fin ha terminado. Se han servido todos los platos y estamos llenos. Jessica y yo les damos las gracias y nos levantamos.

Mientras subimos a su habitación, me prometo que no volveré a comer con los Flake. De hecho, no tengo ningún deseo de estar aquí. Le guste o no a Jess, pasaremos las próximas semanas exclusivamente en mi casa. No me apetece aguantar esta mierda. Al menos mi novia se ha calmado un poco. La buena comida hace maravillas con ella.

—Oye, bebé, todavía tengo el culo un poco pegajoso de antes… ¿Qué te parece si nos damos una ducha juntos? —me dice, llevándome a su dormitorio.

—No, gracias. Paso —Las palabras salen con un tono más seco de lo que me habría gustado. Sigo mosca por haber tenido que tragarme esta cena familiar insufrible—. Perdona, nena. ¿Por qué no te das una ducha rápida y luego vamos al Brillant? —añado en tono conciliador, porque Jess no tiene la culpa. Ella no eligió a su madre.

—No, no me apetece salir a un *pub*.

La formulación correcta sería: «No quiero salir a ese *pub*». Es el *pub* favorito de nuestro equipo y está abierto todos los días excepto los lunes. Jess no quiere ir al Brillant porque tendría que compartirme con los demás; eso está claro. Por eso, propone que vayamos a ver una película.

Me meto las manos en los bolsillos y me encojo de hombros.

—Claro, por qué no…

Me apunto a un bombardeo con tal de salir de aquí.

—¡Genial! Hay una peli romántica de estas que te parten el cora que me muero por ver —Jess aplaude entusiasmada, me da un beso en la comisura de los labios y se dirige al cuarto de baño contiguo a su dormitorio—. ¡Seré rápida! —exclama mientras desaparece tras la puerta.

Fantástico.

Lo siguiente que oigo es el agua corriendo.

—Tómate tu tiempo… —rechisto, sentándome en su cama y sacando el móvil.

Ya que estoy, leo un par de correos y entro a Facebook e Instagram. Como de costumbre, Jess tarda una eternidad en ducharse. Al cabo de media hora, empiezo a impacientarme y a pasear de un lado a otro de la habitación. Me detengo frente al espejo de su tocador porque veo una foto nuestra. En ella salimos delante de la casa de mis padres en Two Rivers, Wisconsin. La culpa me invade de inmediato. Agarro el marco para ver la foto más de cerca. La sacamos

en primavera y en ella se ve a una Jessica sonriente que se ladea hacia mí. Yo salgo pasándole el brazo despreocupadamente por encima de los hombros y sonriendo de forma forzada.

Soy un cabronazo.

Si Jessica supiera que la agregué a Facebook solo por su padre, se pondría furiosa. Pero eso es exactamente lo que pasó. Había oído que el millonario Carl Flake buscaba talentos del hockey para el equipo que acababa de comprar, los Portland Devils. Llevo jugando al hockey sobre hielo desde los 7 años. Es mi vida. Cuando leí el artículo en el periódico, pensé que era la oportunidad que había estado esperando. Siempre he sido muy bueno sobre los patines, pero mi problema era que nunca había jugado en una liga superior a la de mi equipo del instituto. Si hubiera enviado mi solicitud directamente a Flake, probablemente no me habría hecho ni caso, así que me convencí de que podría ganármelo si conseguía que me viera jugar para demostrarle de lo que soy capaz. Ahí es donde Jessica entró en la ecuación.

Le envié un mensaje, fingí que me había encaprichado de ella y la visité en Portland. Una semana después, los Devils me proporcionaron un piso y un coche. Dos semanas más tarde, ayudé al equipo a conseguir su primera victoria y, posteriormente, fui aclamado como el nuevo delantero estrella. Ha pasado medio año desde entonces y anda si no ha llovido… He demostrado mi valía una y otra vez y he llevado al equipo muy lejos. Por gratitud, le di una oportunidad a Jess y no la mandé a tomar viento una vez conseguí mi objetivo. En realidad, no me atrevía a hacerlo. Ella estaba loca por mí, así que decidí arriesgarme. Soy consciente de que no es el amor de mi vida y de que no será la madre de mis hijos, pero es una buena persona y probablemente estará a mi lado durante algún tiempo.

Absorto en mis pensamientos, paso el pulgar por encima de la foto que sacó mi madre el día que me fui. Por más que intento reprimir la culpa que siento por lo de Jess, no hay manera. No existe excusa para haberla utilizado a sabiendas, aunque solo fuera al principio. La seduje aprovechando mi físico y lo hice a propósito.

Frunzo el ceño y observo la foto con más detenimiento. Tengo unos rasgos marcados, ojos marrones y una nariz fina. Personalmente, lo que más me gusta de mí son mis dientes. Son de un blanco brillante y natural. A Jess, en cambio, le atraen más mis rizos rubios oscuros y mi buena presencia. En fin, en todo caso, mi aspecto me ha abierto las puertas del hockey profesional; no estoy para negarlo.

—¡Tacháááán!

Oigo a Jessica detrás de mí. Me doy la vuelta y la veo de pie en la puerta del baño, con un vestido azul cielo. Se ha planchado el pelo y se ha maquillado.

—Vaya, estás preciosa… —digo con aprobación, mientras vuelvo a colocar el marco en su sitio.

Vale, quizá me haya pasado: incluso con todo el maquillaje del mundo, Jessica sigue siendo lo que es: una mujer normal y corriente. Pero está guapa.

—¿Me concedes este baile? —le pregunto, acercándome a ella y ofreciéndole mi brazo para que lo coja—. La señorita ha pedido una noche de peli romántica, y eso es lo que tendrá.

Lo digo en serio, sin vuelta de tuerca. Aunque eso signifique tragarme un bodrio pasteloso. Jess se merece un poco de romance, y eso es exactamente lo que tendrá.

---

[1] *N. de la T.* En coloquial, profesionales, hachas, cracks.

5

Emma

—Vamos a tener que encontrar camas de verdad cuanto antes. Estoy hecho polvo —se lamenta mi padre, echando la cabeza hacia atrás.

Está sentado frente a mí en nuestra mesita de la cocina, con cara de no haber pegado ojo. Tiene unas ojeras enormes y lleva el pelo como si dentro viviera una familia de pájaros. Anoche se ofreció a dormir en el sofá-cama del salón y me dejó la cama individual del dormitorio. Ayer Bill se disculpó varias veces por el escaso mobiliario del piso, pero dado el poco tiempo que tuvo, no pudo hacer mucho. Al fin y al cabo, solo habían pasado dos días desde que publicó la oferta de trabajo. Llegamos inmediatamente después, ya que el señor Flake insistió en que empezáramos cuanto antes.

—¿Qué te parece si luego nos damos una vuelta por algunas tiendas de muebles? A lo mejor tenemos suerte y nos los entregan hoy —sugiero, dando un sorbo a mi café en un vaso de plástico.

—Y tampoco nos vendría mal echar mano a los productos de limpieza. O al papel higiénico y el detergente… No tenemos.

—Es verdad… Aparte de un cartón de leche, la nevera está bastante vacía. Pero no es problema: tenemos tiempo para ocuparnos de eso. El entrenamiento de hoy, si no recuerdo mal, está previsto para esta tarde.

—Deja que lo compruebe.

Papá coge un papel de la encimera de la cocina y revisa los horarios de entrenamiento.

—Hoy es lunes. Normalmente, el equipo entrena a las once, pero ayer tuvieron partido —Apoya el dedo índice en el papel y lo desliza hasta una nota al margen—, así que se pospone hasta las cinco de la tarde.

—Perfecto. ¡Tan solo son las once! Hay tiempo de sobra para ir de compras sin estrés —digo con satisfacción y hago mentalmente una lista de todas las cosas que necesitamos.

¡Din, din!

La notificación de mi móvil me llama la atención. Está en la encimera de la cocina, detrás de papá.

—Probablemente sea Riley… —le digo, levantándome—. Antes le he enviado un vídeo de nuestro piso.

Riley es mi mejor amiga. Nos conocemos desde la guardería y hemos crecido juntas. Solíamos hacer planes todos los días. Conseguir este trabajo ha sido duro para las dos, sobre todo porque tuve que hacer las maletas y mudarme de un día para otro.

Cojo el teléfono de la encimera y miro la pantalla. Me esperaba un WhatsApp, pero en su lugar, veo un SMS.

Qué raro…

Es de un número desconocido. Decido leerlo.

**11:30 h en sala de masajes.*
Necesito una sesión.

Frunzo el ceño, vuelvo a la mesa y me siento. *¡Qué mensaje más grosero!* Ni siquiera me ha dicho cómo se llama. Imagino que este tipo de mensajes cortos son habituales entre los profesionales. Al fin y al cabo, el tiempo es oro.

—¿Qué pasa? ¿Riley está bien?

Mi padre me mira por encima de su periódico, que acaba de abrir hace un par de segundos.

—Sí, pero he recibido un mensaje de uno de los jugadores.

—¿En serio? ¿De quién?

—Pues no lo sé.

—¿Y qué te ha escrito ese hombre misterioso?

—Básicamente, que necesita un masaje a las 11:30.

—Eso es en menos de media hora, ¡y ni siquiera has desayunado! Ya me encargo yo —se ofrece, dejando el periódico a un lado.

—No, papá. Está bien, no me importa.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —le digo mientras me pongo en pie y me dirijo al dormitorio a arreglarme.

Cambio mi camiseta extragrande por un polo verde menta con un bordado a la altura del pecho derecho en el que se lee «Tade: *Healing Hands*[1]». Luego me pongo unos pantalones blancos y unas deportivas. Me dirijo al baño y me recojo mi media melena negra en una coleta. *Este va a ser mi primer masaje oficial.* Estoy muy emocionada y se me nota en la cara. Mis ojos marrón oscuro, ligeramente foráneos, brillan. La forma de mis ojos se la debo a mamá, al igual que mi piel impecable. Ella nació en Tailandia y… *¡Vaya, aún no he tenido tiempo de llamarla!* Decido que será mejor hacerle un informe detallado esta

noche. Debe ser difícil para ella estar sola en Aberdeen sin papá y sin mí.

Como no tengo tiempo que perder, me maquillo lo mínimo: un delineado sutil para acentuar mis ojos de gata y un poco de rímel. Dedico un poco más de tiempo a cepillarme los dientes, porque no hay nada que me repugne más que descuidar la higiene bucal. Tras escupir el dentífrico y limpiarme la espuma de alrededor de la boca, vuelvo a la cocina, donde mi padre sigue inmerso en su periódico.

—¿Seguro que no quieres que me encargue yo?

—Papá, vale ya de preocuparte… ¡Déjamelo a mí!

Cojo mi chaqueta del respaldo de la silla, me hago con la llave del coche de empresa que nos han dado y le doy un besito en la frente.

—Hasta luego. ¡Te quiero!

Sin esperar su respuesta, salgo corriendo.

¡Primer día y ya llego tarde al trabajo!

Cuatro minutos antes de las 11:30, llego sin aliento a mi sala de masajes. He podido comprobar de primera mano que el tráfico en las calles de Portland da miedo a mediodía. Por suerte, el jugador que requiere de mis servicios también llega tarde, ya que soy la única que anda por aquí. Eso me da un instante para acomodarme. Enciendo la luz, me quito la chaqueta y la cuelgo en el gancho de la pared, detrás de la estantería en la que reposan distintos aceites. Después voy al cuarto de baño contiguo para lavarme las manos. Como ayer no tuve ocasión de mirar aquí dentro, aprovecho para examinar este pequeño espacio. Justo enfrente de mí hay un lavabo y una estantería con toallas. Más adelante, junto a una ducha, hay un váter. El baño, al igual que el vestuario del equipo, está alicatado en blanco y, según parece, tiene calefacción por suelo radiante. Observo la cara sonriente del diablo de los Devils en la pared izquierda, pegada sobre unos ganchos.

Deben de ser muy fanáticos por aquí: el escudo del equipo está por todas partes…

De repente, siento una presencia detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a un chico que me observa junto a la camilla de masajes. Le saludo. Me pregunto si sería el jugador que me ha mandado un mensaje. No recuerdo haberlo visto con los demás cuando Bill me presentó al equipo ayer. Me habría acordado de esa cara…

—Hola —dice secamente, con una voz de barítono que llena la habitación.

—Hola. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

Por alguna razón, me pone nerviosa. Me inquieta esa forma que tiene de

escrutarme.

—No, acabo de llegar.

No sé por qué, pero estoy segura de que miente.

—Vale. Bueno, supongo que fuiste tú quien me envió el mensaje —digo un poco aprensiva y me acerco a él.

Me paro delante del chaval, que medirá un metro ochenta, y le tiendo la mano. No quiero que perciba mi falta de confianza, así que le sonrío.

—Caleb —dice mientras me estrecha la mano.

La sensación de su cálida piel contra la mía es intensa, casi incómoda, y retiro rápidamente la mano. En veintiún años de vida, esto jamás me había pasado.

—Muy bien, ¿necesitas un masaje?

—Sí, antes de ir a la sala de musculación.

Mientras Caleb habla, me coloco junto al reposacabezas de la camilla para poner cierta distancia de seguridad entre nosotros. No sé qué pasa, pero hay algo en este hombre que me pone tensa. Quizá sea su voz, que se cuela bajo mi piel como el aguijón de un insecto. O tal vez sea la forma en que me mira: esas pupilas tras las que se esconden sus pensamientos. Me irrita en cierto modo, y eso no me gusta. Nadie antes ha conseguido desestabilizarme con tanta facilidad, así que ¿por qué reacciono así con él?

—¿Qué grupo muscular quieres que trabajemos hoy?

—Las piernas.

—Vale, el tren inferior. Supongo querrás insistir en los gemelos…

—Entre otras cosas, sí.

—Muy bien, Quítate los vaqueros y los calcetines y túmbate —digo, haciendo un gesto en dirección al baño, y me vuelvo hacia la estantería de los aceites.

Mientras busco uno para mejorar la circulación, le oigo desabrocharse el cinturón detrás de mí. El sonido me hace estremecer.

¿Qué pretende? ¿Por qué se está cambiando delante de mis narices?

Me vuelvo hacia él, a punto de sugerirle que vaya al baño, pero para entonces, ya está en la camilla, tumbado boca arriba. Por cortesía, y porque es la regla de oro en mi profesión, evito mirar su zona íntima.

—¿Podrías tumbarte boca abajo? —le pregunto al verlo fruncir el ceño con impaciencia.

—Patrick siempre empezaba los masajes en la zona del pecho…

Y a juzgar por su tono, Caleb pretende seguir en la misma línea.

¿Qué le pasa? ¿Intenta provocarme?

Incluso si fuera así, no dejaré que me afecte. El señor Flake nos exigió que sus jugadores tuvieran lo que quisiesen. Soy yo la que tiene que adaptarse, así que fuerzo una sonrisa y me acerco a él. Le doy la espalda y me coloco a la altura de su cadera antes de verter un poco de aceite en mi mano. Huele ligeramente a árnica[2]. Luego coloco ambas manos sobre su muslo derecho. Este contacto hace que me vibre el pecho, pero lo ignoro. Avanzo lentamente por su pierna musculosa. Caleb no dice nada, y yo también permanezco en silencio. Siento una tensión eléctrica que flota en el aire.

Quién sabe, a lo mejor me faltan horas de sueño y estoy emocionalmente inestable por ello…

Pasan los minutos y me obligo a concentrarme en mi trabajo. Cuando me paro a los pies de la camilla para ocuparme de sus pies y le permito verme la cara, Caleb decide entablar conversación.

—¿Tu padre y tú sois nuevos en la ciudad?

Eso sí que no me lo esperaba.

Levanto la vista y me encuentro con su mirada inquisitiva.

—Llegamos ayer, sí.

—¿Y de dónde sois?

—De Aberdeen.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—¿Os han dado un piso para los dos?

—Sí.

¿Qué clase interrogatorio es este? Primero se presenta con la boquita chapada y ahora me bombardea con preguntas de la nada…

—¿Y un coche?

Me contengo para no suspirar de fastidio. Es hora de darle la vuelta a la situación.

—Sí, entre otras cosas. Tenemos que estar disponibles en todo momento. ¿Y tú, qué? No eres de Portland, se te nota el acento. ¿De dónde eres?

—De Two Rivers. ¿Tienes familia y amigos en Aberdeen?

—Bueno, sí, claro que los tengo. Pero seguro que tú también en Two Rivers, ¿no?

Aparto las manos: he dejado de masajearle. En su lugar, le dirijo una mirada inquisitiva. No responde a la pregunta, sino que prefiere seguir interrogándome.

—¿Y te has dejado a tu novio allí? —El tono directo de Caleb roza la

insolencia. Estoy a punto de contestar cuando continúa—. Seguro que una chica como tú ya está pillada, ¿no?

Este tío tiene un morro que se lo pisa. Y yo soy igual de culpable, porque en algún lugar profundo de mi subconsciente, una vocecilla se pregunta cómo sería ser su novia.

¡Vaya fumada! ¿Por qué estoy pensando en algo tan absurdo? No tengo novio ni quiero. La vida es demasiado corta para preocuparse por los hombres. Prefiero flirtear con ellos y ahorrarme los problemas de pareja.

—¿Siempre eres así de directo? —Esquivo su pregunta. Al fin y al cabo, no es asunto suyo si estoy pillada o no.

—La mayoría de las veces, sí.

—O sea, que tu lema es «dispara primero, pregunta después»?

—Casi siempre —Caleb no parece perturbado por mi respuesta, lo que me hace querer retorcerle los dedos de los pies—. Bueno, entonces… ¿tienes novio?

—¿Y tú tienes novia?

—Sí.

Su respuesta no se hace esperar. A estas alturas, estoy segura de que me hace falta una buena siesta, porque me siento ligeramente decepcionada. Debería acostarme un rato.

—Pues yo no —suelto por fin.

—Entonces los hombres de Aberdeen deben ser ciegos… a no ser que prefieran a otros hombres.

En otras circunstancias, diría que este tío está tirándome la caña de la forma más inapropiada. Pero las palabras de Caleb no suenan a flirteo, más bien parecen un apunte.

—Me lo tomaré como un cumplido. Gracias, supongo… —digo frunciendo el ceño, y luego añado unas gotitas más de aceite y sigo con el masaje en el otro pie.

—De nada. Estoy seguro de que la mayoría del equipo estará de acuerdo conmigo.

—Ya veo por dónde vas… —digo con una sonrisa.

—Por cierto, estás que lo petas entre ellos. Cuando se enteren de que estás soltera, tirarán cohetes…

Me viene a la mente Parker, que ayer se pasó a saludar e intentó coquetear conmigo. Ahora me cuadra todo. Ahí está el salseo.

—¿Has venido para tantear el terreno y ayudar a uno de ellos?

—No, se las apañarán solitos.

Caleb se apoya en los codos y me deja ver cómo trabajan sus abdominales. Por un momento, flaqueo y mis ojos bajan hasta sus bóxeres oscuros, de los que asoma un bulto más que visible.

¿Qué dan de comer a los jugadores de hockey? ¿Están todos bien dotados o qué? Durand ayer, Caleb hoy… ¡Esto no es normal!

—Estoy aquí porque quiero saber si serás capaz de cuidar de mis compañeros —dice.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Algunos jugadores son impredecibles y no puedo permitir que el equipo se distraiga y se acabe desatando el caos.

Ah, ¡ahora caigo…!

Caleb Whyler es el capitán de los Devils. Lo leí ayer en los documentos que le dieron a papá. Sabía que me sonaba ese nombre. En fin, entiendo que, como capitán, tema que enfrente a sus jugadores.

—No te preocupes, no tengo intención de liarme con ninguno de ellos —le digo.

Para mí, el tema está zanjado, así que vuelvo a centrar mi atención en sus pies.

—Me temo que eso no los detendrá. Te aseguro que intentarán llamar tu atención como sea.

—Pues déjalos. No me supone ningún problema —Al contrario, un coqueteo tontorrón hará más agradable mi estancia aquí, pero él no tiene por qué saberlo —. A ver, Caleb… —digo, porque su expresión se ensombrece y no quiero empeorar las cosas con él—. No tienes por qué preocuparte. Estoy aquí para trabajar, no para causar problemas en tu equipo.

El capitán me mira fijamente. Mi corazón late a un ritmo exageradamente frenético contra mi caja torácica, lo que me perturba.

¿Tengo miedo de que no me crea, o es el marrón intenso de sus ojos y la forma en que me mira lo que me acelera el pulso?

—Vale —se limita a decir, antes de volver a tumbarse.

Me dispongo a masajear sus muslos y unos minutos más tarde, le pido que se tumbe boca abajo para poder seguir con la espalda. Observo que sus nalgas están increíblemente firmes. A ver, este hombre tiene un físico de locos. Y lo digo de verdad, porque no es el primer atleta al que veo con poca ropa.

Caleb permanece en silencio durante el resto del masaje, y me parece bien. Hay una especie de tensión entre nosotros, pero noto que con cada caricia (cada vez que paso las manos por su piel, vaya) esa tensión se disipa poco a poco.

Cuando termino, parece incluso relajado.

—Ya está, hemos calentado tus músculos y ahora están bien irrigados. Será mejor que te vayas a entrenar cuanto antes —le digo, mientras paso las manos por sus gemelos una última vez.

—Vale, gracias —dice con la voz ronca, como si acabara de despertarse.

Mientras Caleb se incorpora, voy al baño a lavarme las manos, porque las tengo aceitosas. Cuando vuelvo a la habitación principal, veo cómo se echa hacia atrás sus largos rizos hasta la barbilla.

—Por cierto, para la próxima vez: puedes cambiarte en el baño. Tienes ganchos para colgar las cosas…

—Lo sé —dice, cogiendo la ropa que ha dejado descuidadamente sobre la cómoda.

¿Lo sabe? ¿Y aun así se ha empeñado en cambiarse en la sala de masajes? Qué chaval más raro…

—¿Entonces no tengo que preocuparme de que los chicos se partan la cara por tu culpa? —vuelve a preguntar.

Ya está vestido y se remanga la camisa junto a la camilla. Con su pelo rubio oscuro, sus rasgos cincelados, sus pómulos prominentes y sus ojos sagaces, he de admitir que Caleb es un bombón. Si alguien del equipo puede tentarme de verdad, es él. Pero yo jamás voy a por los hombres con novia. Nunca pesco en aguas desconocidas.

—Ya te lo he dicho: no tengo intención de acercarme a ninguno de ellos.

—Bien.

Una expresión seria se dibuja en su rostro. El capitán de los Devils asiente y se dirige a la puerta. Vuelvo a centrar mi atención en la camilla y quito la funda de lino para prepararla de cara al siguiente cliente, pero entonces, con la mano en el pomo de la puerta, Caleb se detiene y se gira una vez más hacia mí, buscando mi mirada.

—Gracias —dice, y por primera vez me parece ver un indicio de sonrisa en la comisura de sus labios.

—De nada.

—Y bienvenida a los Devils.

Acto seguido, agarra el pomo de la puerta y se aleja por el pasillo.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, «manos sanadoras».

[2] *N. de la T.* Un género de plantas de montaña.

6

Caleb

Cierro la puerta de la sala de masajes detrás de mí y camino por el pasillo. En mi cabeza, solo un pensamiento: *¡Qué mujer!* Parker tenía razón: Emma es de otro mundo. Tiene una carita preciosa, sin defectos: la nariz pequeña, los pómulos bien marcados y esos ojos de gata… Apuesto a que esconde un cuerpazo bajo esos sencillos pantalones y ese polo de algodón.

Joder, si me diera por dibujar a una mujer de memoria, ¡seguro que se parecería a ella!

Es demasiado guapa para Durand, ese gilipollas con patas. Y aunque Parker es mi mejor amigo y me encantaría que estuviera con una chavala así, no creo que sea para él, cause furor o no. Sé que es ponerse intenso, pero aunque he tenido sexo esta mañana y estoy satisfecho, me ha supuesto todo un reto no excitarme bajo las delicadas manos de Emma. Si Jess supiera que Bill ha contratado a una masajista tan sexi, se le iría la pinza. Será mejor evitar que se conozcan. Si no, fijo que mi novia se vuelve loca. Y hablando de Jessica, he quedado con ella para comer a la una. Y para eso falta menos de una hora.

Tengo que darme prisa si quiero entrenar…

Mientras hago ejercicio en la sala de musculación, no puedo dejar de imaginarme a Emma. Los hoyuelos que se forman en las comisuras de sus labios cuando sonríe, el brillo que se refleja en sus ojos cuando desconfía de los demás… Al pensar en el tacto de sus suaves manos sobre mi piel, dejo caer accidentalmente una mancuerna a unos centímetros de mi pie. *¡Mierda! Va a ser mejor que lo deje por hoy antes de que me haga daño.* Bebo agua de mi botella para hidratarme y vuelvo al vestuario.

—Ey, Whyler, ¿cómo vas? —Parker me saluda.

Está sentado frente a su taquilla, con la bolsa de deporte entre las piernas. Mi colega sonríe de oreja a oreja.

—¿Qué haces aquí a estas horas, tío? El entreno no empieza hasta las cinco de la tarde.

—Ya, bueno, solo quería pasarme por el gimnasio un poco antes… —dice, lo que me hace enarcar una ceja.

¿Parker en la sala de pesas… voluntariamente? Estás que me lo creo.

Mi mejor amigo odia levantar pesas o darle a la bici estática más que

cualquiera de nosotros. Pero entonces recuerdo lo que dijo Carl anoche: insistió en que sus tres jugadores estrella, o sea, Durand, Parker y yo, nos pasásemos a que nos dieran un masaje todos los días.

—Déjame adivinar: esto no es cosa del entrenamiento, sino más bien de la apuesta, ¿a que sí?

—Tío, ¿qué esperabas? Flake me ha conseguido una vía de tonteo gratuita con esa masajista. Quiere que la vea todos los días para evitar lesiones y esas cosas. Vamos, que tengo hora con ella hoy.

—Ya veo…

Bueno, mala suerte para él: no va a meter ni un gol con Emma…

—Por cierto, ¿qué hora es? —pregunto distraído.

—La una menos cuarto, ¿por?

—¡Mierda! He quedado con Jess. Lo siento, crack, tengo que irme. ¡Hasta luego! —digo, cogiendo el gel de la taquilla y corriendo por el pasillo hacia las duchas.

***

—Lo siento, nena. ¡Había un tráfico de locos de camino! —digo al llegar a Passo, nuestro restaurante mexicano favorito, con veinte minutos de retraso.

Casco de moto en mano, me acerco a mi novia, que me espera en nuestro sitio habitual, una cómoda mesa de las que hacen esquina. Mis palabras hacen que Jess levante la vista del teléfono, y al verme, se le ilumina el rostro.

—Hola, cielo, ¡por fin has llegado! —me dice sonriendo.

—¿Has pedido ya? —le pregunto, sentándome a su lado y dejando el casco bajo la mesa.

—No, quería esperarte.

Le ruge el estómago y eso me hace sentirme peor.

—Perdona, Jess…

—No pasa nada, ya estás aquí —Se arrima para besarme y llama al camarero.

Pedimos lo de siempre: dos Pepsis, una quesadilla para Jess, y un bistec al estilo yucateco con verduras a la parrilla para mí.

—Bueno, escúpelo, ¿de qué quieres hablarme? —pregunto una vez que el camarero se aleja de nuestra mesa.

Conozco a Jess. Si me dice de quedar para comer entre semana es que le está dando vueltas a algo.

—¡Ay, síí! —exclama, apretando los puños emocionada—. ¡Es por el profesor Weinstein!

—¿Al que le gustaban tus cuadros?

Jess estudia Bellas Artes en el Reed College. Es una ilustradora con talento y tiene un ojo increíble para los detalles.

Marcas de emoción aparecen en sus mejillas.

—¡Dijo que le parecían excepcionales! Además, está planeando una exposición para sus tres mejores alumnos y me preguntó si quería participar…. ¡Yo! ¿Te imaginas?

Vuelve a chillar, se abalanza sobre mí por la emoción, y de paso, casi derriba la vela que hace de centro de mesa.

—¡Qué bien! Me alegro mucho por ti. Te lo mereces.

—Sí, lo sé. O sea, soy la mejor de la clase. Ya solo con el desnudo que pinté hace poco… —dice, sacudiendo la cabeza y soltándome.

Mientras Jess se cubre de elogios por su propio trabajo, mi mente divaga y acaba pensando en Emma. *Seguro que Parker habrá estado flirteando con ella durante todo el masaje.* Ya me lo imagino: los delicados dedos de Emma extendiendo aceite caliente sobre las piernas de mi amigo y acariciando tiernamente su piel.

—¿Caleb? ¡¿Caleb?! ¿Me estás escuchando?

Parpadeo un par de veces. Mi novia me frunce el ceño, claramente molesta.

—Vaya pregunta, ¡pues claro que te estoy escuchando!

El camarero nos trae las bebidas. *Salvado por la campana.* Mientras nos sirve las Pepsis heladas, agarro la mano de mi novia y se la estrecho para tranquilizarla y que se le pase el mosqueo.

—Vale —continúa en cuanto volvemos a estar solos—: Susanna y Martin son mis dos competidores, por así decirlo. Son los otros dos artistas que participan en la exposición. El señor Weinstein dijo…

Me pregunto si Durand ya habrá intentado algo con Emma… No, no creo que él tantee el terreno. Lo suyo es más ir a saco.

Cojo la Pepsi y me deshago del regusto amargo que me provoca la imagen de Durand y Emma liándose. Mi atención se desvía de nuevo cuando el camarero trae la comida. Saboreo mi bistec, pero mi novia está demasiado excitada para llevarse algo a la boca. En su lugar, me cuenta su último plan: pretende que su padre compre algunos de sus cuadros en la exposición. Cree que así impresionará al señor Weinstein. Yo, por mi parte, me pregunto si debería contarle a Emma lo de la apuesta.

Los chicos probablemente me la liarán si se enteran, pero quizá valga la pena. O puede que no… Emma es muy lista, seguro que lo descubrirá por su cuenta.

—¡Caleb, joder!

Jessica golpea la mesa con la mano y me hace saltar.

Mierda, ya me he empanado otra vez…

—Perdona, ¿qué has dicho?

Me cruzo de brazos y ella me mira molesta, con los ojos azules entrecerrados.

—Te he preguntado si puedes ayudarme a mover los cuadros. ¿Qué te pasa hoy?

Debería mostrar más entusiasmo por su exposición.

—Lo siento, no quería ser grosero. No dormí bien anoche y estoy un poco ido, eso es todo. Claro que te ayudaré con los cuadros. Eso ni se pregunta —le digo con una sonrisa a modo de disculpa.

Luego la cojo de la mano y le doy un beso en los nudillos, algo que funciona enseguida, porque se pone ñoña. Durante el resto de la comida, hago un esfuerzo consciente por prestar atención a Jess y a su monólogo. Luego vuelvo a mi loft para descansar un poco antes de pasarme por la pista a entrenar a eso de las cuatro de la tarde.

Cuando llego, el vestuario es tan caótico como siempre. Veinte tíos embutiéndose en su equipación, hablando entre ellos y riendo. Todos van vestidos menos Toby, que está de pie, sin camiseta, frente a Byers, uno de nuestros defensas, sacando pecho.

—Esto que veis, colegas, es la jungla del amor. A las pibas les encanta, ¡os lo aseguro!

—¿La jungla del amor? ¿Qué te has fumado? Si pareces el yeti…

—¿A quién llamas yeti? Yo diría que soy un oso —dice Toby, frotándose el pecho peludo con un gesto provocador.

—Tío, que poto… —murmura Byers al pasar junto al imponente suizo para sentarse y ponerse los patines.

—Chaval, no tienes ni idea de lo que buscan las mujeres. Créeme, los hombres peludos les hacen mojar braga. Con solo pasar los dedos por esta mata, se ponen cachondas. ¡No hace falta más! Y entonces todo lo que tengo que hacer es subirles la falda y meterles el palo.

Los europeos y su sentido del humor… —me digo, sacudiendo la cabeza, y me dirijo a mi taquilla.

Mientras me cambio, miro a Parker, que se está poniendo los guantes. No parece muy animado, así que sospecho que Emma le ha minado la moral.

Lo siento por él… Bueno, vale, sentir, no lo siento. Es que esta vez ha apuntado demasiado alto.

No veo a Durand por ninguna parte. Me pregunto dónde estará ese canadiense. Diez minutos más tarde, cuando entro en la pista con todo el equipo, obtengo mi respuesta: estaba entrenando él solo. Mientras doy unas vueltas sobre el hielo para calentar, no le quito ojo de encima. Parece actuar como siempre. Debería sacarle el tema de la apuesta y preguntarle cómo van las cosas. Tengo mucha curiosidad por saber si ha visto a Emma hoy. Me cuesta descifrar a ese chaval tan arrogante y a su carita de ángel. Pero justo cuando estoy a punto de patinar en su dirección para entablar conversación, suena el estridente silbato del entrenador Thornton.

—¡Vamos, chicos, acercaos! —grita el hombrecillo desde el centro de la pista. Lleva unos papeles en la mano—. Tenemos un partido contra los Iron Hawks[1] el sábado. Esos chavales tienen una defensa excelente y un delantero que, aparentemente, se lo pondrá difícil a Whyler.

—¡Tremenda gilipollez! ¡Nadie es tan bueno como Whyler! —añade Parker, y el resto del equipo respalda sus palabras golpeando tres veces seguidas con los palos en el hielo.

Es un homenaje a mi primer partido, en el que marqué tres goles y mandé a casa al equipo contrario (tenaz como ningún otro) a que asumieran una derrota por 3 a 1.

—De todos modos, quiero que todos estéis bien preparados, así que, para eso… ¡a calentar! Que Byers, Hard y el resto de la defensa se coloquen en el lado norte —dice Thornton, señalando la parte superior de la pista, donde les esperan los discos.

Ya sé por dónde van los tiros: van a trabajar la agilidad con unos pases en zigzag[2].

—Los demás concentraos en Toby —continúa el entrenador—. Quiero verle sudar. ¡Venga, en marcha!

Thornton hace un gesto hacia la red del lado sur y hace sonar de nuevo el silbato con estridencia. Empezamos patinando para calentar. Poco después, nuestro portero suizo se coloca delante de la red y el resto nos alineamos frente a él. Como hace siempre, nos manda besos con la boca apoyada en su enorme guante, luego se gira y besa el marco rojo de la portería.

Este tío está *pinzao*. Ha llamado a su red Samantha. Y Samantha lo es todo

para él. Se la tiene jurada a cualquiera que se acerque demasiado a su amada. De hecho, hace tiempo, durante un partido, se le fue la flapa cuando un jugador del equipo contrario arrancó a Samantha de los postes de la portería. Es un figura; de eso no hay duda. Pero un figura que defiende su «cajoncito», como nosotros lo llamamos, a muerte.

—¿Listos para tirar, *pringaos*? —grita Toby mientras se prepara, ligeramente agachado.

Parker abre la veda, pero nuestro portero bloquea fácilmente su tiro. Los siguientes tres discos tampoco se le escapan.

—¿Eso es todo lo que tenéis? —se burla, incitando a Durand a redoblar sus esfuerzos.

Pero ni él ni yo conseguimos marcar.

—¡Seréis mantas…! Mi abuela juega mejor que vosotros. Quizá debería pedirle que viniera. Así os enseñaría a marcar…

Motivados por su comentario, aumentamos la presión y lanzamos el disco con una rapidez cada vez mayor. Toby se deja la piel en la portería y bufa como una morsa.

—Tranquila, Samantha, nena, no pasa nada… —le oigo murmurar después de que Parker casi marque con ese último tiro.

Ya está: lo tenemos. Ahí viene la fatiga.

Y efectivamente, mi siguiente tiro pasa justo por su lado. El disco se mete en la red y… gol.

—¿Qué pasa, Toby? ¿Llamamos a tu abuela para que te enseñe cómo se hace?

Me vuelvo hacia Parker y le hago señas para que me siga, pero cuando miro a Durand, veo que está de pie junto a la banda[3]. Se ha apartado del hielo. Está apoyado despreocupadamente en la puerta de la pista que da a los vestuarios.

¿Y este qué coño hace?

Justo cuando estoy a punto de patinar hacia él, me fijo en el banquillo. *¡Joder!* Envuelta en un abrigo tupido y con un gorro blanco, veo a Emma sentada, observando el entrenamiento. Y cómo no, ese cerdo se ha aprovechado de la situación para insinuarse.

¡Córtate un poco, colega…!

Cojo un *puck*[4], patino hasta la línea azul, apunto y lo lanzo con todas mis fuerzas en dirección al culo de Durand. Aunque lleva el equipo protector, pega un grito cuando el disco le golpea. Inmediatamente, se vuelve hacia mí. Pero antes de que pueda decir nada, Thornton se da cuenta de dónde está. Y si hay

algo que nuestro entrenador no soporta es a los jugadores holgazanes.

—¡Durand! ¡Ven aquí ahora mismo! —grita desde la otra punta de la pista.

Veo la mueca del canadiense a través de la visera con rejilla de su casco.

—¿Sí, entrenador?

Durand tuerce el morro y me lanza una miradita de «Me las vas a pagar por esta».

—¡Te he dicho que vengas! ¡YA! —ordena Thornton.

Mientras el entrenador lo regaña, aprovecho para acercarme patinando a Emma.

—Ey, ¿qué tal? ¿Todo bien?

Está más guapa que nadie con su abrigo color crema y su gorro con pompón. Me dirige una mirada divertida que me reconforta por dentro.

—Sí, todo bien. Solo quería ver lo que hacéis en el entrenamiento…

—Ajá. Bueno, quizá te gustaría…

—¡Whyler! ¡Por Dios!

Entrecierro los ojos. Thornton me ha pillado por banda; nunca mejor dicho.

—¿Qué coño haces? ¡Ven aquí tú también!

—Lo siento. Tengo que irme. Nos vemos —le digo a Emma, que se muerde el labio y desvía la atención al entrenador y luego me mira de nuevo.

Luego asiente y me dedica una sonrisa que me deja aturdido.

—Nos vemos, Caleb… —dice levantando una mano enguantada.

—Mierda, joder… —murmuro, volviéndome hacia Thornton y un Durand con cara de suficiencia.

---

[1] *N. de la T.* La traducción literal sería «los Halcones de Hierro».

[2] *N. de la T.* Este ejercicio se conoce a veces como «calentamiento en w».

[3] *N. de la T.* En este caso, se refiere a la zona delimitada en los dos lados más largos de la pista por una línea exterior que separa el lugar en el que se sienta la afición.

[4] *N. de la T.* En inglés, disco.

7

Emma

Suspiro y me desplomo en el sofá del salón. Es sábado por la tarde, he terminado mi primera semana de trabajo y estoy muerta. Nunca pensé que este trabajo pudiera ser tan agotador. A diferencia de mí, mi padre, sentado en su nuevo sillón, parece rebosante de energía. Hay que reconocer que está más que acostumbrado a dar masajes durante varias horas al día y no ha tenido tanto trabajo como yo esta semana. Los veintidós jugadores de los Devils se empeñaron en que les diera un masaje. Al principio me sentí halagada. Al fin y al cabo, me sirvió para conocer a los chicos y flirtear con algunos de ellos. Pero al tercer día ya estaba molida. Me dolían las piernas de estar de pie y tenía los dedos hinchados como morcillas.

Con tanto masaje, no me extraña…

Los dos últimos días he estado yendo de un lado para otro con el piloto automático. Es cosa de la fatiga. Ayer incluso me quedé dormida en el coche de camino a casa. Mi padre fue buena persona y no me despertó hasta que llegamos al piso. Por suerte, el jueves nos trajeron las camas nuevas y al fin nos despedimos del sofá plegable y la cama chirriante. Se hicieron de rogar, pero ya está: todos contentos.

Bostezo y miro el reloj. Son casi las tres de la tarde. A la pizza congelada que he metido en el horno aún le quedan diez minutos. Vamos, una eternidad. Me froto los ojos.

¡Me arden!

—¿Te preparo un café? —pregunta mi padre, que me mira con el mando a distancia en la mano.

Una arruga de preocupación se forma entre sus cejas y le engurruña la frente.

—No, gracias. Creo que voy a echarme una horita o así —respondo, incorporándome con dificultad.

—¿Ahora? —pregunta sorprendido mientras me dejo la vida en ponerme en pie.

—Sí. Si no, me quedaré sopa aquí mismo.

—¿Y la pizza? Hoy solo has comido un *bagel* para desayunar…

—Y una chocolatina, mientras esperaba a Toby después del partido —añado para tranquilizar a mi padre—. Me comeré la pizza más tarde, cuando me

despierte, ¿vale?

—Pero estará fría…

—No pasa nada.

Con la comida fría, es igual que mi madre. Ella siempre dice que hay que hacer una comida caliente al día, y él no podría estar más de acuerdo. Pero si espero a que la pizza esté hecha, me encontraré aún peor.

—Vuelvo en un rato —digo besando a mi padre en la mejilla.

Antes de que llegue al tedioso tema de «No comes lo suficiente», me dirijo a mi habitación. Sigue estando escasamente amueblada: tan solo hay una cama de matrimonio y un armario. Pero eso no me molesta lo más mínimo. Me conformaría con un colchón en el suelo, la verdad. Lo principal es tener un lugar donde dormir.

Me rasco la nuca, me quito las zapatillas y me meto bajo las sábanas. Me pitan los oídos, como si acabara de volver de una discoteca. *¿Cómo puedo estar tan reventada?* Cojo el móvil para ponerme una alarma y veo cuatro nuevos mensajes de WhatsApp. Son todos del grupo de los Portland Devils. Parker me metió a principios de semana. Dijo que todos los miembros del equipo y los trabajadores del club estaban en él, algo que no me creo del todo. Aparte de los jugadores y de mí, solo he visto a su antiguo masajista, Patrick, y algunos números que no reconozco en la información del grupo. Como me ha picado el gusanillo de la curiosidad, abro los mensajes.

***Byers:** *Tíos, hemos machacado*
a los Iron Hawks hoy. ¡5-1!
¡Partidazo!

***Toby:** *Una buena paliza…*
¡Eso se han llevado!

***Parker:** *Hay que celebrarlo.*
¡Esta noche, todos al Brillant!
@Emma, ¿te vienes?

Aunque se me cierran los ojos, no puedo evitar reírme. Me imagino a Parker con sus ojos azules como el hielo pegados a la pantalla del móvil, esperando mi respuesta.

***Durand:** *Va, @Emma, vente…*
Eres nuestro nuevo amuleto de la suerte.

La historia esa del amuleto de la suerte es absurda, por no decir otra cosa, pero los jugadores de hockey son supersticiosos. ¡Es lo que hay! En el partido de hoy, los Devils iban perdiendo 0-1 hasta el segundo tiempo, que es cuando llegué yo. A partir de ese momento, el rumbo del partido cambió. Palabras suyas, no mías. Durand, Parker y Caleb marcaron gol tras gol. En fin, con esta victoria, están un paso más cerca de los *playoffs*, lo que me convierte oficialmente en su amuleto de la suerte.

Otra notificación de WhatsApp hace vibrar mi teléfono. Esta vez es un mensaje en una conver privada con Durand.

***Durand:** *Gracias a ti, hoy he marcado*
mi décimo gol de la temporada.
Deja que te invite a una copa, venga,
para darte las gracias.
¿Qué tal esta noche sobre las nueve
en el Brillant?

Bueno, bueno, bueno… —me digo, con una sonrisa en los labios.

Durand lleva toda la semana pico-pala. No como Parker, que aprovecha cualquier oportunidad para charlar… No, Durand es más del tipo que flirtea desde lejos, a base de miraditas. Mantiene las distancias a sabiendas, no lo deja ver… y eso es lo que le hace tan misterioso. El chaval lo sabe. ¡Anda que si lo sabe…! Es su forma de ligar. Y para qué mentir, me gusta su estilo. No es el fanfarrón antipático que pensé que era al principio.

Me muerdo el labio inferior y pienso en cómo responder.

***Emma:** *Enhorabuena por tu décimo gol.*
No pienso perderme los próximos diez.

Aunque no sea la respuesta más original, la envío de todos modos. Tengo la cabeza demasiado ida para dar con algo mejor. Pongo la alarma del móvil a las seis de la tarde, me acomodo en la almohada y me quedo dormida.

La voz agitada de mi padre me despierta de un sueño profundo. Parpadeo un par de veces y tardo un rato en darme cuenta de que estoy en la cama. A juzgar

por el sonido distante de sus palabras, debe de estar en el pasillo. Me incorporo: a través de la persiana, solo veo oscuridad.

Ah pues, ¿qué hora será?

Miro el móvil. Son casi las siete y media. He dormido toda la tarde… Y ahora entiendo por qué: he puesto la alarma para el domingo en lugar del sábado.

Seré lerda…

—¡Pues tendrías que haberlo pensado antes! —truena mi padre en el pasillo.

Me pregunto con quién estará hablando. Entrecierro los ojos y pongo la oreja, pero no distingo otra voz. *Qué raro…* A juzgar por los crujidos del parqué, se dirige a la cocina. Si está dando vueltas por el piso, debe de estar hablando por teléfono, porque no sabe estarse quieto durante las llamadas. Pero eso no explica su tono tenso. Tengo que averiguar qué pasa.

Me pongo rápidamente la ropa que había tirado al suelo sin ningún cuidado y salgo a hurtadillas de mi habitación en dirección a la cocina.

—No sé cuántas veces tengo que decírtelo: no me importa, ¿me oyes? ¡Me trae sin cuidado!

Me detengo en la puerta y echo un vistazo a mi alrededor. Mi padre está apoyado en la pila, de espaldas, pellizcándose el puente de la nariz mientras escucha una voz al otro lado de la línea.

—No —responde sin abrir los ojos—. Porque no tiene sentido. Por eso.

Escucha la voz al otro lado de la línea, luego sacude la cabeza y abre los ojos.

—¿Sabes qué? Hablemos de esto en otro momento. Tengo cosas que hacer.

Se pasa una mano por el pelo oscuro que se ha vuelto canoso a la altura de las sienes y suspira. La expresión de dolor de su rostro me encoge el corazón. Preocupada, entro en la cocina. Cuando me ve, palidece de repente.

—Tengo que irme; luego hablamos.

Poco después, pone fin a la llamada.

—Emma, cariño, ¡por fin te has despertado! —dice con una voz inusualmente floja, como si tuviera un nudo en la garganta—. Pensaba que ibas a dormir todo el día…

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie importante.

—Papá… ¿qué pasa?

—Oh, no es nada, en realidad. Era solo… Mike. Ya sabes, el conserje del centro de masajes en Aberdeen.

—¿Y qué quería?

Lo miro recelosa, con los brazos cruzados. No parecía que estuviera hablando con Mike. Por lo que sé, apenas tienen trato.

—Parece ser que había una tubería rota en el centro. El inodoro goteaba y Mike se ocupó de ello, pero dañó la tubería de desagüe. Me ha dicho que tiene arreglo, pero que será mejor que se encargue un fontanero de verdad, no un conserje —Dicho esto, se encoge de hombros—. Es que no quiero volver a un sitio que apeste a cañería después de la temporada. ¿Lo entiendes? —añade, como para justificarse.

—Sí, lo entiendo.

Mi respuesta le hace sonreír.

—Me alegro. Bueno, te he dejado la pizza…

El tono de llamada de su móvil le interrumpe. Por una milésima de segundo, veo una expresión de enfado en su cara, pero luego reconoce el número que llama y sonríe. Se vuelve hacia mí y contesta.

—Hola, Bill, ¿qué tal?

Voy a por agua a la nevera y mi padre sale de la cocina y se mete en el salón mientras parlotea con el entrenador. Ahora parece más tranquilo, menos decaído.

—¿Va todo bien? —le pregunto cuando ha colgado.

Trago un poco de agua antes de darle un buen mordisco a mi pizza Diavola, cubierta de una generosa cantidad de salsa barbacoa.

—¿Cómo puedes comer algo tan artificial? —suelta para cambiar de tema, señalando mi trozo de pizza.

—Chis, está deliciosa. Además, pica y eso me gusta —murmuro entre bocados. Como mi madre es tailandesa, estoy más que acostumbrada al picante —. ¿Qué quería Bill? —insisto después de tragar.

—Quería convencerme para ir a tomar algo con él. Ya sabes, para celebrar la victoria de hoy de los Devils. Y como mañana no hay entreno y tenemos libre, creo que voy a ir —*¿Por qué habla tan rápido? Hay que ver, desde que me he despertado, está rarísimo*—. ¿No te importa que salga, ¿no?

Vale, ahora es oficial: está actuando de una forma muy extraña.

—Por supuesto que no. ¿Por qué me iba a importar?

—No sé… Porque, bueno… porque te dejaría sola esta noche.

Me mira con ojos lastimosos.

—Papá, soy adulta y sé cuidar de mí misma. No te preocupes por mí.

Además, Durand me espera en el Brillant…

En realidad, no me había decidido a ir, pero ahora resulta que hasta mi padre, que se queda en casa todo el año, tiene planes, así que me lo tomaré como una

señal.

—Además —continúo—, tenía pensado quedar con los demás en un rato.

—¿Con los demás? ¿Te refieres a los del equipo?

Su tono pasa de neutro a alarmado en un pispás. Su voz baja una octava y la intranquilidad se refleja en sus ojos.

Vaya, ¿por qué está tan serio de repente?

—Claro que me refiero a los del equipo. ¿Con quién si no iba a salir por aquí? No conozco a nadie más en esta ciudad.

—Pero ¿no te han dicho lo que le hicieron a nuestro predecesor, ese tal Patrick?

—¿Lo que le hicieron? Me cuesta creer que obligaran a Patrick a beber. Que yo sepa, tiene 30 años. Ya es mayorcito para conocer sus límites…

—Tal vez, pero tú tienes 21.

Espera, ¿qué? ¿Está diciendo que porque soy joven no sé cuándo parar?

Levanto las cejas con incredulidad, lo que le hace recular. Mi padre levanta las manos.

—No digo que no seas responsable. Es solo que… para una chica tan guapa como tú es peligroso salir con esos jugadores.

—Bueno, iba a salir de todos modos. Y en lugar de vagar sola por la vida nocturna de Portland, creo que es más inteligente juntarme con los chicos, ¿no crees?

Mi padre no responde; se limita a farfullar algo incomprensible para sí mismo.

—¿Qué te pasa?

—Nada… Cómete la pizza antes de que se enfríe, anda —Se acerca a mí y me da un beso en la frente—. No tardaré mucho en volver. Llévate el móvil y llámame si necesitas algo, ¿vale? —insiste.

—Lo haré, te lo prometo. Venga, vete ya y disfruta de la noche con Bill.

—Sí, eso haré…

Mi padre coge su chaqueta de polipiel del respaldo de la silla y se la pone. Le queda como un guante y le hace parecer varios años más joven. En conjunto, con sus ojos castaños enmarcados por unas cejas pobladas y su larga cabellera, es un hombre guapete.

—Ah, antes de que se me olvide —dice sacando las llaves del coche del bolsillo del pantalón—. Llévate el coche si quieres: yo cogeré un taxi.

Me da la risa. Solo hay una razón por la que mi padre me dejaría usar el coche: no quiere que beba. Desde luego, no tengo intención de conducir, así que

cogeré un taxi como él. Ya que salgo, quiero tomarme algo con alcohol. Sin embargo, me callo esto último y le deseo una buena noche.

Cuando la puerta del piso se cierra detrás de mi padre, me levanto y me dirijo a mi dormitorio. Mientras rebusco en el armario un conjunto adecuado para el Brillant, llamo a mi amiga Riley. Vamos a ver qué se cuenta y qué ha pasado con su querido *quarterback*, Cole.

8

Caleb

—¡Eh, mira esa, qué buena está! —grita Toby por encima del barullo de la discoteca.

Señala con el dedo a una rubia que pasa por nuestra zona VIP. Lleva un top de lentejuelas y unos vaqueros ajustados (pero mucho) que no dejan nada a la imaginación.

—Jooooder, ¡pero si se le marca todo el coño…! —ríe Parker.

—Pues a mí me parece sexi. Así sé qué esperar —dice el suizo, moviendo las cejas y lanzándole un beso a la chica, que sonríe, pero no se atreve a pasar junto a los dos guardias de seguridad que bloquean la zona VIP—. Siempre pasa lo mismo con esos dos gorilas. Ahuyentan a todas las tías buenas…

—Si te gusta, ve a hablar con ella —le digo.

Toby desestima mi comentario con un gesto de la mano.

—Na, olvídalo. Me da pereza levantarme.

Vaya gilipollez. Toby no es tan vago, ¡lo que pasa es que siempre se achanta!

A pesar de ser el bocazas del grupo, le cuesta acercarse a las mujeres que le interesan. Sabe flirtear de lejos, pero cuando se trata de una conversación de verdad, de repente, es como si se quedara sin palabras.

—Como quieras… —respondo, dándole una palmada en la pierna y levantándome del sofá de cuero blanco.

El asiento es enorme y ocupa toda la pared de la zona VIP. Este reservado del Brillant está ligeramente elevado, por lo que desde el sofá hay una vista perfecta de todo el club.

—Eh, ¿qué haces? ¿Vas a por la rubia? Macho, ¡que yo la vi primero!

Toby me agarra la pierna con su manaza para retenerme.

—Tío, eres un bicho raro, ¡relájate un poco! Esa chica no me interesa. Te recuerdo que tengo novia… —le explico y me zafo de su agarre.

Me dirijo hacia los guardias de seguridad. Cuando se fijan en mí, uno de ellos desengancha el cordón de terciopelo rojo y me deja pasar. Me atuso el pelo y bajo los tres escalones que conducen a la pista abierta a todos.

Aunque son poco más de las nueve de la noche, el Brillant está a tope. De camino a los aseos, observo a mi alrededor. A excepción del sofá, los asientos de la zona VIP y las cuatro barras blancas en cada esquina del club, todo en el

interior es negro. Eso ayuda a que la pista de baile parezca el lugar central del local. Es circular y está hecha de un cristal especial que se asemeja a la superficie de un diamante. Según cómo incida la luz en el material, proyecta cientos de puntos de colores brillantes, como una auténtica piedra preciosa, con la intención de atraer todas las miradas.

Lo mismo sucede con la tarima y las dos barras de baile justo detrás de la pista, bajo la cabina del DJ. Según Parker, este lugar era antes un club de *striptease* de lujo. El dueño calculó mal los beneficios y tuvo que venderlo. Las barras de *striptease* son el único recuerdo de aquellos días. Están hechas del mismo cristal especial que la pista de baile. Puede que el Brillant no sea el club más grande de Portland, pero tiene una distribución única y hace honor a su nombre.

Una vez fuera de los aseos, me interceptan dos chavalas muy insistentes que dicen ser mis mayores admiradoras. Se me acercan y me instan a que les firme un autógrafo. Sabiendo que no podré deshacerme de ellas hasta cumplir con lo que me piden, les firmo en la clavícula. Luego escapo de sus manos indiscretas y de su aliento alcohólico. Cuando por fin llego al aseo, me planto irritado delante de un urinario.

¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué he dejado que Parker me convenza para venir con él? Podría estar de tranquis en casa, en el loft. O follándome a Jess y corriéndome sobre sus tetas…

La idea de empapar sus tetas respingonas hace que se me ponga dura en la mano. Necesito un buen polvo esta noche. Lo tengo clarísimo. En días como este, cuando vamos perdiendo en un partido y luego nos ponemos las pilas y ganamos, siempre estoy especialmente hambriento. Es como si la tensión liberara una dosis adicional de testosterona en mis huevos.

De todos modos, la noche ya se me está haciendo bola y no ha hecho más que empezar. Tal vez debería mentir, decirles a los chicos que Jess tiene otro de sus episodios de celos e irme pitando. Al menos eso no sorprendería a nadie… Conocen a Jessica y saben que a veces se pone petarda. Me la meto en los vaqueros y me dirijo a uno de los lavabos. Mientras me lavo las manos, observo mi reflejo en el espejo. Se me nota en la cara que estoy de mala hostia. Mis labios forman una línea tensa y un aura sombría rodea mis pupilas.

Vamos, Caleb, espabila —susurra una voz en mi cabeza—. *Hace siglos que no sales con Parker. Jessica no va a ir a ninguna parte, podrás tirártela cuando vuelvas…*

Asiento en silencio, me recoloco el cuello de la camisa y la chaqueta y

vuelvo a salir. Las plastas de antes se han ido. *Algo es algo.* Me abro paso entre la multitud hacia la zona VIP. Como suele pasar a esta hora, cada vez hay más gente. Al pasar por la pista de baile, me invade una extraña sensación. Es como si una brisa fresca me acariciara. Se me eriza el vello de los brazos y entonces la veo: *Emma.* Está de pie a unos cinco metros de mí, con un vestido blanco y escotado que se le ciñe al cuerpo como una segunda piel. Mira a su alrededor con curiosidad y de tan solo verla, se me corta la respiración.

Esta mujer es demasiado guapa: un rayo de sol.

Emma se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Su melena oscura brilla como la seda en la penumbra. Está claro que no solo atrae mi atención, porque el tío que está a su lado se vuelve hacia ella. Me cabreo al ver que le ofrece un cóctel y le toca el brazo como si nada. Justo cuando estoy a punto de acercarme y mandar a ese inútil a tomar por culo, aparece Durand.

Con una expresión gélida, se planta delante de nuestra masajista y le dice algo al desconocido, que le saca unos cuantos centímetros. No sé qué le habrá dicho, pero hace retroceder al tío ese, que levanta las manos en señal de rendición y se aleja. Pero lo que veo a continuación me da ganas de vomitar. Nuestro pequeño canadiense se vuelve hacia Emma, le pasa un brazo por los hombros y le hace señas para que le siga. Solo con su sonrisa de mierda me entran ganas de darle un puñetazo. Les sigo discretamente hasta la zona VIP. Una vez allí, Durand presume triunfal y orgulloso de su amiguita frente al resto del equipo. Luego, como un caballero, le ofrece a Emma un asiento en el sofá y se acomoda a su lado. Mientras me aproximo a los guardias de seguridad, Parker aprovecha la oportunidad y se une a ellos. Los demás también se acercan e intentan entablar conversación con Emma.

Desde luego, los atrae como polillas que van a la luz…

Nadie se da cuenta de que he vuelto, por lo que aprovecho para acomodarme en uno de los sillones de la esquina de la zona VIP. Desde aquí puedo ver bien a los chavales y a la chica a la que intentan conquistar. Se comportan como críos, compiten por su atención. Parker le pasa su martini para que le dé un trago. Durand está sentado tan cerca de ella que prácticamente podría tenerla en su regazo. Y Toby… bueno, Toby es Toby. Es un suizo desquiciado. No tengo ni idea de lo que acaba de decir, pero los demás le miran incrédulos. Solo Emma se ríe y brinda con él.

Fijo la mirada en su rostro despampanante. Ha acentuado sus ojos felinos con un maquillaje oscuro y se ha puesto colorete en sus pómulos marcados, con lo que destacan aún más. Gracias a Jess, conozco bastantes trucos de maquillaje.

No es que tenga el mismo efecto en ella que en Emma. Ni con todo el maquillaje del mundo lo conseguiría, pero bueno, sabe cómo lucir lo mejor posible con él. Dejo a un lado la sutil culpa que me invade al pensar en mi novia y sigo observando a nuestra masajista. Un deseo se despierta en lo más profundo de mi ser: pasarle la lengua por el cuello, saborear su piel. Sacudo la cabeza para librarme de esos pensamientos intrusivos.

Caleb, por Dios, ¡tienes novia!

Pero por más que intento apartar la mirada de la tentación en forma de mujer, no lo consigo. Es como si su cuerpo perfecto me atrajera magnéticamente. Dibujo mentalmente sus pechos, claramente perfilados bajo el vestido, su vientre plano, sus caderas, sus muslos, y sigo bajando hasta que la tela del vestido se acaba y deja al descubierto su piel desnuda. Me sorprende ver las delicadas líneas de un tatuaje. Parece que recorre la parte posterior de su muslo derecho en dirección al culo. Solo puedo ver una parte, más que nada porque Emma tiene las piernas cruzadas. Al fijarme con más atención, descubro otro tatuaje en su pierna izquierda. Parece una enredadera con flores que le llega hasta la parte superior de la rodilla. Sigo las intrincadas líneas que serpentean por el exterior de su gemelo hasta el tobillo. No logro ver el final porque Emma lleva unos tacones blancos. Me sorprende, porque no esperaba que estuviera tatuada, pero joder, eso la hace más sexi de lo que ya era.

Cuando aparto la mirada de sus piernas y levanto la cabeza, me doy cuenta de que Emma me ha visto. Parker está hablándole a la oreja, pero ella me mira fijamente. No sé lo que se le pasará por la cabeza, pero una cosa es segura: esta chica me tienta demasiado como para resistirme. Me sostiene la mirada, y con eso, basta para que me entren ganas de tumbar a Durand y a todos los demás simios que se jactan a su alrededor con una somanta de puños.

¡Hostia puta! ¿Qué coño me pasa? ¿No me funciona el cerebro o qué?

Toby, siguiendo la mirada de Emma, se fija en mí.

—¡Eh, Whyler! —me grita—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás ahí sentado como si esperaras a que mamá te recogiese? ¡Levanta el culo de una vez y ven!

Solo el paquete de cigarrillos vacío que me lanza me hace apartar la mirada de los ojos felinos de Emma. Me trago el calentón y me pongo en pie.

—Haced sitio a nuestro amigo —dice Toby, apartando a los demás—. Tú también, Durand, aparta.

Y con eso, nuestro portero agarra al canadiense por el brazo y lo arrima a él para dejarme un hueco al lado de Emma. Veo cómo ella me sonríe y golpea con los dedos el asiento libre a su vera. Como si siguiera en piloto automático, me

siento e inspiro su aroma floral.

—Hola, Caleb. Me alegro de verte —dice con una voz dulce.

Me apoya la mano en el antebrazo y de repente… ¡Pam! Envía un ardiente impulso hacia mis entrañas. Esa es la gota que colma el vaso. *¡Basta!* ¿A quién quiero engañar? No estoy aquí por Parker ni para celebrar nuestra victoria. Estoy aquí porque quería ver a Emma, porque no podía soportar la idea de dejarla sola con Durand y esta panda de cafres. Quería hablar con ella y asegurarme de que ninguno de ellos se acercara demasiado.

Joder, deseo a esta mujer, ¡necesito que sea mía! ¡Me cago en todo, hostia!

En mi cabeza solo hay gritos. Esto no me conviene. Tengo novia. No puedo engañar a Jess: se volvería loca y me pondría en una situación comprometida con su padre. Quién sabe, puede que incluso lo convenciera de echarme del equipo. A ver, en realidad, no creo que ella ejerza tanta influencia sobre él. Pero no olvidemos que ella es su única hija, su angelito del alma, así que…

En fin, será mejor que me saque a Emma de la cabeza y me vaya a casa. ¡Joder, Caleb tienes 27 añazos, deberías ser capaz de controlar tus sentimientos!

Justo cuando estoy a punto de encontrar las fuerzas para levantarme, Parker se pone en pie y llama a la camarera del VIP antes de mirarnos a todos.

—Bueno, tíos, hoy hemos jugado de puta madre —dice con los brazos en jarra—. ¡Solo necesitamos tres victorias más y meteremos cabeza en los *playoffs*! —Toby y los demás levantan el puño y aplauden—. ¡Ahora toca celebrarlo! ¡*Whisky* para todos!

Parker se dirige a la camarera que se ha acercado. Mi mejor amigo grita y desata otro aplauso de los jugadores.

Creo que ha quedado claro que no iré a ninguna parte.

9

Emma

Parker levanta su vaso de *whisky* y barre el sofá con una mirada seria.

—¡Por nuestra defensa, una formación impenetrable! —Hace un gesto con la cabeza hacia Byers y luego mueve el vaso hacia Toby—. ¡Por nuestro portero, el mejor que cualquier equipo podría desear! Por nuestros tiradores de élite: los delanteros… —Ese elogio se extiende a Caleb, Durand y, como todos sabemos, a él mismo—. Y no nos olvidemos de nuestro amuleto de la suerte. ¡Que nos traigas muchos más goles!

Todos los ojos se fijan en mí. Sonrío tímidamente.

—¡Por el equipo de hockey más duro del mundo! —remata.

Parker concluye su brindis y, con ello, consigue que todos los jugadores alcen las copas y digan a coro:

—¡Por los Devils!

Luego se llevan las copas a los labios y se beben el alcohol de hidalgo. Su aguante con la bebida me deja sin palabras. El *whisky* me hace llorar solo con olerlo, pero ellos se lo beben como si fuera agua. *No me extraña que Patrick no pudiera seguirles el ritmo…* Por suerte, yo bebo de vez en cuando y sé cómo controlarme. Riley repite siempre que me guíe por mi altura. Aun así, he decidido tomármelo con calma esta noche. Después de todo, el trocito de pizza que me he comido no me llena especialmente el estómago, así que nada de pasarse.

Parker se sienta a mi lado y doy un sorbo al líquido ámbar. Soy consciente de que Caleb me está mirando fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunto, girándome hacia él.

—Yo de ti tendría cuidado con eso… —dice, y su expresión me hace soltar una risita.

—¿Por qué? ¿Estás preocupado por mí?

No contesta: se limita a mirarme muy serio. Estoy a punto de replicar e insistir en que no pienso pasarme, pero entonces Parker se inclina hacia Caleb y le pasa el móvil:

—Ey, tío, alguien quiere hablar contigo…

Caleb frunce el ceño al leer el nombre de la persona que le llama y su expresión se ensombrece.

—Joder… Perdonadme un segundo —gruñe.

Dicho esto, coge el teléfono, se levanta y se dirige adonde están los seguratas.

—Oh, oh… eso pinta mal —se ríe Parker.

—¿Pinta mal? —repito, intentando averiguar qué quiere decir con eso.

—Sí, era Jessica, su novia. Es una lapa y no le gusta que salga sin ella.

Caleb está pillado. Teniendo en cuenta lo guapo que es, imagino que a su novia no le hará mucha gracia que salga a divertirse sin ella. Lo veo salir del reservado, bajar las escaleras hacia la pista y dirigirse a la puerta.

No tendrá pensado irse, ¿verdad?

Me invade una ligera decepción. *¡Pero seré tonta…!* No estoy aquí por él; he venido para pasármelo bien. Por suerte, Durand, que vuelve a acercarse a mí, me distrae de mis pensamientos.

—No es por nada, pero estás increíble con ese vestido. Tanta belleza es un peligro… —me susurra al oído, antes de recorrerme con la mirada.

Podría devolverle el cumplido. Con su camisa blanca remangada y sus vaqueros, está bien bueno. De hecho, todos los jugadores van guapísimos esta noche. No estoy acostumbrada a verlos así.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —pregunta Parker, que se había distraído un segundo porque estaba llamando a la camarera.

Apoya la mano en la rodilla y dirige a Durand una mirada gélida por encima de mi cabeza.

—Nos estás interrumpiendo; eso es lo que pasa. Tengo algo que celebrar con Emma, así que lárgate.

—¿En serio? ¿Y qué es?

—Su décimo gol de la temporada —respondo.

—¿Y crees que eso es motivo de celebración? Ay, Emma, te va a tocar beber mucho esta noche… ¿Sabías que esta temporada ya he marcado catorce goles?

Parker cierra el puño y se señala el pecho con el pulgar, orgulloso. Y entonces, como si ambos quisieran reclamarme, se arriman a mí. Me siento atrapada entre el calor de sus cuerpos.

—Bueno, Emma, ¿qué te apetece tomar? —pregunta el canadiense.

—¿Eres tonto? ¿No ves que tiene una copa ya? —Parker señala el *whisky* que tengo en la mano—. Madre mía… El pequeñín no entiende a las mujeres, ¿a que no?

Durand hace un gesto a la camarera para pedir. Luego se vuelve hacia mí.

—¿Qué te apetece, preciosa: champán, vino o un cóctel?

—La verdad es que preferiría un zumo de naranja.

Parker suelta una carcajada ante mi respuesta.

—Anda, Durand… Eres todo un pichabrava, ¿eh? —bromea.

Pero el canadiense no se inmuta y pide un zumo para mí y otro *whisky* para él.

—Veo que estás tatuada… —dice justo después.

Durand me posa el dedo despreocupadamente en la rodilla, justo donde termina mi tatuaje de la enredadera con flores. Es un contacto inofensivo, pero descaradamente sensual. Me provoca un pequeño calambre en el bajo vientre que decido ignorar para mantener la compostura.

—Sí, me gusta el arte corporal… —respondo con indiferencia.

—Ah, entonces tenemos algo en común…

Durand saca a relucir una sonrisa de lado bastante socarrona y me ofrece su mirada de *playboy*. Por un instante, sus ojos me hipnotizan. Parecen dos onzas de chocolate derretido. No cabe duda de que este chaval sabe cómo aprovechar su encanto natural. Seguro que ha conquistado a decenas de chicas con esa carita.

—Perdonad que me meta, pero… ¿cuántos tatuajes tienes? —Parker se incluye en la conversación y vuelvo a centrar la atención en él.

No deja de mirarme el muslo izquierdo. Bajo el dobladillo de mi vestido asoman las puntas de las plumas de un atrapasueños. Este tatuaje es uno de los más grandes que tengo: cubre tres cuartas partes de mi nalga izquierda y la mayor parte del muslo.

—Unos cuantos… —respondo evasiva.

No necesita saber exactamente cuántos tengo.

—Seguro que también llevas *piercings*, ¿a que sí?

El brillo en los ojos de Durand al hacer esa pregunta se vería a kilómetros. Espera un sí por mi parte. Podría decirle que tengo dos *piercings* en los pezones y tres en mi zona íntima, sin contar el del ombligo (que me quité porque todo el mundo lo llevaba), pero decido callarme. Es posible que ya se esté montando una película él solito, así que no tiene sentido darle más información.

—Qué bien, aquí vienen nuestras bebidas… —le digo a la camarera, sonriente.

Mientras nos sirven el zumo de naranja y el *whisky*, noto que Durand se pone nerviosito a mi vera. Por el rabillo del ojo, lo veo relamerse y mirarme las piernas desnudas. No hace falta ser un genio para darse cuenta de lo que está pasando. El canadiense me desea. Puede que antes le pareciera atractiva, pero

ahora me ha apuntado en su lista. De repente, me viene a la mente la advertencia de Caleb: supuestamente, no debería marear a sus jugadores.

Tal vez venir aquí no haya sido tan buena idea… No, espera, ¡no seas tonta! Solo tienes que guardar las distancias.

Levanto mi vaso de zumo de naranja y brindo con Durand. Antes de que pueda decir nada, me vuelvo hacia Parker.

—¡Por tus catorce goles!

Sonríe y brinda conmigo. Claramente, debe pensar que estoy iniciando una conversación con él. Pero en lugar de eso, me vuelvo hacia Toby. Por suerte, este mira en mi dirección y consigo captar su atención.

—¡Y por el mejor portero que se puede desear!

Alzo el vaso y recibo a cambio una alegre sonrisa.

—Espera, espera… ¡Brindemos como Dios manda! —exclama, con la voz atenuada por el barullo del *pub*.

El gigante pelirrojo se levanta, se acerca y se hace sitio entre Durand y yo.

—Muévete un poco, chaval, tengo que brindar con nuestro amuleto de la suerte —le gruñe al canadiense.

A juzgar por su expresión, a Durand le hierve la sangre, pero no se atreve a enfrentarse al suizo. Molesto, se da la vuelta y se va con Byers y otras dos chicas que están sentadas con él.

—¡Por el mejor portero que se puede desear! —digo, haciéndome eco de las palabras de Parker y celebrando a Toby—. Bueno, dime, ¿qué te trae a ti, un europeo, por Portland?

—Yo diría que… la pasión por el deporte.

Toby me cuenta su historia y yo respiro hondo y me hundo en el sofá. A pesar de lo simpáticos que son mis dos admiradores en general, su actitud invasiva empieza a mosquearme. Parker sigue sentado a mi lado, pero no se acerca más porque cada vez que hace el amago, Toby le advierte con la mirada.

Me entero de que nuestro portero nació y creció en Suiza, se mudó a Londres a los 18 años y jugó en un famoso equipo de hockey. El señor Flake descubrió su talento durante uno de sus viajes a Inglaterra y lo fichó directamente para los Devils. Dada su altura y su voz grave, Toby resulta intimidante de primeras, pero una vez que lo conoces, te das cuenta de que es un chaval muy majo. Al menos, eso creo yo. Es como el hermano mayor que nunca tuve. Hablamos un rato de su pasión por el hockey y dejo que me convenza para probar un Long Island Iced Tea[1]. Finalmente, abordamos el tema de las mujeres. Muy a su pesar, solo ha tenido una relación seria en su vida.

—¿De verdad solo has tenido una novia? —le pregunto, enarcando una ceja.

Me cuesta creerlo. Después de todo, es el más sensato de todos.

—La verdad es que no estoy muy orgulloso de ello. Tengo veintinueve años, así que es un poco patético, ¿no? —dice, rascándose la nuca un poco abochornado.

De repente, siento una profunda compasión por él. El dolor que se refleja en su rostro me pilla desprevenida.

—¿Puedo preguntarte por qué no has estado con más mujeres?

Toby se encoge de hombros.

—No sé, me cuesta acercarme a ellas… —Me mira y se da cuenta de que no entiendo muy bien lo que quiere decir. El portero de los Devils suspira y se explica:—. Sabes, cuando estoy con mis amigos, las bromas me salen solas, pero cuando me quedo a solas con una mujer, pues…

—… la confianza desaparece —termino por él.

El portero levanta bruscamente los hombros, con lo que me indica que he dado en el clavo. Cuando se acerca a una mujer, se siente vulnerable. Y cuando le rechazan, cuando le tratan con desaire, es como si le clavaran una espinita directamente en el corazón.

Aunque sea un armario, por dentro es un nene pequeño —pienso para mis adentros.

—Bueno, pero ahora mismo estás hablando con una mujer soltera. ¡Servidora!

—A ver, eso es fácil… —Levanta la mano y, antes de que termine la frase, sé lo que va a decir: le resulta sencillo hablar conmigo porque no espera nada de mí —. No eres mi tipo —Justo después de soltarlo, se da cuenta de lo que ha dicho y abre los ojos de golpe—. Mierda, ¡no quería decir eso!

—No pasa nada, tranqui.

Sonrío para disipar su preocupación.

—No es que no seas guapa. Lo eres, aunque eso ya lo sabes. Lo que pasa es que me pirran las rubias. A ser posible, con ojos azules y… que las tengan como dos carretas.

Sus labios vuelven a formar la misma línea avergonzada.

—¿Como dos carretas? ¿A qué te refieres?

No conozco esa expresión. Debe de ser algo europeo.

—Bueno, ya sabes… —Toby levanta ambas manos y simula dos melones bien puestos.

—Ah, vale, ¡ya lo pillo!

Reprimo una sonrisa porque me resulta divertido verle hacer ese gesto.

—Vale, pues atento: te voy a ayudar —le digo, poniéndole una mano en la rodilla.

Toby se fija primero en mi mano y luego me mira a los ojos con el ceño fruncido.

—¿Estás segura? —pregunta en un tono mucho más dulce, inclinándose hacia mí.

Parece escéptico.

—Al cien por cien. Ya verás, encontraremos un mujerón para ti.

Su sonrisa me alegra el corazón.

—¡Venga, sin miedo! —responde animado—. Ah, pero… una cosa.

—¿Sí?

—Por favor, no les digas a los demás que me estás ayudando o se pasarán el resto de mis días mofándose de mí.

Junto el pulgar y el índice y finjo que me cierro los labios con cremallera para demostrarle que soy una tumba.

—No te preocupes: no diré ni mu.

—Perfe. ¿Por dónde empezamos? ¿Qué tengo que hacer?

Se levanta y se frota las manos.

—Bueno, ya me hago una idea de tu tipo. Pelo rubio, ojos azules y… ¿cuál era la expresión? ¿Unas tetas como dos carretas? —Asiente con una sonrisa—. Pues entonces, no necesito saber nada más. Vamos a bailar.

—¿A bailar?

Le tiembla la voz.

—Sí, ¿por qué no? Te vendrá bien relajarte un poco.

Toby desvía la mirada hacia sus compañeros. Lo entiendo: le da palo porque los demás le están mirando. *A ver si podemos cambiar eso último.* Me levanto, dejo el vaso sobre la mesa, justo al lado de donde Caleb estaba sentado antes, y me vuelvo hacia el equipo. De pie, con el brazo en jarra, los miro.

—Bueno, chicos, me apetece bailar. ¿Quién se viene?

Parker, Durand y Byers se levantan inmediatamente.

—¿Esto va en serio? —A la novia de Byers se le oscurecen los ojos. La chica se cruza de brazos y le fulmina con la mirada.

Para él, la noche ha terminado. Se desploma en su asiento y refunfuña. *Pobre chaval, hoy va a cobrar…* No es por nada, pero la preciosa morena que está a su lado no tiene motivos para estar celosa. Puede que le caiga bien a Byers, pero no creo que me tenga ganas. Para empezar, no me tira la caña como los demás.

Me encojo de hombros con aire pensativo y miro a mi nuevo amigo.

—¿Toby? —le digo tendiéndole la mano.

—No sé yo… —El portero duda, pero Durand decide ayudarme.

—Déjate de hostias, grandullón. Tú te vienes con nosotros.

Dicho esto, agarra del brazo al suizo y tira de él para levantarlo. No sé si será una venganza de Durand por haberle echado antes o si intenta hacerme un favor. En cualquier caso, funciona: convence a Toby para que salga con nosotros del VIP. Esto me pone de buen humor y, en cuanto llego a la reluciente pista de baile, levanto los brazos y me adentro en la zona circular con un par de pasos, sin dejar de contonearme. Cuando me doy la vuelta para buscar a los demás, los veo de pie desde fuera, mirándome. Al principio no entiendo lo que pasa, pero luego me doy cuenta de los numerosos destellos de luz que se proyectan sobre mi cuerpo desde el suelo. Es precioso, pero desde luego, no me miran por eso.

En realidad, es por mi vestido blanco, cuya tela apenas repele la luz. Dependiendo de cómo se proyecten los rayos en mí, se perfila mi silueta. Por un momento, me planteo dar media vuelta y salir de allí, pero luego miro a las chicas que me rodean. Muchas llevan camisetas escotadas y enseñan el ombligo. Otras llevan pantalones cortos con las nalgas al aire, o vestidos que apenas les cubren la ropa interior. Vamos, que no tengo nada que esconder. Además, me encanta mi cuerpo y mentiría si dijera que no me pone esta situación. Así que hago señas con el dedo índice a los tres jugadores para que se acerquen. Durand es el primero en responder a mi llamada. Toby y Parker intercambian una mirada insegura antes de armarse de valor y unirse a nosotros.

El DJ pone *Bailar* de Deorro y Elvis Crespo, una de mis canciones favoritas. A diferencia de Parker, que demuestra un extraordinario sentido del ritmo, los otros jugadores se quedan de pie como dos pasmarotes. Bailo a su alrededor y les incito a soltarse un poco. Al principio, se contienen y se limitan a balancear la parte superior del cuerpo en plan recatado, pero enseguida consigo que se animen. Tres canciones más tarde, la pista de baile es nuestra.

Los chicos se lo pasan en grande. Aunque Parker y Durand intentan bailar conmigo de forma insinuante una y otra vez, yo los esquivo y bailo con Toby. El suizo es una fuente infinita de risas. Nunca había visto a un hombre bailar como él. Es difícil de explicar, pero me recuerda a un pato. Con los brazos cruzados, saca culo y lo menea al ritmo de la música. Tiene su puntito, pero hace que me mee viva. Como los otros dos acaban cansándome con sus provocativos intentos de restriegue, cojo al portero y lo arrastro conmigo hasta una de las tarimas. Me sorprende que me siga sin inmutarse. De hecho, una vez arriba, anima a todo el

local con su baile ridículo. Se agarra de una de las barras de *pole dance* y monta un espectáculo que anima a la gente que está debajo de nosotros y atrae a una multitud de espectadores. Algunos graban su actuación. Me dejo llevar: me enrosco en la segunda barra y disfruto de la noche, porque para eso he venido.

Después de dos canciones, veo que Toby se tropieza a mi lado. De un momento para otro, vuelve a convertirse en un palillo tieso con la mirada fija en el gentío. Sigo la dirección a la que apuntan sus pupilas y veo a una chica rubia que le sonríe. Con las mejillas sonrojadas, Toby intenta desesperadamente recuperar el ritmo, pero no le sirve de mucho. Para ahorrarle el bochorno, dejo de bailar, me pongo a su lado y aplaudo. El público hace lo mismo y el suizo se sonroja aún más. Mientras la gente aplaude, bajamos de la tarima y nos reunimos con Parker y Durand en la pista de baile. Sujeto a Toby, que intenta escaparse al reservado.

—¡Quédate aquí un segundo! —grito por encima de la música.

Le empujo hacia sus amigos, le prometo que volveré enseguida y salgo en busca de la rubia. La encuentro con sus amigas en la barra, frente al DJ. Sin pensármelo dos veces, me acerco a ella y le digo que le mola a mi amigo Toby, pero que es demasiado tímido para hablar con ella. La chica se llama Mandy, y está clarísimo que se había fijado en él. Intercambiamos algunas palabras más y acordamos que yo me quede con los chicos en la pista de baile un rato más para que ella aproveche y se le acerque en plan ninja. ¡Dicho y hecho! En cuanto vuelvo con los tres jugadores, llegan las chicas. Mientras sus amigas mantienen ocupados a Parker y Durand, Mandy se acerca a Toby bailando. Sonrío al ver cómo saltan chispas entre ellos.

Ha sido más fácil de lo que esperaba…

Mientras los demás disfrutan, yo saboreo este momento a mis anchas. Cierro los ojos y muevo el cuerpo al ritmo de la música. Cuando vuelvo a abrirlos, el corazón me late con fuerza. Caleb está de pie en la linde de la pista, mirándome. Tiene las manos en los bolsillos y me acaricia con la mirada. Me siento como Toby antes: me cuesta engancharme de nuevo al ritmo. Y entonces ocurre algo que no esperaba: se adentra en la pista y viene directo hacia mí. Un escalofrío de excitación me recorre el pecho. Cuando Caleb se detiene frente a mí, me quedo helada. Se inclina hacia mí, y gracias a su proximidad, huelo su colonia penetrante con fondo especiado antes de que me susurre al oído:

—¿Me concedes este baile?

Sus palabras crepitan en mi oído. Siento que sus labios me rozan ligeramente el lóbulo y me estremezco. Con una mirada que me hace temblar, Caleb se

yergue y me tiende la mano. Entonces me doy cuenta de que el DJ ha cambiado de género y ha puesto una canción lenta. Poso la mano encima de la suya, y al instante, siento mi brazo arder. Me cuesta tragar saliva. Caleb se acerca a mí y guía mis manos hacia su nuca. La cercanía de nuestros cuerpos me desconcierta. Le miro aturdida y me pregunto qué me está pasando. Quizá alguien me haya echado algo en la bebida: el efecto que me produce no es normal. Sus manos, que recorren suavemente mis costados y se posan en mis caderas, borran todos mis pensamientos. Ahora mismo, me da igual si alguien me ha drogado o si simplemente he bebido demasiado. *Joder, ¡ni siquiera me importa que Caleb tenga novia!* Solo quiero saborear esta sensación indescriptiblemente cálida que me produce tenerlo tan cerca. Quiero que no se aleje jamás. Necesito tocarlo, tenerlo todo para mí, aquí y ahora.

Aunque solo sea durante este baile.

---

[1] *N. de la T.* Té helado Long Island. Dependiendo del lugar, el combinado se prepara a base de ron blanco, vodka, tequila (o brandi), ginebra, triple seco, zumo de limón o lima, almíbar y refresco de cola o té helado.

10

Caleb

Aunque quisiera, no podría resistirme al atractivo de esta mujer. Emma me hechiza; nuestra conexión es magnética. Estuve observándola desde la barra durante más de media hora, hasta que no pude aguantar más y acabé acercándome. Ahora que estoy bailando con ella, que siento su cuerpo contra el mío, todo se intensifica. He de contenerme para que mis manos no recorran su increíble figura. Pero ella se las arregla para ponérmela dura con su mera presencia. Su dulce perfume embriaga mis sentidos como un afrodisíaco. Aturdido, me contoneo con ella al son de *Call Out My Name* de The Weeknd. Siento cómo sus caderas se menean bajo mis dedos. Noto los ojos de los demás jugadores fijos en nosotros y sé que a algunos no les gustará lo que ven. Pero no podría importarme menos: el mundo podría acabarse ahora mismo y yo seguiría sin soltar a Emma.

Después de tres, cuatro o incluso cinco canciones, el DJ pone música más rápida de nuevo. Ni siquiera soy capaz de decir cuántas hemos bailado: estoy ebrio de esta mujer. Tras nuestro momento, Emma se aleja de mí y se me hace insoportable. No tardo en pensar en que seguro que me aparta como a los otros chicos del equipo y me manda a tomar viento, pero no. En lugar de eso, me sonríe descaradamente y baila una de esas canciones latinas que están tan de moda. Se arrima a mí, levanta los brazos y se contonea de una forma que podría hacer arrodillarse a un santo. Como si las vistas no fuera ya impresionantes, la máquina de niebla que tiene detrás se pone en marcha. Observo cómo la bruma blanca acaricia sus gemelos. Parece levitar sobre el mar en plena tempestad. Mis ojos siguen bajando por sus costados, desde los pechos hasta las caderas. Mi polla empalmada se altera en mis pantalones.

Dios, lo daría todo por hacer mía a esta mujer…

Lo tengo clarísimo: si esta noche se alarga más de la cuenta, mañana voy a necesitar una bolsa de hielo para los huevos.

***

Son las tres y media de la mañana cuando subo a un taxi con Emma. Nuestra masajista le da al conductor su dirección. Le prometí a Toby que me aseguraría

de que llegara bien a casa. Quería ocuparse de ella él mismo, pero para eso, habría tenido que mandar a la mierda a la rubia que tenía cogida del brazo. Durand y Parker, que también iban bastante cocidos, se ofrecieron a ayudar, pero nuestro portero y Emma se negaron en rotundo. Vamos, que solo quedaba yo: el único que apenas había probado una gota de alcohol.

—¿Tienes frío? —le pregunto al ver que se frota los brazos.

—No, estoy bien.

Cómo no…

Contengo una sonrisa. Es evidente que Emma está contentilla, por no decir otra cosa. Se la ve aturdida y le cuesta hablar, aunque lo intenta disimular. Me quito la chaqueta y se la pongo encima de los hombros.

—Gracias —murmura, tapándose el pecho con la tela—. No debería haberme dejado convencer. Ese último Long Island Iced Tea no ha sido buena idea… —admite, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Me abstengo de recordarle que se lo advertí. Para ser sincero, yo mismo me he aprovechado de su estado. Su creciente nivel de alcohol en sangre la hizo buscar el contacto físico conmigo. *Nuestro último baile… Joder, eso cuenta como restriegue a saco.* A juzgar por las miradas de Durand y Parker, me habrían apuñalado en el acto. Pero no me la pela: ha sido increíble estar tan cerca de Emma. Tenerla a mi lado me da un subidón constante. Tenía la polla como una piedra, y habría hecho cualquier cosa para poder llevármela a casa, sin dudarlo. Me giro y contemplo su perfil. Ella es la que debería dormir conmigo, no Jess. Quiero despertarme junto a su carita preciosa.

Todos… los putos… días.

Me gustaría llamar a Jessica ahora mismo y decirle que se pire de mi loft, donde me está esperando. Bajo la mirada hacia las piernas de Emma. Tiene la piel de gallina. Mi imaginación cobra vida propia: fantaseo con ella tumbada en mi cama, desnuda, con sus piernas tatuadas rodeando la parte baja de mi espalda. En mi mente, le poso las manos en las caderas y tiro de ella para hundirme en su interior. Veo su hermoso rostro desdibujado por el placer y la oigo gemir mi nombre.

¡Sí, Caleb, sí! ¡Oh, Caleb…!

—¿Caleb? ¿Caaaaaaleb…? —Su voz me saca de mi ensoñación. Aparto los ojos de las piernas de Emma y la miro a la cara—. ¿Te encuentras bien?

Un raudo parpadeo acaba con mis pensamientos impuros.

—Sí, estoy bien.

—Vale, porque… ya hemos llegado. Gracias por traerme.

Me fijo en que hemos parado enfrente de un bloque de pisos. Emma está a punto de quitarse mi chaqueta de los hombros, pero poso las manos suavemente sobre las suyas para que lo deje estar.

—No, no te la quites. Hace frío fuera —le digo en voz baja. Luego me dirijo al taxista:—. ¿Puede esperar un momento? Me gustaría acompañarla hasta la puerta.

—Sí, claro.

El hombre de mediana edad apaga el motor y enciende la radio.

—Después de ti… —le digo mirándola a los ojos.

Veo que separa ligeramente los labios. Parece que va a decir algo, pero cambia de idea y se baja. En el proceso, se le levanta un poco el vestido y me deja ver la curva de sus muslos. *¡Joder!* Aprieto los dientes para resistir el impulso de estirar la mano y tocarla.

Cierro la puerta del taxi y sigo a Emma. Camino a su lado por la acera en dirección al edificio. Las farolas parpadean mientras subimos los cinco escalones hacia el portal. Ella rebusca en su bolso para dar con la llave, mientras que yo me apoyo en la pared a su lado y la miro. En mi pecho resurge el deseo irresistible de llevármela conmigo. No quiero que termine la noche, no quiero dejarla marchar. El tintineo de sus llaves, que ha encontrado al fin, despierta en mí un sentimiento de impotencia.

No puede irse todavía. Ahora no; no hasta que no haya saboreado sus labios…

Antes de que pueda darme cuenta, doy un paso hacia ella. Mis manos se posan en su cara, *motu proprio*. Por un instante, me pierdo en el marrón de sus ojos. Luego me agacho ligeramente y le robo un beso hambriento. Los labios de Emma son suaves y cálidos. Parecen inocentes, pero entonces abre la boca. Su lengua pide entrar, y yo me dejo hacer con un gemido excitado. La polla me aprieta dolorosamente bajo la tela de los vaqueros cuando ella levanta los brazos y me rodea el cuello. Su lengua no deja de bailar con la mía. Esta mujer sabe increíblemente bien, por no decir como el mismo cielo. Me vuelve loco. Ejerzo presión contra el cristal del portal para hacerle sentir lo mucho que me excita. El cuerpo perfecto de Emma está atrapado bajo el mío, lo que me pone aún más cachondo.

—Haces que pierda la cabeza, ¿lo sabías? —gruño en su boca.

Mis palabras hacen que se estremezca. Emma hunde los dedos en mi pelo y levanta una pierna, con la que me rodea el muslo. Con ese gesto, me deja restregar mi dureza contra ella. El calor que emana de su intimidad hace que me

palpite la polla. *Seguro que está empapada…* Solo de pensarlo, mi testosterona se dispara. Bajo las manos hacia sus nalgas, con ganas de agarrarla y levantarla, pero entonces se enciende la luz del rellano que hay detrás de ella. Desorientado, la suelto al darme cuenta de lo que acabo de hacer, y la realidad se va filtrando poco a poco en mi mente. Emma se balancea un poco, lo que me impulsa a sujetarla por el brazo.

Joder, Whyler, ¡eres un gilipollas! —exclamo para mis adentros—. *La chica está borracha y tú, cerdo cabrón, te has aprovechado descaradamente de la situación, por no hablar de lo que le has hecho a Jess…*

—Lo… lo siento —murmuro.

Emma me mira confundida y se recoloca el vestido. La expresión de su rostro hace que se me encoja el corazón.

Se merece algo mejor que un pedazo de mierda como tú —sisea una voz insidiosa en mi cabeza.

Antes de que Emma pueda replicar, se abre la puerta y sale una joven muy maquillada.

—Bueno, nos vemos el lunes —digo con remordimiento.

Acto seguido, me doy la vuelta y me voy, dejando atrás a la mujer más increíble que jamás he conocido.

Cuando el taxista me deja en la puerta de mi loft, me duele la mandíbula de tanto apretarla. Llevo todo el camino luchando contra los remordimientos. Debería contarle a Toby lo que he hecho con su nueva amiga, pero es probable que me acabe pegando un puñetazo. No merezco menos: alguien debería darme una paliza. *Dios, ¿cómo me he dejado llevar así?* No sé para qué salgo: debería haberme quedado en casa, de tranquis con Jess, que por cierto, me está esperando en mi cama de arriba.

La mujer equivocada… Es la mujer equivocada —dice la voz en mi cabeza, como si no lo supiera ya.

Subo las escaleras hacia mi piso de dos en dos. Una enorme rabia hierve en mi estómago. Tengo ganas de destruirlo todo a mi alrededor, empezando por mí mismo. Doy un portazo y me dirijo a la cocina para coger una cerveza de la nevera. *Como si bastara con eso…* La dejo donde estaba y cojo la botella de *whisky* del mueble bar del salón. La descorcho y le doy un buen trago a morro. El alcohol me quema la garganta, pero me la suda. Que me consuma por dentro: es justo lo que quiero.

—¡Hola, amor! Menos mal que ya estás aquí: empezaba a preocuparme —dice Jessica. No me hace falta girarme para ver que está en las escaleras que

llevan a mi habitación—. ¿Te lo has pasado bien esta noche?

La pregunta me hace exhalar un suspiro de frustración.

¿Que si me lo he pasado bien? ¡Hombre, pues claro…! ¡La noche habría ido de puta madre si no estuvieras en mi vida! —gruño para mis adentros.

Otro sorbo de *whisky* me quita el regusto amargo de la lengua.

—¿Caleb? —insiste. Jessica me apoya la mano en el hombro desde atrás—. Cariño, ¿qué te pasa?

¿Qué podría pasarme? Estoy atrapado en una pesadilla, ni más ni menos. Salgo con una mujer con la que no quiero tener nada que ver, solo porque su padre podría echarme del equipo si la dejo.

Es la primera vez que admito abiertamente que ya no quiero a Jessica. Aunque siendo sincero, nunca la he querido.

—Estoy bien —digo.

Cambio la cara y me vuelvo hacia ella con serenidad. Jess me mira con sus ojos azules llenos de amor. Me coge de la mano y me lleva tras ella. Subo las escaleras con mal cuerpo. Ni siquiera los dos sorbos de *whisky* que he dado me ayudan. Cuando llegamos al dormitorio, Jess me quita la botella y la deja en el suelo. Con una mirada seductora, me tira a la cama. Quiere follar. La conozco. Es su forma de lidiar con los celos y poner a prueba mi lealtad. Ella también me conoce y sabe que necesito evadirme después de la bulla para luego hacer como si nada. Vamos, que si no se me pone dura, asumirá que la he engañado.

Me empuja hacia atrás y me desabrocha la camisa.

—¿No podemos dejarlo para mañana? Estoy reventado… —Jessica ignora mis palabras y deja un rastro de besos desde mi pezón izquierdo (que, de paso, muerde) hasta la cinturilla de mis vaqueros—. Jess, en serio… Lo hacemos mañana.

Demasiado tarde: ya ha liberado mi polla con sus hábiles manos y está jugueteando con ella.

—Estoy segura de que esta no está tan cansada… —ronronea, llevándose el glande a la boca y chupándomelo.

Joder…

Cierro los ojos y veo la cara de Emma frente a mí. Me relamo los labios e intento recordar su sabor.

—Lo sabía… —Jess se regodea porque se me levanta enseguida.

Si supiera que no es su talento para el sexo oral, sino el recuerdo de Emma lo que hace que la sangre me fluya hasta el paquete, me arrancaría los huevos de cuajo.

—Mmmm… —gime mientras se la mete hasta el fondo.

Se esfuerza por satisfacerme, pero no consigo desconectar. Aunque llevo toda la noche con una erección constante, ahora que Jessica está en cuclillas chupándomela, el deseo se desvanece. Intento entrar en razón, pensar en Emma, en la forma en que la estampé contra la puerta principal y la besé. O en su culazo, que me dejó ver al bajar del taxi… pero no sirve de nada. Me siento mal y mi cuerpo reacciona en consecuencia. Se me baja la erección. Mi escasa libido hace que Jessica acelere sus movimientos. Me acaricia los huevos con garbo y con la otra mano, me hace una paja.

—Perdona, pero creo que hoy no voy a poder. He bebido demasiado… —digo mientras mi novia se incorpora y me mira acusadora.

Por un momento, parece cuestionarme, pero luego se traga mi mentira como si nada y me sonríe con complicidad.

Jooodeeer… Como se ha animado con la mamada, ahora espera que, ya que no me la voy a follar, le devuelva el favor de otra forma.

Solo de pensar en tirármela ahora mismo, se me revuelve todo. *Será mejor que acabe con esto de una vez.* Me enderezo, la cojo del brazo y la subo a la cama. Dejo que apoye la espalda en mi pecho. Jess abre las piernas: se imagina lo que tengo en mente y se quita las bragas. Entonces meto dos dedos de la mano izquierda en su coño suave y le estimulo el clítoris con la otra. Jessica se agita contra mi torso y gime de lujuria. Ni siquiera noto cómo se moja al sentir el roce de mis dedos. Impulso con avidez contra su pared, luego los saco y sigo insistiendo. En mi mente, estoy lejos, con una mujer cuyo sabor se ha quedado grabado a fuego en mi memoria. Pero entonces, la voz de Jessica jadeando mi nombre me devuelve al presente. Mi novia se corre y siento su placer empapándome los dedos. No hace mucho, eso me habría puesto cerdísimo, pero hoy prefiero lavarme las manos.

—Joder, cielo… ¡Guau! —exclama sin aliento.

Gira la cabeza y me da un beso en el cuello antes de levantarse y dirigirse a las escaleras que conducen al cuarto de baño.

—¿Vienes a ducharte conmigo?

—Enseguida voy, pero antes, voy a dejar esto —le indico con la botella de *whisky* en la mano.

—Como quieras, pero no tardes mucho. Te estaré esperando… —dice guiñándome un ojo—. Ah, y Caleb…

De repente, su voz suena más seria.

—¿Sí?

Levanto la mirada.

—Te quiero…

—El orgasmo te ha sentado bien, ¿verdad? Anda, listilla, ve a ducharte… —le digo, lanzándole un calcetín de coña.

No se me ocurre qué más contestarle. Por suerte, no se da cuenta de que he desviado el tema. En su lugar, se ríe, me lanza el calcetín de vuelta y baja las escaleras. Exhalo un largo suspiro y me dejo caer en la cama. *Vaya mierdón.* Me siento como la mayor basura de este mundo. Lo que acabo de hacer no es caer bajo, es mucho más que eso. Estoy siendo injusto con Jessica. Es evidente que ya no me gusta, pero eso no es motivo para comportarme así. ¿Puede una mujer que apenas conoces romperte los esquemas hasta el punto de convertirte en un gilipollas de la noche a la mañana? *Yo no soy tan cabrón, lo juro.* Temblando por la culpa, me incorporo y me paso las manos por el pelo. Entonces pienso en Emma, cuyos dedos se enredaban en mis rizos hará apenas una hora. Vuelvo a relamerme, con la esperanza de saborear un vestigio de ella.

—Esto es un desastre… —susurro.

Por mucho que desee a esa mujer, no tengo intención de poner a Jessica en mi contra y arriesgar toda mi carrera con los Devils.

¡Pues nada! Decidido: he de sacarme a Emma de la cabeza, me guste o no.

11

Emma

Sin aliento y con el corazón palpitante, abro lentamente los ojos. Acabo de tener un sueño erótico bastante salvaje. Estaba en el Brillant, bailando en la pista al ritmo de *Chantaje*, de Shakira. Aparte de mí, no había nadie más que Caleb, que me observaba desde las sombras. No le veía, pero sentía su presencia. Un vaho blanco me subía por las piernas. No podía dejar de bailar, era consciente de ello, y Caleb controlaba esa nube vaporosa para guiarla a través de mi vestido. Era una sensación exquisita, como si una lengua fría acariciase mi intimidad y rozase mi perla prohibida. Sentía la mirada de Caleb clavada en mí, observando mis manos ardientes, deseosas, subiendo hacia mis pechos para acariciarlos. Dejándome llevar por la bruma blanca que flotaba entre mis piernas, al final me rendí al éxtasis con el que pretendía tentarme. Pronto, Caleb me llevó al clímax. Suspiré, cerré los ojos y me corrí entre gemidos sonoros. Allá donde me tocaba el vaho, se me ponía la piel de gallina. Después, volví a abrir los ojos.

Pero ahora ya no estaba sola: Toby, Durand, Parker y todos los demás chicos del equipo estaban de pie al borde de la pista de baile, mirándome sin inmutarse. Todo este tiempo sabía que me observaban. Se ve que la sensación de ser vista me resultó tan excitante como perturbadora, porque acabó despertándome y ahora siento un ardor palpitante entre las piernas.

Las imágenes de mi sueño se desvanecen lentamente y parpadeo un par de veces mirando al techo. Mis bragas empapadas me recuerdan a la noche anterior.

¿Qué hice para excitarme tanto?

Me concentro en las horas que pasé en el *pub*, pero mi memoria solo escupe escenas sueltas: Toby y yo subidos a la tarima, Durand y Parker tirándome la caña a diestro y siniestro, y cómo no, el Long Island Iced Tea. Creo que me tomé otro. *¿Sí, no? Sí, Durand me convenció.* Mi memoria se abre paso entre lagunas: Toby conoció a una chica… una rubia, ¡ah, esa tal Mandy! Entre ellos saltaron chispas.

Me entran náuseas, así que me incorporo. Inmediatamente, siento un pinchazo en la sien. Gruño y me llevo la mano al foco del dolor. Entonces caigo en la cuenta de que llevo puesta una chaqueta que no es mía.

—¿Qué coño…?

Retiro la sábana y me miro. Debajo de esa chaqueta misteriosa, sigo llevando

el vestido blanco con los hombros descubiertos de anoche. *Dios, si no me lo quité, es que iba bastante pedo…* Un tanto preocupada, compruebo la cama. Estoy sola. Bueno, algo es algo. *Pero ¿de quién es esta chaqueta y por qué coño la llevo puesta? ¡Puto Long Island!* No sé cómo mezclarán las bebidas los camareros del Brillant, pero tengo claro que no pienso volver a pedirme nada con alcohol. Estoy hecha mierda.

Por curiosidad, huelo la prenda misteriosa. Ese olor… Ese sensual aroma masculino, lo reconocería entre un millón: ¡*Es la chaqueta de Caleb!* De repente, me suben los calores: recuerdo haber bailado con él, pero eso no explica por qué llevo su chaqueta. Rebusco en mis recuerdos, pero no consigo más que agudizar el dolor de cabeza.

Bueno, Emma, ríndete. Es obvio que no os acostasteis, porque papá habría echado de casa a cualquier tío con sus propias manos. Incluido a Caleb.

Con la esperanza de sentirme un poco mejor después, me obligo a levantarme y me dirijo a la ducha. Por desgracia, ni toda el agua caliente del mundo me ayuda a recuperarme. Aunque tengo el estómago revuelto, decido comer algo. Quizá me ayude. Apenas he echado un vistazo a la nevera cuando mi padre aparece en la puerta de la cocina.

—¿Te encuentras mejor?

Parece preocupado. Tiene los brazos en jarra y me mira con el ceño fruncido. *¿Cómo sabe que tengo resaca?* Le miro desconcertada y cojo una botella de agua.

—¿Has vuelto a vomitar? —insiste.

—¿Anoche vomité? —pregunto incrédula.

—Sí, cuatro veces. No me digas que no te acuerdas… —responde mi padre.

Mi expresión debe de decir mucho, porque enseguida pasa de la preocupación al enfado.

—¡Emma! —Mi padre entra y se apoya en la mesa frente a mí con los puños —. ¿A quién se le ocurre? ¡Solo Dios sabe dónde podrías haber acabado! Una chica joven, borracha en una ciudad que no conoce. Maldita sea, ¡no quiero ni imaginar lo que podría haberte pasado…!

Su voz resuena en mi cabeza. Como siga así, me va a explotar el coco. Entrecierro los ojos y busco una silla para sentarme. Mi padre suspira con resignación.

—¿Cuántas copas te tomaste ayer?

—No muchas —respondo, masajeándome las sienes.

—Pues no parece que la cosa se quedara en una o dos…

Sí, desde luego, no tiene pinta de que me quedara corta… —pienso mientras doy un sorbo al agua.

—Solo me tomé dos Long Island Iced Teas —*¿Qué? El traguito de* whisky *no cuenta…*—. Normalmente tolero más de dos cócteles, pero ayer apenas cené.

Intento justificarme.

—Pues ahí lo tienes: como te dije, vas por la vida sin cuidado —Su puño retumba sobre la mesa. *¿Qué le pasa? ¿Por qué es tan duro conmigo?*—. Te dije que comieras más. Deberías haberte llenado la tripa con algo sólido antes de salir de casa y no con ese trozo de pizza congelada. Además…

La idea de llevarme algo a la boca ahora mismo no le resulta muy agradable a mi estómago. Me entran náuseas. *¡Mierda!* En plena regañina de mi padre, me pongo en pie de un salto y corro al baño. Nada más llegar al váter, echo el agua que acabo de beber. Escupo varias veces antes de que mi estómago se dé cuenta de que ya no queda nada que expulsar. Cansada, me esfuerzo por levantarme del váter. Me siento como una zombi, medio muerta.

—¿Estás bien? —oigo a mi padre detrás de mí.

—No, la verdad es que me encuentro fatal —admito.

—Vale, ven aquí.

Me levanta por las axilas y me guía hasta el salón, donde me sienta en el sofá. Luego, sin mediar palabra, va al dormitorio, coge mi manta y mi almohada y monta una cama improvisada en el sofá. Me siento como cuando enfermaba de niña. Siempre que me encontraba mal durante el día, me dejaban tumbarme en el salón. Así mis padres podían vigilarme mejor y yo no tenía que quedarme en el piso de arriba sola.

—Gracias, papá… —le digo mientras me ayuda a sentarme en el sofá y acomodarme.

Estoy helada, así que me tapo con la manta hasta la barbilla.

—No es nada, pero hazme el favor de beber menos la próxima vez, ¿quieres?

—No te preocupes, no volveré a beber alcohol en muuucho tiempo…

Tal vez nunca más.

Teniendo en cuenta cómo llevo la resaca, creo que es la opción más sensata.

—Ahora descansa un poco.

Aún parece enfadado, pero no le culpo por ello.

Mi padre se sienta en su sillón y se pone un programa deportivo en la tele. Yo me quedo allí tumbada hasta que por fin se me cierran los ojos. Cuando vuelvo a despertarme, ya es tarde. Al principio me siento bastante bien, como la última vez, pero en cuanto me levanto y me tomo una manzanilla, todo vuelve a

empezar. Tengo la tensión bastante baja y paso constantemente de la tiritera al sofoco. Por la noche, mi padre me prepara una sopa de sobre. Por consideración, me tomo dos cucharadas, pero acabo echándolas enseguida. Y así, hasta la mañana siguiente. Cuando me levanto, aún tiemblo un poco, pero consigo tragarme el café e incluso me atrevo a comer un trocito de *bagel*.

Cerca de las diez me preparo para ir a trabajar. Mi padre, sin embargo, no quiere que vaya hoy a la pista de hielo. Dice que debería quedarme en casa y recuperarme del todo, pero eso no entran en mis planes. No quiero quedarme aquí, pudriéndome en el sofá. Además, quiero saber cómo le ha ido a Toby con Marcy y tengo que devolverle la chaqueta a Caleb. Ese último pensamiento aviva una extraña sensación en mi estómago.

Espero no haber hecho el ridículo delante de él. Con lo borracha que iba…

Después de discutir un buen rato, consigo convencer a mi padre para que me lleve al centro de masajes. Además, tiene pinta de que será un día tranquilo. En mi agenda en línea, donde los jugadores pueden pedir cita, solo hay dos masajes concertados. Parker a las once de la mañana y Toby a mediodía.

Cuando llego a la pista, me dirijo directamente a mi sala de masajes. Parker se presenta a las once en punto. Está de muy buen humor y solo tiene palabras buenas para describir la noche del sábado. Según él, los chicos nunca se lo habían pasado tan bien como conmigo. Luego me habla de las amigas de Mandy, que no se cansaban de escucharlos a Durand y a él. De hecho, recuerdo a una chica en particular que había echado el ojo a Parker. Apuesto a que se la llevó a casa y ambos tuvieron una noche… calentita. Eso explicaría por qué está tan contento.

Por su parte, Toby, que no llega hasta las 12:20, es todo flores y alegría. Mientras me habla de Mandy, no se le borra la sonrisa. Se ve que pasaron todo el fin de semana juntos y que esa chica le ha robado el corazón. Me alegro de que les haya ido bien y escribo una nota mental: hacerle unas preguntas a Mandy la próxima vez que la vea, para ver si se plantea una relación seria con el portero.

Después de los masajes, acabo agotada. Quiero irme a casa y tumbarme, pero mi padre aún no ha terminado, así que aprovecho para buscar a Caleb y devolverle su chaqueta. Mi primera parada es la sala de pesas, pero cuando llego, no hay ni un alma por allí. Más tarde, en el hielo, solo me encuentro a Durand y a algunos defensas practicando el manejo del palo.

Estoy segura de que Caleb andará por aquí, porque se supone que Parker y él iban a hacer pesas juntos, así que me dirijo a los vestuarios. Como la última vez, una nube de vapor me recibe nada más abrir la puerta. La zona delantera, con las

taquillas y los bancos, está vacía. Sin embargo, oigo voces procedentes del pasillo que conduce a las duchas. Me muerdo el labio, tentada de ir a ver quién hay. No os voy a mentir: estaría bien ver la alineación de culos en pompa del equipo, pero desde luego, no es una opción.

Quizá debería dejar la chaqueta aquí e irme.

En su lugar, me fijo en una de las hileras de taquillas. Por lo que veo, no hay distintivos. Está difícil saber cuál es la de Caleb.

—Emma, ¿qué haces aquí? —exclama una voz que me pone en modo alerta.

Doy un respingo. Caleb cruza el pasillo y viene hacia mí, con una toalla alrededor de las caderas y un bote de gel de ducha en la mano.

¡Jo-der! Vale, chica, contrólate. Sabes que este tío está ridículamente bien hecho. Lo has visto semidesnudo muchas veces. Vale, entonces… ¿Por qué te provoca este temblor nervioso en el pecho?

Me humedezco los labios. Hay algo en mi memoria que intenta salir a la superficie, pero no lo consigue. Como no quiero quedarme ahí mirándole como una mema, me concentro en la respuesta que tengo que darle.

—He venido a devolverte la chaqueta —le digo mirándole.

Sin apartar los ojos de mí, se dirige a la tercera taquilla de la izquierda. La abre y deja ahí el gel. Luego se acerca a mí y se detiene a un par de pasos con los brazos cruzados. Byers sale de la ducha y me saluda:

—Hola, fiestera, ¿has cargado las pilas después del finde? Te lo pasaste bien, ¿a que sí? —comenta el defensa antes de irse hacia la derecha en dirección a su taquilla.

—Sí, la noche estuvo guay —le respondo, con la esperanza de no dejarme en evidencia.

—¡Sí, lo petamos! ¡Hay que repetirlo!

Fuerzo una sonrisa y asiento con la cabeza antes de volverme hacia Caleb.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta en voz baja, para que Byers no le oiga.

—¿Mejor?

—No estabas muy entera cuando te dejé en casa el sábado…

—¿Me llevaste a casa?

—Sí… ¿No te acuerdas?

—No. Probablemente no debería haberme tomado ese segundo Long Island —admito en voz baja, rascándome la frente avergonzada.

De todas las personas de este equipo, tenía que ser Caleb el que estuviera al tanto de mis lagunas. ¡Fabuloso!

—Sigues teniendo muy mal aspecto. Estás pálida. Creo que será mejor que

vayas a casa y te acuestes un rato.

El tono preocupado de su voz me conmueve. Parece como si quisiera acercarse y acariciarme la mejilla, pero no lo hace. En lugar de eso, me mira con tristeza.

—Sí, justo iba a…

Hago una pausa, porque por el rabillo del ojo veo que Byers deja caer la toalla. Ahora está de pie, como lo trajeron al mundo, a menos de metro y medio de nosotros. No es que tenga un problema con los hombres desnudos, pero como Thornton me pille aquí, me la puede liar. Seguro que no le encanta que me pase por el forro la privacidad de sus jugadores.

—Será mejor que me vaya. ¡Toma! —digo a toda prisa, sosteniendo la chaqueta.

Estoy a punto de dar un paso adelante y entregársela en mano a Caleb, pero él se anticipa y de repente me fija las manos a ambos lados de las caderas. Antes de que pueda decir nada, me levanta y me mueve hacia un lado. Por reflejo, me agarro a él.

—Pe-pero ¿qué…? —tartamudeo al verme pegada a su torso musculoso de una forma tan repentina.

—Ha estado cerca… —dice, mirando de reojo a Byers, que acaba de sacar unos calzoncillos de su taquilla. Caleb señala el escudo de los Devils en el suelo, a nuestro lado—. ¡Casi pisas el escudo!

Su mirada, intensa y fija en mi rostro, pasa directamente entre mis piernas hasta llegar al suelo.

—¿Y? —pregunto, un poco sorprendida.

—Que da mala suerte.

—¿Mala suerte? —repito y enarco una ceja.

—Sí, los chicos son bastante supersticiosos con estas cosas.

—Ah, ¿solo con estas cosas? —le digo, cada vez más consciente de su proximidad.

Noto su cuerpo firme, su piel cálida y desnuda bajo mis manos.

Ojalá pudiera explorar sus músculos con los dedos.

—Sí, la verdad es que los jugadores de hockey somos muy supersticiosos —responde con una expresión que me produce escalofríos.

Trago saliva, incapaz de responder. En su lugar, no puedo evitar devorarlo con la mirada.

—Pero bueno, ¿qué está pasando aquí? —exclama Byers.

Su tono divertido me hace darme cuenta de que sigo en brazos de Caleb.

Debe de haberme visto comiéndome con los ojos al capitán. *¡Mierda!* Un poco avergonzada, me zafo de su agarre y doy un paso atrás.

—Bueno, será mejor que me vaya… —digo, evitando su mirada.

—Hasta pronto, Emma… —responde él.

Con esas palabras, doy media vuelta y salgo por la puerta.

12

Caleb

—Parece que alguien te ha echado el ojo, ¿eh? —comenta Byers en cuanto la puerta se cierra tras Emma.

No respondo. Me limito a volver a mi taquilla con una sonrisa que no puedo reprimir. He de admitir que Byers tiene razón: nuestra masajista parece haberme cogido cierto cariño. Lo estoy disfrutando. Joder si lo disfruto. La forma en que me mira con esos ojos de gata…

¿Cómo coño espera que no me ponga cachondo si me mira así?

En otras circunstancias, la habría besado aquí y ahora. Le habría metido la lengua hasta la campanilla. El recuerdo de su fantástico sabor casi se ha desvanecido. Reconozco que me habría gustado volver a sentirla, pero no puedo. Emma y yo somos una fantasía que no se puede cumplir. Es más, que no recuerde lo que pasó el sábado por la noche, o mejor dicho, lo que ocurrió fuera de su portal, me lo pone más fácil. Así no tendré que preocuparme de que se lo cuente a nadie. Reprimo el pinchazo de decepción que siento al asumir que se ha olvidado de nuestro beso.

En el fondo, sé que es lo mejor.

***

Durante las dos semanas siguientes, mantengo a propósito las distancias con Emma. Si volviera a acercarse a mí como en el vestuario, no sé cómo reaccionaría. Es mejor no correr riesgos. Aun así, la observo desde la distancia y no les quito el ojo de encima a Durand y Parker, que no dejan de insistir. Me ponen enfermo. Esos dos son como el herpes: no hay quien se libre de ellos.

Por otra parte, Emma parece llevarse muy bien con Toby y su nueva novia, Mindy o Mandy; no sé ni cómo se llama. Los tres quedan bastante a menudo. De normal, la mitad del equipo se une a ellos cuando salen a tomar algo. Me he dado cuenta de que la relación entre los jugadores ha mejorado desde que llegó Emma. Ya estábamos muy unidos, pero ahora que los chicos hacen planes juntos con más frecuencia, los lazos entre algunos de ellos se han estrechado aún más. Eso también se refleja en su rendimiento en el hockey. En el partido del domingo pasado estuvimos más fuertes que nunca. Hasta el entrenador Thornton parecía

satisfecho. Y Carl, el jefazo, nos dio a cada uno una prima de 500 $. El ambiente en los Portland Devils, ya sean entre los jugadores o los directivos, no puede ser mejor. Bien por nosotros, porque no podría soportar más gente malhumorada a mi alrededor. Las cosas ya están bastante mal entre Jess y yo.

La última vez que follamos fue después de la noche en el Brillant. Desde entonces, cada vez que me busca, le suelto una excusa. Ya se huele que algo no va bien: se siente insegura y está de mala uva. Es molesto, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. No me atrevo a tocarla. Hay algo en mí que se resiste a hacerlo. Tal vez sea la culpa, o el hecho de que no puedo dejar de pensar en Emma. Es muy frustrante: cuanto más me esfuerzo en sacármela de la cabeza, más me atormenta. Supongo que es porque no puedo tenerla. Al fin y al cabo, lo que se nos prohíbe tiene siempre un atractivo especial, ¿no?

Dos semanas antes de Navidad, el equipo espera con impaciencia el próximo partido: el que podría llevarnos a los *playoffs*. Como la New American Hockey League[1] (en la que jugamos) no tiene tantos equipos como las grandes ligas, nuestra temporada regular termina en enero, mientras que las demás suelen alargarse hasta finales de marzo o principios de abril. En cualquier caso, somos optimistas y contamos con la posibilidad de llegar a los *playoffs*. De hecho, entrenamos a tope todos los días.

Cuando llego a la pista el lunes por la mañana, cuatro días antes del gran partido, encuentro una nota en mi taquilla:

Nos vemos esta noche a las 21 h
en el área VIP de la pista.
Y Caleb, ¡ni una palabra a nadie!
T.

¿T? ¿Quién es T? ¿Toby, Thornton o Terry, el tipo de la tienda de regalos?

No estoy para que me hagan pirulas. Si alguno de ellos quiere algo de mí, que lo diga. Estrujo la nota y la lanzo dentro de la taquilla.

Hoy estoy de muy mal humor. Jess se ha pasado la mañana llorando porque la he vuelto a rechazar. Lidiar con ella se está convirtiendo en una auténtica faena. Para desahogarme, me fui al gimnasio y luego dejé que Maxwell se ocupara de mis contracturas. Es el mejor masajista deportivo que hemos tenido. Aun así, cada vez que me tumbo en esa camilla, deseo estar en la habitación contigua con Emma. Una vez incluso me sorprendí conteniendo la respiración, escuchando lo que creía que era su voz.

Saber que Parker y Durand siguen con su apuesta me corroe por dentro. Alguien va a tener que decírselo a Emma. Me reitero aún más cuando me entero, durante el entreno de la tarde, de que hace poco aceptó quedar con ellos. Fue al cine con Parker y Durand la llevó a un restaurante pijo.

¡Vaya chasco de día!

Entro en la ducha refunfuñando. Oigo a Parker rebuscar en la taquilla contigua a la mía, silbando alegremente. Me gustaría meterle la pastilla de jabón por la tráquea. Y bueno, alguien debería borrarle esa sonrisa de superioridad a Durand. *El muy engreído…* Una oleada de rabia me recorre las venas y me hace pegar un puñetazo a los azulejos. No recuerdo haberme sentido nunca tan impotente.

Emma no se merece formar parte de esta maldita apuesta. Me pregunto por qué Toby, su amiguito del alma, no le dice las cosas como son. *¿Por qué les deja seguir con esta movida?* Entonces me viene a la mente la nota de mi taquilla. *Toby…* De repente, me muero por saber quién la habrá escrito. Debo averiguarlo. Es más, si es Toby, le contaré la situación de Emma.

No quiero más dramas con Jessica, así que paso la siguiente hora y media en la pista de hielo para no tener que volver a casa con ella. Como algo y hablo un momento con Terry, que está organizando la tienda de regalos para el próximo partido. Confirmo que la notita no es suya y luego me dice que tiene prisa: es el cumpleaños de su mujer y la va a llevar a cenar esta noche.

A las nueve en punto, me paso por el área VIP. Está claro que no soy el único que ha recibido una nota. Casi todo el equipo está aquí, con algunas excepciones. Toby anuncia que, efectivamente, él es el cerebro de esta reunión y pide silencio. Me acerco a él y echo un vistazo a la pista vacía desde arriba.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, y el suizo me tapa la boca con su enorme manopla.

—Chis, no lo estropees. Tenemos que estar muy callados —susurra, frunciendo esas cejas pobladas y rubias—. Acercaos todos, ¡pero no hagáis ruido, hostia!

Hace un gesto a los demás para que se acerquen a la barrera de cristal que nos llega hasta el pecho y da a la pista de hielo. El área VIP es una especie de terraza elevada que ofrece una vista perfecta del hielo. Toby saca su móvil y marca un número.

—Estamos listos. Que empiece el espectáculo… —susurra al teléfono, y todas las luces de la pista se apagan de inmediato.

Durante unos instantes, reina la oscuridad total, hasta que un foco cegador se

abre paso en la penumbra. El haz de luz enfoca al borde de la pista, de donde sale una mujer con una parka beis y un gorro blanco. Es Emma. Lleva puestos los patines y se desliza por el hielo. El foco la sigue allá adonde va. De repente, se detiene y se queda a la espera.

—¿Qué hace? —le susurro a nuestro portero.

—Tú espera… —responde sonriente.

Toby enfoca con la cámara del móvil hacia nuestra masajista y pulsa el botón de grabar. Frunzo el ceño, vuelvo a mirar al hielo y veo una figura que se acerca a Emma. Es Durand. Aún tiene esa puta expresión de suficiencia en la cara. Emma deja que la bese en la mejilla. Me hierve la sangre. Justo cuando estoy a punto de preguntarle a Toby a qué viene esta gilipollez y si este idiota pretende pedirle matrimonio, aparece una segunda figura: Parker.

—Vale, ahora a callar todo el mundo. Observad con atención —susurra el portero.

Desde aquí arriba, oímos preguntar a Durand:

—¿Qué coño? ¿Qué hace este aquí?

Pero Emma ignora al canadiense, deja que Parker le dé un beso en la mejilla y les tiende la mano a los dos. Mi mejor amigo dice algo, pero por desgracia, no se le escucha: lo ha dicho en voz muy baja.

—Los dos sois únicos… —dice Emma lo bastante alto para que la oigamos con claridad.

Mira a Parker, luego a Durand, y viceversa. Estoy demasiado lejos para analizar las expresiones de mis dos colegas, pero no me hace falta: su lenguaje corporal les delata. Están rayados a más no poder.

—Nunca nadie se había tomado tantas molestias por mí —continúa Emma— y, para ser sincera, al principio me sentí casi halagada. Dos chavales tan guapos como vosotros, negándoos a aceptar un no por respuesta porque estáis decididos a conquistarme…

—Querrás decir «un chaval tan guapo como yo»… Pero sí, una mujer como tú solo aparece una vez en la vida. Por ti da gusto luchar —añade Durand entusiasmado.

Emma no responde a su comentario y continúa:

—Bueno, como decía, al principio me sentí halagada… —*¡Joder, por fin entiendo lo que está pasando aquí!*—. Pero eso fue hasta hace cuatro días, cuando Durand se dejó el móvil en la sala donde acababa de darle un masaje y yo decidí devolvérselo.

—Mi móvil… ¿Hace cuatro días, dices?

La confusión en la voz del canadiense se nota incluso desde aquí.

—Sí, Durand, hace cuatro días, cuando comentabais vuestra apuesta inocente en la ducha…

¡Lo sabe!

Me muerdo el labio. Una indescriptible sensación de alegría se extiende por mi pecho.

—No sé de qué estás hablando… —responde Parker, alterado.

—¿Ah, no? Bueno, Parker, te lo recuerdo: apostasteis a ver quién se metía en mis bragas primero. Si Durand perdía, tendría que afeitarse el pelo y las cejas antes de la final. Pero si tú perdías, Durand te usaría de portería. Mala suerte para los dos: ambos habéis perdido. Ninguno conseguirá nada conmigo.

Esta mujer es genial…

Ahora entiendo por qué aceptó salir con los dos: quería darles la sensación de que estaban cerca de su objetivo. Probablemente para asegurarse de que su trampa funcionaba y de que los dos aparecerían esta noche. Hoy mismo, Durand, creyéndose vencedor, se pavoneaba en el vestuario. El tonto se jactaba ante los chavales de que estaba a puntito y de que tenía a Emma comiendo de su mano. Sonrío con maldad al recordarlo. Le ha dado una lección a ese cabrón que jamás olvidará.

¡Bien por ella!

—Vale, mira, ¿sabes qué? Dejémoslo estar. Nos has pillado: tú ganas —Parker levanta ambas manos en señal de rendición.

—Parker tiene razón. Chica lista: has conseguido ver a través de nosotros. Pero aquí acaba todo. No hace falta que los demás se enteren…

¡Ojoo…! Mira por dónde: de repente el señor Durand no está tan tranquilo y relajado, ¿verdad?

—Yo no diría eso. A mí sí me hace falta. Intentaste manipularme, me trataste como un juguete. Creo que el castigo que te espera es más que apropiado. Es justo que lo recibas. Es lo que hay: ¡has perdido!

Emma pone los brazos en jarra.

—Es una pena que no tengas pruebas. Parker y yo negaremos que nos hayas pillado. Diremos que Toby te habló de la apuesta y así, todo se quedará en nada —Durand se acerca a Emma con aire amenazante, tratando de intimidarla. *¡Será cerdo cabrón…!*—. Vamos, Parker, salgamos de aquí…

Durand está a punto de darse la vuelta, pero esa chica a la que todos vemos en el hielo lo agarra con valentía por la chaqueta de los Devils y lo retiene.

—Espera un momento… —dice ella con voz firme—. Me imaginaba que

reaccionarías de esa forma, así que tomé precauciones. ¿Byers?

En cuanto pronuncia el nombre del defensa, un chasquido metálico resuena en el estadio y se enciende un segundo foco. Este enfoca al área VIP y, por tanto, nos alumbra a todo el equipo. Los chicos que me rodean aplauden a Emma con todas sus fuerzas. Cegado por los focos, apenas puedo distinguir las expresiones de los tres sobre el hielo, pero por lo que veo, Durand y Parker se han quedado blancos. Emma, en cambio, sonríe de oreja a oreja.

El móvil me vibra en el bolsillo. Lo saco y veo que Toby ha compartido el vídeo que los incrimina en nuestro grupo de WhatsApp. Ahora incluso los que se han perdido el espectáculo podrán ver cómo nuestra dulce masajista puso en su sitio a dos hombres que se creían muy listos.

—Tío, estaba mosca contigo por no haberle contado a Emma lo de la apuesta… —le digo a Toby, que levanta el pulgar hacia nuestra masajista en gesto de aprobación.

—Dudé bastante, ¿sabes? —admite, volviéndose hacia mí—. Al fin y al cabo, las apuestas son una cuestión de honor. Pero cuando por fin me decidí a contárselo, resultó que ella ya lo sabía.

—¿Y no se enfadó contigo? Eres su mejor amigo de aquí.

—¡Créeme, se enfadó! Si Mandy no le hubiera explicado el valor de estas apuestas para los tíos como nosotros, y por qué me vi obligado a chapar la boca, probablemente no me habría perdonado hasta ahora. Pero lo hizo. Es un sol de chica.

Sonrío al ver a Durand y Parker alejarse de la pista.

Y además, de verdad. Es mucho más que eso…

---

[1] *N. de la T.* Nueva Liga Estadounidense de Hockey.

13

Emma

—¡Creo que está a punto de empezar! —exclama Mandy a mi lado, luchando por contener la emoción en su asiento.

Miro hacia la pista, donde la mascota de los Devils se pasea a su rollo. La música a todo volumen retumba en el estadio, mientras un foco proyecta sobre el hielo los mejores goles y jugadas del equipo local.

Hoy es el gran día: los Devils se enfrentan a los Salem Flyers[1]. Si ganan este partido, tendrán garantizado un puesto en las eliminatorias. Observo cómo los focos de colores barren las filas de espectadores. Flipo con la cantidad de gente que hay. Si he entendido bien a mi padre, las entradas están agotadas.

El comentarista anuncia al equipo local. El volumen de la música sigue subiendo y hace que la afición vocifere de la emoción. Algunos tocan tambores gigantes y otros cantan a pleno pulmón. Me encantan los últimos minutos antes del comienzo del partido: la expectación flota en el ambiente.

El momento ha llegado: los jugadores de los Portland Devils salen del banquillo uno tras otro, disparados como flechas, y desatan el furor entre el público.

—*Yeahhh, go Devils!*[2] —exclama mi amiga, que se levanta y aplaude a los jugadores.

Hago lo mismo y me fijo en que los Devils se vuelven hacia las gradas para comprobar si su amuleto de la buena suerte está presente. Solo los dos extremos (Parker, con el número 8, y Durand, con el número 10) me ignoran. Dan un par de vueltas para calentar en la parte norte del campo, cabizbajos. A pesar de que han pasado cuatro días desde que los dejé en ridículo delante de sus compañeros, siguen enfadados conmigo. La verdad es que no podría importarme menos. Seamos honestos: ambos se lo merecen. Apostar a costa de otras personas es de ser capullo. Eso no se hace. Ellos empezaron esta mierda, así que ahora les toca comérsela con patatas.

—Y ahí está: el hombretón de Two Rivers, nuestro máximo goleador y su palo mágico. ¡67 goles solo esta temporada! Un aplauso para nuestro jugador de oro, el delantero estrella, ¡¡CALEEEEB… —La voz del locutor hace eco por todo el estadio, y la afición de los Devils, nosotras incluidas, responde con un

clamor—… WHYLEEEEER!!

En ese momento, Caleb, con el dorsal 19 y la insignia de capitán en el pecho, sale del banquillo y el estadio entra en erupción. El tambor de los hinchas de los Devils retumba en mis oídos. El redoble se mantiene hasta que Caleb derriba la pirámide de discos apilados frente a la portería del equipo. Todos aplauden de nuevo y Toby, que lleva el número 1, ocupa su lugar. Nos mira y le lanza un beso a Mandy. Después se gira hacia su segundo amor: Samantha, su querida portería. Acaricia el poste con ternura y juraría que mueve los labios. Probablemente esté hablando con ella otra vez…

—Toby tiene una relación de pirado con su portería. Es muy supersticioso y cree que si no honra a Samantha o la trata mal, perderán —dice Mandy a mi lado, sacudiendo la cabeza.

—No es el único del equipo que es supersticioso, créeme —digo mirando a Caleb, que sigue dando vueltas a la pista.

Me encanta verlo sobre el hielo. Sus movimientos son fluidos a la par que enérgicos.

La voz del locutor se oye de nuevo y esta vez, da la bienvenida al equipo invitado, los Salem Flyers. Al mismo tiempo, en las cuatro pantallas suspendidas sobre el centro de la pista, se muestra el escudo de los Flyers en un vídeo que se reproduce una y otra vez. Se trata de un ala azul que se une a una S de Salem. Comparo las camisetas azules y blancas de los rivales con las nuestras (rojas y negras) y pienso que nuestros chicos lucen mucho mejor en esos colores.

Sin más dilación, empieza el partido. Los equipos se colocan en posición. El árbitro deja caer el disco y los jugadores salen disparados a por él. El juego es una locura. Los Devils están que se salen y hacen que los Flyers parezcan sobrepasados en cuestión de minutos. La primera línea, formada por los extremos (o delanteros, como también se les conoce), en este caso, Parker y Durand; y el centro, Caleb, que es el favorito del público, es la más potente. Son increíblemente buenos: han marcado cuatro goles en la primera parte y, con eso, se han ganado el entusiasmo de los hinchas. Mandy, a mi lado, está aún más entregada que yo. Se levanta una y otra vez de su asiento y grita:

—¡Falta! ¡Falta! ¡Palo demasiado alto[3]! ¡Enganchón[4]!

El árbitro sanciona a los dos equipos porque los chicos se exceden con los bloqueos[5]. Al final del segundo tiempo, es más que evidente que los Flyers van a tener que asumir la derrota. Van perdiendo por cero a seis goles. No tienen nada que hacer contra la los Devils y su determinación. Cuando por fin suena el pitido final en el estadio, la afición y el equipo sucumben al éxtasis.

Una vez en los vestuarios, me cancelan los masajes porque los chicos solo piensan en celebrar la victoria. Lo cual me parece estupendo, porque así doy por terminado el día de trabajo.

Me voy a casa tranquilamente. Mi padre, en cambio, se queda en la pista porque Bill y él tienen planeado dar una vuelta esta tarde. Últimamente pasan mucho tiempo juntos, lo cual me parece raro. Mi padre es más de sofá y prefiere ocupar su tiempo libre frente al televisor del salón. Por un lado, me alegro de que Thornton y él se lleven tan bien. Por otro, es extraño que, de repente, le apetezca hacer vida fuera de casa. Pero tampoco se lo he dicho a la cara. Él verá lo que hace.

Al llegar al piso, me entra un mensaje de WhatsApp. Es del grupo de los Devils, pero viene de un número que no tengo guardado.

***Número desconocido:**
Esta noche, fiestón
en el loft de Caleb
¡Vamos, Devils, habéis llegado
a los playoffs*!*
¡Estáis todos invitados!

***Toby:**
¡Esa eees! ¡Allí estaré!
¡Empezad a enfriar el Jägermeister!

***Byers:**
¡Cuenta conmigo!

***Durand:**
Yo me paso luego.
Tengo una cita.

Ojo, ¿Durand está quedando con una chica? ¡Me alegro por él! Esperemos que no lo estropee con una estúpida apuesta…

Sacudo la cabeza, entro en el aseo y me preparo un baño. Mientras disfruto de la espuma y el calor del agua, llamo a Riley. Está deseando verme dentro de un par de días. Voy a pasar las vacaciones de Navidad en casa, en Aberdeen, y me hace mucha ilusión. Aunque me encanta Portland y mi trabajo aquí, echo de

menos a mis amigos y a mi madre.

Mientras Riley y yo charlamos, me siguen llegando mensajes de WhatsApp, pero no los leo. Seguro que son los jugadores confirmando su asistencia a la fiesta de Caleb. En cuanto a mí, he planeado una noche tranquila: pizza y una peli de miedo de las antiguas.

Con eso bastará.

Una hora más tarde, el agua ya ni siquiera está tibia y cuelgo a mi amiga antes de salir de la bañera con los dedos arrugados como pasas. Me tapo con el albornoz y me coloco la toalla del pelo en forma de turbante. Cuando estoy a punto de entrar en mi habitación, suena el timbre. Supongo que será mi padre, que se ha olvidado las llaves, así que voy a abrir.

—¡Emma, tía! ¿Por qué no contestas a mis mensajes? —dice Mandy mientras me empuja hacia el piso—. ¡Estoy que no me soporto! —se queja.

—¿Qué pasa? —pregunto, cerrando la puerta tras ella y arrastrándola hasta la cocina.

—Bueno, es por lo de esta noche… ¡Por la víbora de Belinda!

—¿Belinda? —repito, arrugando la frente—. ¿Se supone que conozco a esa chica?

—¡Sí! O sea, no… No creo que la conozcas. Es la ex de Toby. Rompieron poco antes de que tú empezaras a trabajar para los Devils…

Ah, sí, la única novia de Toby… Aun así, no entiendo muy bien a dónde quiere llegar Mandy.

—¿Y qué?

—¡Que está superbuena! Y parece que todavía quiere algo con él. O eso creo, viendo los mensajes que le envía… Y no te lo pierdas: ¡va a venir a la fiesta de esta noche con Durand!

Las palabras brotan de la boca de mi amiga como un torrente de agua. Está completamente abrumada: hasta le han salido ronchas del estrés en la cara y el cuello.

—Emma, sé que querías relajarte esta noche, pero necesito que me apoyes —insiste—. No quiero vérmelas sola con esa petarda. Ven a la fiesta conmigo, porfa.

—No sé…

Después incidente del vestuario, cuando Caleb me cogió en volandas para que no pisara el escudo y le miré como si quisiera lamerle de arriba abajo, he intentado alejarme de él. *Menudo bochorno…* Me di cuenta de que estaba confundida y de que era más sano evitarle. Pero teniendo en cuenta que la fiesta

es en su loft, seguro que me topo con él.

—Porfi, Emma… Esto es muy importante para mí. Te necesito de verdad.

Mandy me coge de la mano y me mira con sus ojitos azules, suplicante.

¿Cómo negarme? En fin, iré con ella. Nadie dice que tenga que juntarme con Caleb solo porque esté en su loft. Me quedaré cerca de Toby y Mandy y ya.

—Vale —digo por fin, y Mandy me rodea con los brazos.

—Eres la mejor, Emma. Te debo una —dice y me suelta la mano—. Pasamos a por ti sobre las ocho y media. ¿Te parece?

Miro el reloj digital de la cocina. Falta menos de una hora.

—Sí, supongo que me dará tiempo a arreglarme…

—¡Perfe! Me muero de ganas. ¡Va a ser genial, ya verás! Dios, me voy: tengo que ponerme puto guapísima… —Dicho esto, Mandy se dirige a la puerta correteando como una gallina asustada—. ¡Gracias de nuevo! ¡Eres genial! ¡Ahora nos vemos!

Mi amiga sale trotando por donde ha venido. Sonrío. Es una chica muy especial. Sin perder más tiempo, me dirijo a mi habitación a rebuscar entre mi ropa.

¿Qué se puede poner alguien para celebrar el resultado de un partido en un loft?

A las ocho y media me miro en el espejo del armario. He optado por unos vaqueros pitillo que me hacen un culazo y un *top* negro brillante cuya tela cae libremente. Llevo unos tacones negros y unos pendientes plateados que caen en cascada por mi cuello. *Muy elegantes.* Me he recogido el pelo en una coleta alta y me he maquillado un poquito. Con un delineado sutil para resaltar mis ojos, un poco de rímel y un brochazo de colorete, basta.

Cojo mi bolso y bajo las escaleras. Una vez fuera, busco a Mandy, que llega tarde. Aprovecho para llamar a mi padre y decirle que voy a salir, pero tiene el móvil apagado. *Qué raro.*… Le dejo un mensaje y pienso en llamar a mi amiga para preguntarle dónde está, pero entonces aparece el 4x4 de Toby. Resulta que han llegado tarde porque Mandy no era capaz de decidir qué ponerse. Al final ha optado por un vestido rosa en corte de globo que la hace parecer un enorme bastón de caramelo. No es exactamente el atuendo que yo habría elegido, pero es ella la que tiene sentirse a gusto con él, no yo.

De camino a la fiesta, mi amiga no para de hablar. Supongo que saber que Belinda estará por ahí rondando no la hace muy feliz, pero Toby deja que se desahogue. En un momento dado, veo que pone su enorme mano sobre el delgado muslo de Mandy para tranquilizarla.

Estos dos son tan monos… Ojalá tener a alguien que me calmara así.

No sé por qué, pero la idea de volver a ver a Caleb hace que el corazón me lata más deprisa. Unas burbujitas nerviosas bullen en mi tripa y me pregunto si no debería haberme quedado en casa.

Al fin llegamos frente a una de esas viejas naves industriales de las afueras de la ciudad. Quienquiera que haya renovado este lugar es un genio. Aunque parece supermoderno, no ha perdido su estilo original de los años veinte. La fachada alberga una tienda de puros en la que se lee «Old Habana». A través de los altos ventanales y la puerta acristalada veo un elegante interior de madera oscura y sillones orejeros de los que pesan un quintal. Toby nos hace atravesar la tienda cerrada y avanzar hasta una puerta en el lateral del edificio que conduce al loft de Caleb. Apenas entramos en el hueco de la escalera, oímos voces y música. Una vez más, me siento incómoda. No debería haberme dejado liar, pero ahora es demasiado tarde: no hay forma de dar marcha atrás, porque Toby ya ha abierto la puerta principal.

—¡Bueno, bueno, colegas! —grita para llamar la atención de todos—. Ya está aquí la diversión en el cuerpazo de un suizo. ¡Que empiece la puta fiesta! ¡Daleeee!

Con todos ustedes, Toby.

Me adentro en el piso con Mandy y no puedo evitar quedarme boquiabierta. No me esperaba que Caleb tuviese tan buen gusto. ¡El loft es una pasada! El color predominante es el blanco: en las paredes, las cortinas, la cocina… ¡incluso en el suelo! El piso está construido con materiales modernos y a la última. A la izquierda hay un sofá de cuero negro frente a una enorme pantalla encastrada en la pared y una extravagante mesa de cristal con patas de garra negras. En las paredes cuelgan acuarelas en blanco y negro cuidadosamente elegidas, y en el lado derecho, junto a una cocina descomunal, veo una escalera de hierro negro que lleva al piso superior. El loft está a rebosar. Parece que ha venido todo el equipo. Creo que incluso he visto al señor Flake, y me pregunto si mi padre también estará aquí. Toby nos coge a Mandy y a mí del brazo y nos lleva al sofá donde están sentados Byers y Parker. Me siento junto al extremo, que no parece muy emocionado de verme y me da la espalda. Me empieza a poner de los nervios que sea tan terco.

—Vale, ahora en serio, ¿sigues enfadado? —le pregunto sin rodeos.

Al principio pienso que va a pasar de mi cara, pero entonces suspira y se vuelve hacia mí. Me mira con sus ojos azul hielo. La expresión hostil de sus labios desaparece y da paso a una sonrisa apenada.

—No, es solo que…

—¿Es solo que… qué? ¿Que has perdido la apuesta y te esperan unos cuantos moratones? Lo siento, colega, pero tú te lo has buscado…

—No, no es eso… No quería que pasara, pero…

Parker me dirige una mirada melancólica, pero hay algo más, una emoción más intensa.

Oh, no…

—Emma —continúa, cogiéndome la mano entre las suyas—, la apuesta fue un gran error. Cuando empezaste con nosotros, no eras más que la chica nueva y preciosa a la que todos deseaban. No me lo pensé dos veces a la hora de apostar por una noche contigo, pero luego te conocí y… —*No, por favor, no lo digas…* —. En fin, puede que me haya pillado un poco.

¿Por qué no habré hecho caso a mi intuición? Debería haberme quedado en casa.

—Nunca había conocido a una mujer como tú —insiste—. Eres tan diferente, tan…

—Parker, espera un segundo —le interrumpo antes de que pueda seguir. Él se queda callado y me mira con las cejas levantadas, expectante.

Dios, odio estos momentos…

—Mira, eres un tío muy majo, pero entre nosotros… nunca va a pasar nada.

Mi franqueza radical le hace hundir los hombros.

—Es por esa maldita apuesta, ¿a que sí?

No, es porque no eres mi tipo… —pienso, pero asiento con la cabeza y le hago creer que es por la apuesta. Así le dolerá menos.

Parker me suelta la mano y se pasa la suya por el pelo rapado.

—¡Joder, lo sabía! —grita—. La he cagado yo solito. ¡Seré imbécil! ¿Hay algo que pueda hacer? Ya sabes, para arreglar las cosas… —Intenta cogerme de la mano otra vez, pero me aparto y sacudo la cabeza con pesar—. ¡Me cago en todo, joder!

Parker resopla y se levanta. Entonces me mira con cara de querer preguntarme algo más, pero decide no hacerlo y se marcha.

¡Uf! Este tipo de conversaciones son lo peor…

—Emma, mira, está aquí. Belinda… —me susurra Mandy al oído con cierta insistencia.

Mi amiga no se ha enterado de la conversación que hemos tenido Parker y yo porque estaba distraída con la pareja (¿?) del otro extremo del equipo, que se dirige hacia nosotros. Durand va acompañado de una chica de unos veinte años.

Tiene una melena rubia que le llega a la cintura, una cara normalilla y una figura estándar. Le saca media cabeza al canadiense y parece maja, pero cuando ve a Mandy, se le cambia la cara.

—Algo me dice que no le caes demasiado bien… —murmuro sin apartar los ojos de Belinda.

—Es mutuo, la verdad —sisea mi amiga.

Toby aparece detrás de esos piezas con nuestras bebidas en la mano y entonces se fija en ellos.

—Durand, ¿qué coño haces trayendo a esta rata aquí? —pregunta con severidad, interponiéndose entre su compañero de equipo y la chica.

Me sorprende que Toby, que suele ser simpático y siempre está de coña, diga algo tan ofensivo.

—Disfruta esta noche, Toby —replica Belinda con una voz terriblemente aguda—. Ya veo que no has cambiado ni un poquito…

—Créeme, sí que he cambiado. He aprendido a distinguir las baratijas de las piedras preciosas.

Dicho esto, se sienta junto a Mandy y le pasa un brazo por los hombros. El ambiente se ha vuelto denso. Me pregunto por qué Durand se habrá traído a esa chica. Seguro que sabía que Toby se picaría. Supongo que eso confirma mi teoría: es su forma de vengarse, porque fue quien me ayudó a desenmascarar la apuesta que tenían Parker y él.

¡Valiente gilipollas…!

Me arrimo a mi amiga para susurrarle al oído:

—No te preocupes, cielo. Esa no es rival para ti, y probablemente nunca lo será.

—Ahora lo tengo clarísimo —responde con una sonrisa llena de alivio.

Hiciese lo que hiciese Belinda, está claro que Toby no la tocaría ni con un palo.

—Tengo que ir un segundo al baño. ¿Crees que te las arreglarás sola?

—Claro, tú ve —responde sin dejar de mirar a su archienemiga.

Me levanto y me abro paso entre los fiesteros hacia la parte trasera del loft, donde me imagino que estará el baño. En realidad, no tengo ganas de ir, solo quería escapar de la tensión del ambiente. Estoy cansada y el día se me ha hecho largo, así que me apoyo en la barandilla de la escalera que lleva al piso superior y doy un sorbo a mi refresco. Aprovecho para observar a unos defensas metidos de lleno en una conversación de lo más animada. A lo lejos, veo a Parker asomado a la ventana, ahogando las penas en una bebida ambarina. *Whisky*,

supongo. Me entra la culpa de solo mirarlo, así que me alejo de la escalera y me paseo entre los invitados. Luego me asomo por detrás de una lámpara de pie con pantalla negra para observar el sofá desde una distancia prudencial. Belinda está ahora un poco más lejos, de espaldas a Toby.

Estupendo. Parece que las cosas se han calmado.

Justo cuando creo que hay vía libre y que puedo volver con ellos, siento un cosquilleo en el cuero cabelludo.

—¿Qué miras que es tan interesante? —Una voz me acaricia el oído y hace que se me salga el corazón del pecho.

Es Caleb. Está de pie a mi lado, con su atractivo rostro a escasos centímetros de mi oreja. Me giro para mirarle y él se endereza, divertido, con su camisa blanca y sus vaqueros de tiro bajo. Tiene las manos a la espalda y me mira expectante.

Joder, qué corte. Acaba de pillarme espiando a mis amigos.

—Ah, hola, Caleb…

Intento desviar su atención, pero el centro no se distrae fácilmente.

—Venga, cuenta. ¿Qué estabas mirando? —Veo la curiosidad de sus ojos, con los que barre su loft abarrotado en busca de un indicio que le permita averiguarlo—. ¿A Durand? Interesante…

Hay un tono de desaprobación en su voz. Deduzco que le molesta que ande mirándolo.

—No, no era a Durand, sino a la chica con la que ha venido —digo, esperando impaciente su reacción.

—¿Belinda?

Caleb arruga la nariz y dibuja una sonrisa de lado bastante sarcástica.

—No parece que te caiga muy bien… —comento.

—Ni a mí ni a nadie. Y no me extraña, también te digo. Se fundió el dinero de Toby, lo dejó pelado y, cuando vio que estaba arruinado, pasó al siguiente —Caleb la mira con desprecio—. Tendrías que haberlo visto. Después de su relación con esa bruja, tocó fondo y estuvo semanas sin salir a flote.

—Pues a mí me han dicho que no lo deja estar y que sigue enviándole mensajitos aún.

—Pues que le cunda. Para el caso, ha perdido a Toby para siempre —dice Caleb encogiéndose de hombros. Luego aparta la vista de Belinda y me mira a mí—. Vamos a dejar este tema tan desagradable, anda —Hace una breve pausa y entrecierra los ojos ligeramente. Se le ve pensativo—. ¿Va todo bien?

Ah, o sea que esas tenemos…

Suspiro para mis adentros: ya sé a dónde quiere llegar.

—Siento decepcionarte, pero si crees que estoy triste por lo de la apuesta… —A juzgar por la expresión de Caleb, he dado en el clavo. *¡Lo sabía!*—. A ver, es cierto que no me hizo mucha gracia que se apostaran meterse en mi cama, pero me vengué, ¿no? —le explico.

—Sí, lo hiciste, y he de admitir que con estilo.

Una sonrisa ilumina sus labios. Me flaquean las rodillas.

Si es más guapo, no nace.

—Todo esto te importa nada y menos, ¿verdad? —insiste.

—Sí, más que nada porque no me interesaba ninguno de los dos.

Intento no mirarle, pero mientras lo digo, me pierdo en sus ojos durante unos instantes. En algún lugar de mi ser surge el deseo de estirar el brazo y tocarlo. Hay algo entre nosotros, una indecisión latente.

—¿Y hay alguien que te interese? —La voz de Caleb es diferente, áspera. Sus ojos se oscurecen. Creo que él también siente esa vibración entre nosotros. Sin dejar de mirarme, da un paso lento hacia mí, como un depredador al acecho —. ¿A quién deseas, Emma?

Estoy segura de que siente esa atracción magnética entre nosotros. Su cercanía me hace olvidar mi intención de mantenerme alejada de él y no cometer estupideces. Me muero por decirle que le deseo más que a nada en el mundo. Abro la boca y respiro hondo antes de confesarle lo que siento. Sus pupilas se dirigen a mis labios. Todo sucede a cámara lenta, pero justo cuando estoy a punto de emitir un sonido, la voz de una mujer ahoga mis palabras:

—Caleb, cariño, ¿a quién tenemos aquí? ¿No vas a presentarnos?

Parpadeo sorprendida. Una chica rubia se aferra a su brazo y me sonríe con falsedad. Caleb retrocede unos centímetros y traga saliva.

—E-esta es Jessica Flake… m-mi novia —tartamudea.

Está tan desconcertado como yo.

—Emma, la nueva masajista —me presento y le doy la mano.

El cerebro de Jessica tarda un segundo en procesar la información, pero luego su expresión cambia de repente. Es como si se rompiera un espejo y todo el brillo que proyectaba hacia los demás (en este caso, la amabilidad fingida) se desvaneciera y le cediera el paso a una antipatía pura y dura.

—¿Esta es la nueva masajista? Pero ¿cómo no me dices que *puto*[6] parece Miss Universo?

Jessica se vuelve hacia Caleb con los brazos en jarra. De pronto, un rayo atraviesa sus pupilas y me produce un escalofrío.

—Jess… —empieza él, pero ella no le da tiempo a decir ni una palabra.

—No, ni lo intentes. No me puedo creer la mierda que os traéis entre manos. ¡¿Cómo se atreve Thornton a contratarla?! Ahora sé por qué te has pasado todo el tiempo entrenando estas últimas semanas. Has estado divirtiéndote con esta guarra, ¿a que sí?

¿Perdón? ¿Acaba de llamarme «guarra»?

—¿Estás loca? Será mejor que le pidas perdón a…

—¿A quién? ¿A esa puta? ¿Por acostarse con mi novio?

Su voz se agudiza al pronunciar las últimas palabras y algo dentro de mí se desmorona. Sin pensar en las consecuencias, levanto el brazo y le tiro lo que queda de mi refresco en la cara. Jessica apenas puede respirar.

—¡Puta zorra asquerosa! —me grita.

Pero para entonces ya le he dado la espalda y avanzo entre los invitados, que han dejado de hablar, con la única intención de dirigirme a mis amigos.

La rubia sigue gritando detrás de mí:

—¡Ve con cuidado, zorra!

La Emma del pasado se habría dado la vuelta y le habría soltado tremendo sopapo. Así habría tenido motivos de verdad para actuar así. Pero ahora soy más sensata y no me meto en esos rollos absurdos.

—¿Me podéis llevar a casa? —pregunto a Toby y Mandy. Los dos se quedan con la boca abierta, alternando entre la novia de Caleb y mi cara de mala uva, pero no espero su respuesta—. Nos vemos abajo, ¿vale?

Luego salgo del loft bajo la atenta mirada de los invitados y me dirijo escaleras abajo.

¿Por qué, Emma? ¿Por qué no haces caso a tus instintos?

Me regaño a mí misma. *No debería haber venido. Esto es un desastre.* Cuando llego a la planta baja y abro la puerta principal, oigo que alguien sale del piso.

Gracias a Dios, al menos Mandy y Toby no me dejan tirada… —pienso, y salgo al fresco de la noche.

Me rodeo con los brazos y doy la vuelta al edificio. Apenas he doblado la esquina cuando oigo el chirrido de la puerta principal, y luego, un par de pasos. Debe de ser Mandy.

Me doy la vuelta para mirarla.

—No te preocupes, estoy estupendamente —le digo.

Pero en lugar de mi amiga, reconozco a Caleb que viene hacia mí.

Oh, a este no me lo esperaba…

—Tu novia es un amor —digo con sarcasmo.

Pero él ni se inmuta ante mis palabras. Al contrario, da largas zancadas hacia mí y me empotra contra el escaparate de la tienda. Eso despierta un recuerdo en mi subconsciente, un recuerdo que se niega a salir a la superficie.

—Emma… —Apoya ambas manos en la pared, una a cada lado de mí, con lo que me bloquea el paso—. ¿Qué querías decirme antes?

Dios, su mirada es tan intensa que siento que me quemo…

—¿A qué te refieres? —pregunto con voz temblorosa.

Su cercanía me abruma, me calma y me desestabiliza a partes iguales.

—Sabes exactamente a lo que me refiero. Quiero oír lo que ibas a decirme antes. ¿A quién deseas?

Al ver la expresión sombría de su rostro, trago saliva.

—Ya sabes la respuesta —murmuro.

Poco más puedo hacer.

—Quiero oírla de tu boca —Se agacha hacia mí y su cálido aliento me roza —. Necesito oírlo. Dime, ¿a quién deseas? —me implora.

Pestañeo ante el torbellino de emociones que se agitan en mi interior. Incertidumbre, esperanza, afecto, deseo…

Tan solo dos palabras escapan de mis labios:

—A ti.

---

[1] *N. de la T.* La palabra *flyers* tiene varias acepciones. Puede referirse a alguien que tiene mucha ambición o éxito en la vida, o también a un piloto o aviador. En este caso, entendemos que se refiere a la segunda.

[2] *N. de la T.* En inglés, «¡Síií! ¡Vamos, Devils!».

[3] *N. de la T.* En inglés, *high sticking.*

[4] *N de la T.* En inglés, *hooking.*

[5] *N. de la T.* En inglés, *checking*, una técnica defensiva.

[6] *N. de la T.* Uso coloquial de la palabra «puto» con valor enfático.

14

Caleb

—¡Emma! ¡Emma!

Los gritos de Toby y Mandy se cargan el momento. La pareja se apresura a girar la esquina para ayudar a su amiga. Cuando me ven, aminoran el paso y se detienen.

—¿Caleb?

Toby me mira con el ceño fruncido. Levanto la mano para hacerle saber que aún no hemos terminado. Luego me vuelvo hacia Emma, que me mira insegura.

—Eso es lo que quería oír —digo en voz baja, aguantándome las ganas de cogerle la cara entre las manos y besarla.

—Es una pena que no importe… —añade Emma tras un suspiro pesaroso.

Me acerco más a ella: algo ha cambiado de repente.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me invade un malestar nauseabundo.

—Caleb, deberías volver con Jessica.

—¿Por qué?

—Porque no puedo… Lo siento, pero no soporto interponerme entre vosotros dos.

Percibo el dolor en su voz y el pesar en sus ojos.

—Este problema tiene fácil solución, Emma: la dejaré ahora mismo.

No me queda otra. Me da igual que vaya a decírselo a su padre e intente ponerlo en mi contra. Definitivamente, ya he dejado atrás esa etapa.

Me alejo de la pared, decidido, dispuesto a subir y poner fin al capítulo de Jessica Flake, pero Emma me retiene por el brazo.

—¡Espera, Caleb! No servirá de nada. No quiero que la dejes por mi culpa. Así, no. No dejaré que acabe de esta forma… No puedo —Las últimas palabras de Emma son un susurro. Veo un brillo revelador en sus ojos—. Lo siento.

Lo dice con un hilo de voz. Luego se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla antes de dejarme allí, con la cabeza gacha.

—¡Emma! ¡Por favor, no te vayas! —le grito mientras se aleja.

La desesperación corre por mis venas, reciente y abrasadora. Toby y Mandy, que siguen a su amiga, me miran con compasión. Me paso las manos por el pelo, sin saber qué hacer para salvar la situación. Cuando por fin oigo cerrarse las

puertas del 4x4 de mi colega y el coche se aleja del aparcamiento, es como si una presa acabara de desbordarse en mi interior.

—¡Joder! —grito y le doy una patada de pura rabia a la papelera que hay delante del Old Habana.

La fuerza del golpe la arranca de cuajo y esta cae al suelo con un ruido sordo. Unos cuantos vasos de café, latas y otros desechos se desparraman por la acera.

—¡Joder! —grito de nuevo, caminando de un lado a otro delante de la tienda.

No tiene sentido salir tras Emma, pero tampoco quiero volver a la fiesta. No sé cómo reaccionaré si vuelvo a ver la cara de Jessica esta noche. ¡La muy venenosa ha llamado «puta» a Emma! No, ni de coña vuelvo arriba. Prefiero dejar que disfruten de la juerga sin mí. Tengo que salir de aquí.

Saco la llave de la moto del bolsillo y bajo al garaje a por ella. Ahora solo hay una cosa que puede ayudarme: el alcohol.

***

Una voz preocupada atraviesa la neblina de mis pensamientos mientras intento despegar los párpados.

—¿Está despierto?

Otra voz, esta vez mucho más grave.

Vuelvo en mí lentamente, como si emergiera del lodo de un pantanal. Parpadeo para quitarme el velillo de los ojos. La imagen se hace más nítida y reconozco a Jess y Parker. Están a mi lado, junto a una cama… Y no cualquier cama, sino una de hospital… ¡en la que estoy tumbado!

—¿Estoy muerto? —pregunto, porque así es exactamente como me siento.

—No, parece que no, pero has estado cerca, crack —responde mi amigo, negando con la cabeza—. ¿En qué coño pensabas?

—¿Cómo que en qué coño pensaba?

Me enderezo. Siento que me va a estallar la cabeza, que de serie ya está bastante dolorida.

—Caleb, ayer por la mañana te encontramos a una manzana del Brillant. Tuviste un accidente.

¿El Brillant? Ah, claro, fui a pillarme el pedo del siglo…

Había una chica bailando en la tarima que me recordaba a Emma. Me entraron ganas de verla otra vez, de hablar con ella, así que me subí a la moto y… después de eso, no recuerdo nada.

—¡Espera! ¿Has dicho «ayer»? ¿Cuánto tiempo llevo aquí tumbado?

—Casi 36 horas —explica Parker y Jess solloza a su lado.

—Estaba tan preocupada por ti… —gime, acariciándome el hombro.

—Jess, yo…

—No —me interrumpe—. No digas nada. No sé qué te pasó esa noche ni qué sucedió, pero quiero dejarlo atrás.

Intenta sonreír, lo que me hace sentir culpable de nuevo.

Tengo que acabar con esto. Tengo que decirle que ya no siento nada por ella.

Me armo de valor, a punto de sincerarme con ella, pero entonces llaman a la puerta. La cabellera pelirroja de Toby aparece antes de que asome la cara por la rendija de la puerta. Al ver que estoy despierto, mi colega sonríe.

—¡Hola, figura! —exclama encantado, entrando en la habitación con Mandy a su lado.

—Voy a por café… —dice Jessica, con un deje de fastidio en la voz.

No soporta a esos dos. No me sorprende: después de todo, están de parte de Emma.

—Un accidente de moto por ir borracho… Ay, Whyler, yo diría que te has pasado de la raya, ¿no? Suerte tienes de haber salido con solo unos rasguños —dice el suizo, chasqueando la lengua con reproche y sentándose en una silla—. En fin, dime, ¿qué se siente cuando te hacen un lavado de estómago? ¿Te duele?

Suspiro y me dejo caer sobre la almohada.

Después de la visita de mis amigos más íntimos, Thornton, Byers y algunos jugadores se pasan a verme. El entrenador me echa la bronca por mi imprudencia y me dice que un atleta profesional no se comporta así.

Como si no lo supiera…

Tengo que quedarme otros dos días en observación, lo que me da mucho tiempo para pensar. De hecho, tengo claro que voy a romper con Jessica. Lo nuestro se ha terminado. Y si su padre realmente quiere echarme del equipo por dejarla, que lo haga. Que intente dar con un centro tan bueno como yo. Además, estoy seguro de que encontraré mi lugar si se da el caso. No puedo quedarme con una mujer a la que no quiero el resto de mi vida solo para asegurar mi puesto en el equipo.

Mandy me cuenta que Emma se ha ido. A Aberdeen, digo, a pasar las vacaciones de Navidad, y no volverá hasta el día de Año Nuevo. Tengo tiempo de sobra para dejarlo todo hecho.

La Navidad es la época más maravillosa del año para Jessica. No quiero

joderle la experiencia, así que he decidido esperar hasta después de las fiestas. Seguirá siendo duro para ella cuando rompamos, pero al menos no se ahogará en sus lágrimas en los días más importantes.

***

El 22 de diciembre se celebra (por fin) la inauguración de la exposición de arte que Jess lleva semanas preparando. Está increíblemente nerviosa. Se ha arreglado el pelo, se ha hecho la manicura y a saber qué más para estar perfecta. Me toca la moral tener que ir, así que convenzo a Parker para que me acompañe. A las ocho de la tarde, el profesor Weinstein inaugura oficialmente la exposición en el vestíbulo del museo de arte de la ciudad. El padre de Jessica no ha reparado en gastos para encontrar el mejor lugar para su pequeña. Mientras Jess habla con posibles compradores, Parker y yo paseamos por la exposición. Ninguno de los cuadros me dice nada; de hecho, me minan la moral. Todo en este lugar me deprime.

—¿Va todo bien, tío?

Siento que Parker me observa y le miro a los ojos.

—Claro, ¿por?

—No lo sé, últimamente estás diferente. Pareces ido, infeliz.

Ale, el dedo directo a la llaga.

Saber que Emma está en Aberdeen y que no la veré hasta Año Nuevo me está destrozando. Necesito arreglar las cosas, convencerla de que debe estar conmigo.

—Es que tengo muchas cosas en la cabeza ahora mismo.

—Es por Emma, ¿no? —No quiero responder a esa pregunta; no hasta que haya cortado con Jess—. Lo sabía… Es por ella —suspira. Para variar, Parker interpreta correctamente mi silencio—. Bueno, lo entiendo. Es una mujer única. Asegúrate de no cometer el mismo error que yo: no la pierdas.

Sus labios forman una línea tristona.

—No tengo intención de hacerlo —digo con seriedad y me vuelvo hacia el siguiente cuadro.

Me fijo en la puerta doble por la que Durand acaba de entrar. *¿Qué pinta aquí?* Lo observo con recelo mientras él mira a su alrededor, localiza a Carl y a su mujer y se acerca a ellos con una amplia sonrisa.

—¿Qué pasa? —Parker debe de haber notado mi ceño fruncido. Se vuelve y mira en la misma dirección que yo—. ¿Qué hace aquí el canadiense?

—Buena pregunta. Supongo que querrá quedar bien —digo, arrugando la nariz con asco mientras lo veo besar la mano de la madre de Jessica.

Luego se vuelve hacia el jefazo y entabla conversación con él.

—Ese cabrón… —gruñe mi amigo—. Te das cuenta de que quiere tu puesto, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Quiere destronarte, tío. Durand se cree el mejor delantero.

Me río aunque, en verdad, no me hace gracia.

—Eso es ridículo.

—Lo es, pero no a sus ojos. Lleva tiempo lamiéndoles el culo a Thornton y el señor Flake. Al principio pensaba que me la tenía jurada, que quería dejarme en la mierda con lo de las asistencias. Pero luego le oí hablando por teléfono: dijo que la afición corearía su nombre cuando saliera a la pista la próxima temporada… como muy tarde.

Eso es nuevo.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

Parker se encoge de hombros.

—Ya te he dicho que últimamente estás muy raro. No quería darte más motivos. Además, es una gilipollez.

Asiento y le pongo una mano en el hombro.

—¿Sabes qué? Vámonos de aquí. Ya he visto suficientes idiotas y obras de arte por un día.

—Pero solo hemos estado aquí media hora…

—La verdad es que me la pela. Ya he tenido suficiente. Vamos a jugar al billar.

—¡Uh, billar, me gusta! ¿Nos vamos?

Ni siquiera intento acercarme a Jess, que sigue ocupada con los invitados. En vez de eso, le mando un mensaje.

***Caleb:** *Voy a salir. Te veo luego.*

Parker y yo estamos bajando los escalones del edificio de ladrillo cuando se abren las puertas dobles detrás de nosotros.

—¿Qué pasa, Whyler? No estarás huyendo, ¿verdad?

Durand está de pie en la parte superior de las escaleras con una sonrisa de suficiencia.

—Lárgate, Durand —le dice Parker, pero el extremo no retrocede: camina

hacia nosotros y me planta cara al pie de la escalera—. ¿Estás sordo o qué? ¡Te he dicho que te largues!

Mi mejor amigo pronuncia esas palabras con desdén y un músculo de su mejilla se crispa de rabia. Durand, en cambio, permanece impasible, con una sonrisa burlona.

—La pobre Jess se pondrá muy triste cuando sepa que has salido corriendo…

—No he salido corriendo —respondo, imperturbable.

—¿O sea que te aburre su arte? No tienes ningún respeto por las mujeres…

Me descojono al oír eso último.

—¿Eso crees? Que yo sepa, el que tiene novia soy yo, mientras que a ti te humilló nuestra masajista hace nada. Vamos, aparta.

Sé que sacar el tema Emma es tocarle la fibra sensible, y se lo veo en la cara. Lo aparto de mi camino y sigo andando con Parker. Oigo a Durand farfullar despectivamente detrás de nosotros.

—No te hagas el duro, Whyler. Emma te habría dado largas incluso a ti. A nadie le gusta esa zorra arrogante. Ni siquiera un poco de *candy*[1] hizo que se abriera de piernas. Pero bueno, seguro que tú te crees especial, ¿a que sí?

¿Candy?

Me paro en seco.

—Whyler, ignora a este gilipollas. Vámonos —insiste Parker.

Demasiado tarde: todas las alarmas saltan en mi interior. *Candy* es el término canadiense que se usa para las drogas. De hecho, hay una que se llama así. Entonces recuerdo la noche en el Brillant, cuando Emma parecía tan perjudicada.

Trago saliva, me obligo a mantener la calma y me vuelvo hacia él.

—¿Qué acabas de decir?

Durand camina hacia mí.

—He dicho que te crees especial. Pero ¿sabes qué? No lo eres. Solo eres un…

—¿Qué querías decir con *candy*? —Su ceño fruncido demuestra que no tiene ni idea de adónde quiero llegar—. Durand, ¿drogaste a Emma?

Dentro de mí, un volcán está a punto de entrar en erupción.

—¿Qué?

Por el rabillo del ojo veo que Parker se acerca a mí. Parece que él también lo ha pillado.

—¡Responde a la pregunta que te ha hecho Whyler! ¿Drogaste a Emma?

—¿Y qué si lo hice? No me seáis muermos. Solo le eché a esa chica media

pastilla en el Long Island. Ya sabéis, para que se animara un poco; eso es todo. ¿Cuál es el problema? Uno hace lo que sea por una apuesta…

El muy cerdo no ve venir mi puño. Está completamente distraído cuando le reviento la puta cara. Noto su dura mandíbula cediendo a la presión de mis nudillos y la oigo crujir. A mi puño derecho le sigue el izquierdo, que se hunde en su estómago y le provoca un grito ahogado. Le ceden las piernas y se dobla como un saco mojado.

¡Ese puto trozo de mierda se lo merece! ¡Lo voy a reventar!

Oigo la voz de Parker a lo lejos. Grita mi nombre una y otra vez, pero no me importa. *¡Ese cabrón ha drogado a Emma!* Me inclino hacia él y lo levanto de la pechera de su polo blanco, dispuesto a asestarle el siguiente golpe. Pero antes de que mi puño aterrice en su cara, me tiran hacia atrás. Unos finos brazos me rodean por detrás y me retienen. No puedo parar: lo único que quiero es darle una paliza a ese gilipollas.

—Caleb, tranquilo. ¡Caleb, hostia! Vamos, tío. ¡Cálmate!

Parker trata de serenarme y me inmoviliza. Para ser tan delgado, tiene una fuerza sorprendente. Consigue retenerme lo suficiente para que Durand se levante y ponga distancia entre nosotros.

—¡Cabrón de mierda! —le grito, dispuesto a abalanzarme sobre él de nuevo, pero una voz me hace entrar en razón.

—¡Caleb! —Es Jess—. ¿Qué coño pasa aquí? —El horror en su voz me calma al instante—. Caleb, necesito saber qué está pasando.

Al ver que no respondo, insiste, pero solo puedo mirar a Durand con cara de odio.

—Nada, tan solo le he dado una paliza a ese pringado de los cojones —explico en voz baja, pero con un tono amenazante.

—Pf, ¿a quién llamas pringado? —se burla Durand, que escupe sangre a su lado en la acera—. Aquí solo veo un pringado, un perdedor. Y ese eres tú, Whyler —Señala a Jess, que está de pie en la entrada, pero no me quita sus ojos desdeñosos de encima—. Ni siquiera puedes ser sincero con tu novia. Finges que la quieres, pero vas detrás de Emma, ¿me equivoco?

—¿La masajista? —pregunta Jessica con la voz temblorosa por el pánico.

—Esa guarra te ha jodido la cabeza, ¿a que sí?

Al escuchar que Durand llama «guarra» a Emma, vuelvo a abalanzarme sobre él y Parker me detiene de nuevo.

—Estás cavando tu propia tumba… —advierte mi mejor amigo al canadiense, que vuelve a escupir al suelo.

—Caleb, por favor, dime que no es verdad. No te interesa esa chica, ¿verdad?

Miro a mi novia, que baja las escaleras con lágrimas en los ojos.

Se acabó: esta farsa termina aquí y ahora.

—No —respondo, apartándome de Parker. Parece entender que Durand es lo último que tengo en mente ahora mismo y que no voy a volver a tocarlo, así que afloja el agarre—. No voy detrás de Emma, pero quiero algo con ella y lo llevo queriendo mucho tiempo —digo, volviéndome hacia Jess.

—No, no…

Se lleva las manos a la boca. Está conteniendo las lágrimas.

—Jess, lo nuestro se ha acabado —le digo, para que sea rápido y menos doloroso.

—No, por favor… —susurra con voz ahogada, tendiéndome la mano.

La cojo de la mano y la miro con seriedad.

—Lo siento, Jessica. Jamás quise hacerte daño.

Pero ya es tarde: como si de una presa se tratara, Jess solloza con impotencia y da rienda suelta a las lágrimas.

—Bien hecho, gilipollas —dice Parker mirando a Durand.

El canadiense responde levantando el dedo corazón.

—¡No puedes hacerme esto, Caleb…! ¡Por favor!

Jess se lanza a mis brazos y se aferra a mí con todas sus fuerzas. *Maldita sea.* Sabía que montaría un numerito cuando la dejara, pero no esperaba que ocurriera aquí, con público y todo. La puerta del museo se abre de nuevo. Esta vez es el profesor Weinstein. Le hago un gesto a Parker para pirarnos antes de que todo el mundo, incluido mi jefe, se apresure a presenciar esta horrible escena.

***

En el Lucky Saloon, un club de billar, Parker y yo encontramos algo de paz y tranquilidad. Me ha sonado veinte veces el móvil en los diez minutos en los que íbamos en el coche, así que lo he apagado. Aunque juré no beber alcohol desde el accidente, ahogo los restos de la adrenalina que aún perciben mis papilas con un trago de cerveza.

Le cuento a Parker lo infeliz que era en mi relación con Jess, y que llevo siéndolo mucho tiempo. Admito que no rompí con ella porque temía que manchara mi reputación con Carl, cosa que, al final, he conseguido hacer yo solito. Pero no quiero hablar de eso ahora, así que aprovechamos para rajar de

Durand. Siempre ha sido un gilipollas, pero después de que Emma lo avergonzara delante del equipo, es como si se le hubiera caído la máscara. Ahora sabemos cómo es en realidad. Llegado el momento, mi amigo y yo hablamos de Emma. Le digo que despertó algo en mí desde el primer día y que me ha costado muchísimo distanciarme. Cuanto más hablo de ella, más me doy cuenta de cuánto la echo de menos. La verdad me da de lleno en la cara: necesito a esa chica. Pase lo que pase, no pienso esperar a que vuelva y no aceptaré un no por respuesta.

Decido volver a encender el móvil y enviarle un mensaje.

***Caleb:** *He dejado a Jessica.*

Exhalo un largo suspiro y me armo de valor para seguir escribiendo.

***Caleb:** *Emma, eres la única mujer*
a la que deseo en este mundo.
No aceptaré un no por respuesta.
Eres mía y lo sabes.

---

[1] *N. de la T.* El *candy flip* es una mezcla de LSD y MDMA que tiene la intención de combinar la psicodelia con la euforia derivada de cada sustancia. En todo caso, la palabra *candy*, a solas, es un término canadiense que se utiliza para todo tipo de drogas.

15

Emma

—¿Qué tal en casa de Riley anoche? —me pregunta mi madre en la mesa mientras desayuna, con una taza de té verde en la mano.

—Pues bien, como siempre. Éramos bastantes y estuvo guay.

—¿Fue también ese jugador de fútbol? Lester, ¿no?

—Se llama Jester, y sí, estaba allí.

Jester es el pateador[1] de los Washington Sharks[2] y mi ex, si es que se le puede llamar así. Estuvimos quedando un par de semanas este verano, hasta que descubrí que se estaba tirando a otra porque no le di lo que quería de inmediato. Dijo que le calentaba tanto y se la ponía tan dura que necesitaba liberar tensiones en otra parte. Vamos, que era un imbécil. Le mandé a paseo ese mismo día. Desde entonces, cada vez que tiene la oportunidad, intenta ver si cuela conmigo.

—Es un chico majo y guapo, ¿no? —dice mi madre.

—Sí, pero de todo menos fiel —respondo.

Una sombra se dibuja en su rostro al instante.

—Bueno, eso sí que no se tolera —dice, levantándose y dirigiéndose a la cocina.

La miro servirse otra taza de té. Con su sedoso pelo negro y su esbelta figura, es fácil confundirla conmigo de espaldas, aunque en realidad, es mucho más delgada que yo. Ha adelgazado mucho. Los vaqueros se le caen hasta la parte superior del muslo. Me pregunto si comerá menos porque está triste. Debe ser difícil para ella vivir sola en Aberdeen. Nos echará de menos a mi padre y a mí.

—¿Cómo estás desde que nos fuimos? —le pregunto.

Se vuelve hacia mí con una expresión de dolor en la cara.

—Mentiría si te dijera que es fácil… —responde, y sus labios se tuercen en una sonrisa melancólica.

—Pero estás bien sin papá y sin mí, ¿verdad?

—Claro que sí. Emma, cariño, no te preocupes por mí. Estoy perfectamente.

No suena muy sincero, ¿no?

Mi madre esconde la cara detrás de su gran taza de té y le da un sorbo. Luego se acerca a mí y vuelve a sentarse a la mesa. Mira el periódico que tiene al lado y pregunta con indiferencia:

—Por cierto, ¿cómo está tu padre?

Esa pregunta me deja loca.

¿Qué pasa, que no se llaman a menudo? Ahora que lo pienso, no recuerdo haberlos escuchado hablar por teléfono. Raro, la verdad…

—Está bien —respondo, observando atentamente su rostro.

Pero no reacciona.

—¿En serio no ha podido venir a casa para las vacaciones de Navidad?

Percibo la tristeza en su rostro.

Abrimos el melón…

—No, mamá, te dije que no podía. El entrenador Thornton insistió en que uno de nosotros se quedara y estuviera disponible para el equipo durante las Navidades.

—Ah, Bill… —murmura con desdén en la voz.

Bueno, ya vale. Algo me chirría.

—Vale, mamá, ¿qué pasa?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta. Quiero saber qué pasa entre papá y tú. ¿Habéis discutido?

—¿Que si hemos discutido? No, estamos bien.

¿Lo están? ¿Entonces por qué veo lágrimas en sus ojos?

Estiro el brazo para cogerla de la mano. Este contacto repentino hace que se sorba los mocos.

—Venga, mamá, cuéntame. ¿De qué va todo esto?

—Tu padre y yo estamos teniendo… bueno, hemos tenido algunos problemas. Nada dramático, pero estoy un poco tristona.

—¿Qué clase de problemas?

—Nada, en serio, no es un drama tampoco. Lo solucionaremos. Vamos a dejar el tema, venga.

Como no dice nada más, decido no insistir. Conozco a mi madre lo suficiente como para entender que no quiere hablar de eso conmigo. Mis padres siempre han sido así: por mucho que discutieran, nunca me metían. Admito que, hasta ahora, me gustaba que me mantuvieran al margen de sus conflictos de pareja. Pero viendo lo desanimada que está mi madre, me siento obligada a involucrarme. Cuando vuelva a Portland, le preguntaré a mi padre. Seguro que estará en mejores condiciones que mi madre para contarlo. No sé qué problema tendrán, pero raro me parecería que no hubiera una solución.

—Vale, no hace falta que hablemos del tema. Pero si me necesitas, aquí estoy —digo con dulzura mientras le acaricio el dorso de la mano—. Si hay algo que

pueda hacer, dímelo.

Ella asiente y se levanta para coger un pañuelo.

—Gracias, cielo. ¿No habías quedado hoy con Riley? —dice, intentando desviar mi atención.

—Sí, queríamos ir al centro comercial con Mason a comprar algunas cosas para la fiesta de Nochevieja. Hablando de Riley, ¿tienes el móvil a mano para llamarla? Me dejé el mío en Portland…

Al principio pensé en pedirle a mi padre que me lo enviara por correo, pero luego caí en que me vendría bien cierta distancia con Caleb y los Devils. Ahora voy por la vida sin teléfono, intentando alejar los pensamientos que me llevan a Portland una y otra vez. Y como no hay nada que me ayude más con los problemas del corazón que distraerme, he ocupado cada segundo de mi tiempo libre con mis amigos.

—Sí, cariño, claro.

Mamá coge el móvil de la encimera y me lo pasa.

—¡Gracias!

Marco el número de mi amiga y confirmo nuestro viajecito al centro comercial.

***

Durante los días siguientes, voy de compras, salgo a bailar, al cine y ceno con Riley y su *quarterback*, Cole. Por mucho que me divierta, no puedo quitarme a Caleb de la cabeza. No dejo de imaginármelo frente a mí, empotrándome contra la fachada de ese estanco abandonado con su intensa mirada. Lo siento cerca, embriagando cada célula de mi cuerpo. En Nochebuena, hasta sueño con él. Estamos una vez más en el Old Habana, pero esta vez, no le digo que vuelva con Jessica. Esta vez, le beso. Cedo a lo que mi corazón desea y mi recompensa es una felicidad indescriptible.

Pero cuando me despierto a la mañana siguiente y me doy cuenta de que Caleb no está conmigo porque le rechacé, me siento de todo menos feliz. Por primera vez, temo haber cometido un error. Debería haber reaccionado de otra manera.

Pues nada, la he jodido y he dejado que vuelva a los brazos de esa niñata estúpida.

Cuando llego a la casa de vacaciones del entrenador Klark en Nochevieja, tengo los ánimos por los suelos. Esta vieja cabaña de madera me trae tantos

recuerdos…

¿Cuántas veces habremos hecho fiestas aquí con los Washington White Sharks? Son casi tan guais como los Devils. Insisto en el «casi»…

Oigo a Toby decir en mi mente un: «Nadie es tan guay como nosotros», y me río. Estoy deseando volver a Portland mañana para verlos a él y a los demás.

—Emma, estás increíble… —me saluda Jester en cuanto entro por la puerta. Como siempre, lleva el pelo oscuro recogido en un moño, lo que, junto con su barba bien poblada, le hace parecer un *hipster*—. ¿Quieres algo de beber? ¿Cerveza, vino, champán? Creo que tengo una botella de champán en mi habitación…

El idiota me guiña un ojo.

—No, gracias… Estoy bien —No necesita saber que apenas he bebido alcohol desde aquella noche en el Brillant—. ¿Has visto a Riley? —pregunto para cambiar de tema.

—Sí, estaba en el jardín hace un momento. Creo que está preparando unos farolillos para la medianoche.

—Gracias.

Dejo a mi ex más solo que la una y salgo por la puerta trasera al jardín iluminado por linternas[3]. La última vez que estuve aquí, me senté con Riley junto al riachuelo y me desahogué con ella, mientras las lágrimas caían sin parar. Hoy, al verla casi en el mismo sitio, me entran ganas de llorar.

—Holi, ¿has venido a ayudarme?

—¡Pues claro!

Intento forzar una sonrisa, pero no me sale. Riley deja caer el farolillo de papel que está desplegando y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

¿Cómo voy a engañarla a estas alturas? Me conoce demasiado bien.

—¡No es nada! ¿Con qué quieres que te ayude?

Intento quitarle importancia, porque no quiero estropearle la noche con mi bajón.

—Sabes que voy a insistir, así que suéltalo. ¿En qué piensas?

Suspiro, levanto la vista y me encuentro con la mirada de mi amiga. Es preciosa: con sus rizos rubios, sus grandes ojos azules y su expresión dulce. Como es feliz con Cole, está radiante. Me invade la nostalgia. Mi corazón insiste en que podría ser igual de feliz con Caleb.

—¡Emma…! —exclama mi amiga. De repente, dos jugadores de fútbol salen armando jaleo por la puerta trasera y nos interrumpen. Se sientan en el último

escalón y se encienden un piti mientras nos miran con ojos vidriosos—. Espera, ven.

Riley me coge de la mano y me aleja por la orilla para que podamos estar a solas. Nos sentamos en una roca que sobresale del agua. Ahora que solo estamos las dos, podemos hablar tranquilamente.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. ¿Es por ese jugador de hockey? ¿Caleb?

La miro sorprendida. Le he hablado mucho de él, pero nunca le dije que sintiera algo por él. Si lo hubiera hecho, habría estado insistiendo día y noche. O peor aún, me habría sugerido que me lo trajera a celebrar la Nochevieja con nosotros. Y eso es exactamente lo que yo no quería. Necesitaba un poco de distancia para poder sacármelo de la cabeza de una vez por todas.

—¿Cómo sabes que es por Caleb?

—Emma, cielín, te conozco de toda la vida. ¿De verdad crees que no me lo huelo cuando algo te preocupa?

—¿Entonces por qué no has dicho nada?

—Porque no quería presionarte. Pero ahora parece que llevas un par de días sintiéndote peor, ¿a que sí?

Aprieto los labios y asiento con la cabeza.

—Bueno, ¿qué pasa con ese tal Caleb?

Suspiro, me tomo un momento para pensar por dónde empezar, y entonces me abro.

—Te conté lo de la fiesta de los *playoffs*, ¿verdad?

—La del loft de Caleb, sí.

Asiento con la cabeza.

—En esa fiesta conocí a su novia, Jessica. Es una desubicada: se le fue la flapa porque soy la nueva masajista.

—¿Estaba celosa?

—Sí, justo. En fin, empezó a insultarme y a gritarme.

—Pero si siquiera te conocía, ¿no? Vaya zorra…

—Ya… Bueno, me llamó «puta» y «guarra», así que le tiré mi refresco a la cara.

Riley sonríe. Sé lo que está pensando: «Típico de Emma. ¡Bien hecho, tía!».

—Pero eso no es lo importante —continúo—. Después del dramita, me fui y Caleb me siguió —Me viene a la mente el estanco y la forma en que me apresó entre sus brazos. El recuerdo es tan vívido que aún percibo su aroma—. Me hizo admitir que lo deseaba. No te voy a mentir: le deseo desde el primer día. Hay algo especial en él que me vuelve loca. En fin, el caso es que me dijo que eso era

lo que quería oír.

—Oye, pues pinta bien… —dice mi amiga mientras contemplo el oscuro río que tenemos al lado.

—Ya, bueno… Le dije que volviera con Jessica porque no quería ser el motivo por el que su relación se fuera al traste.

Riley chasquea la lengua, molesta.

—A ver, si fue a por ti en vez de calmar a la zorra rabiosa que tiene por novia, esa relación ya se estaba desmoronando. Digo, ¿eh…?

Me encojo de hombros.

—Seguramente, sí. De hecho, esa noche hizo amago de volver al loft y dejarla allí mismo.

—¿Y luego…?

—Y luego le dije que no la dejara porque…

—Porque no querías interponerte entre él y su novia. Vale, lo pillo —me interrumpe. Miro a Riley, que ha cambiado la lástima por rabia—. Emma, sé que odias a las mujeres que se meten en relaciones ajenas y las destruyen a propósito, pero con Caleb y Jessica ya no había nada que destruir. ¡Es tan obvio…! Siento repetirlo, pero ese tío dejó a su novia en la estacada y fue a por ti. Si te importa tu pareja, eso no lo haces.

Estoy de acuerdo con ella. Y ahora que lo pienso, fue bastante bonito que fuera a por mí. Dejó a tirados a los invitados de la fiesta solo por mí.

Una cálida sensación se extiende por mi pecho y mi cerebro empieza a funcionar. Caleb ya pretendía dejar a Jessica aquella noche. Se lo vi en los ojos. Hablaba en serio. ¡Joder, si me lo gritó a la cara…! El recuerdo del sonido desesperado de su voz me hace estremecer.

Cometí un error. ¡Un error de los gordos! No fui yo quien le animó a dejar a Jessica, ni quien le incitó a buscarme. Él tomó esa decisión por sí solo; yo no lo alejé de ella. En realidad, ella ya lo había perdido.

Siento un pinchazo desagradable en la boca del estómago.

¿Qué he hecho?

—¿Qué se te pasa por esa cabecita loca? —dice mi amiga.

—La he cagado.

—¡Aleluya! Y bien, ¿cuál es el plan?

—No tengo ni idea. Para empezar, creo que voy a llorar un rato.

—Chis, espera. ¡Yo te digo lo que vas a hacer! —Riley se inclina hacia mí y me mira fijamente a los ojos—. Mañana vas a volver a Portland y vas a arreglar las cosas. Vas a decirle a Caleb que has aprovechado el tiempo para pensar y que

has cambiado de opinión.

—¿Y si sigue con Jessica?

—¿Qué más da si están juntos o si no? Lo único que tienes que hacer es decirle lo que sientes de verdad. Si no lo haces, te arrepentirás durante toda la vida. Siempre te preguntarás qué dejaste escapar.

Riley tiene razón: tengo que decirle lo que siento, admitir que cometí un error. Me encorvo ligeramente y abrazo a mi amiga.

—Ah, y no seas compasiva con una chavala que te llamó «puta» —añade con firmeza.

—Gracias… —digo contra su pelo rubio.

—Siempre estaré aquí para apoyarte. ¡Y ahora, vamos a celebrarlo! —dice sonriente mientras la suelto.

La Nochevieja en la casa de vacaciones del entrenador Klark es extraordinaria. Alec prepara hamburguesas a la parrilla para todos e intenta convencernos de que están más buenas con mermelada de fresa que con kétchup. Mason se pasa toda la noche con el móvil en la mano, haciendo videollamada con su novia que está en Alemania, y Riley y yo bailamos con Cole y otros tantos en el salón. Cuando dan las doce, unos cuantos defensas prenden un castillo de fuegos artificiales que debe de haber costado varios cientos de dólares. *Impresionante.* Es una noche inolvidable y, aunque echo de menos a Caleb, disfruto con mis amigos.

Al día siguiente, me cuesta decir adiós, sobre todo a mi madre. Para cuando me he despedido de todos y me pongo en camino, ya es primera hora de la tarde. Durante el viaje, reflexiono sobre lo que voy a decirle a Caleb. No es fácil, porque cada vez que pienso en volver a verle, una bandada de mariposas me distrae y aletea en mi estómago.

***

Mi padre me recoge en cuanto llego a Portland. Es la primera vez que ha pasado la Navidad lejos de su familia y, por ende, está bastante sentimental. Para celebrarlo de algún modo, ha cocinado para los dos. Me gustaría hablar primero con Caleb, pero mi móvil no está en la mesilla de noche donde recordaba haberlo dejado antes de irme a Aberdeen.

Mi padre me llama para decirme que la cena estará lista en cinco minutos, así que tendré que esperar un poco más para llamarle. Me meto rápidamente en la ducha antes de sentarme a la mesa con el albornoz. Hay espaguetis a la boloñesa,

o más bien pasta demasiado cocida con una salsa ligeramente quemada. *En fin, la intención es lo que cuenta*. Como lo ha hecho con cariño, me obligo a comérmelo todo mientras charlamos. Quiere saber cómo me fue en Aberdeen, qué tal está Riley y qué tal me lo pasé en Nochevieja, pero no menciona en ningún momento a mi madre. De hecho, justo cuando estoy a punto de abordar el tema, me cuenta cómo lo ha llevado él por aquí. Al parecer, apenas tuvo que dar masajes durante las vacaciones, en parte porque Caleb tuvo un accidente de moto. Al oír eso último, el tenedor se me resbala de la mano.

—¿Cómo? ¿Cuándo pasó eso?

Mi padre me mira sorprendido por el horror en mi voz.

—La noche de la fiesta en la que pasaron a eliminatorias.

Dios, no…

Se me hace un nudo en la garganta y el corazón se me encoge hasta dolerme.

—Pero ¿qué pasó? Por favor, dime que está bien…

Mi padre frunce el ceño.

—Se fue al Brillant y bebió más de la cuenta. Demasiado. Creo que hasta tuvieron que hacerle un lavado de estómago en el hospital. En fin, el caso es que se salió de la carretera con la moto cuando volvía a casa.

Me llevo la mano a la boca para no gritar de desesperación.

—Emma, ¿qué te pasa?

¿Que qué me pasa? ¡He cometido el mayor error de mi vida! Rechacé al hombre al que deseo con todas mis fuerzas y tengo clarísimo que soy la responsable de su accidente. ¡Todo es culpa mía!

—¿Cómo está? —pregunto con voz sofocada.

—Ya está mejor. Tuvo que quedarse unos días en el hospital. Según me consta, tuvo suerte, solo se hizo un par de rasguños.

¡Oh, gracias a Dios! ¡Gracias, gracias!

—No sabía que le tuvieras tanto cariño. ¿Estáis juntos o…?

—No, es… complicado.

—¿Complicado?

El teléfono de mi padre suena de repente, así que se levanta y lo coge de la encimera de la cocina, donde estaba cargando.

—¡Bill! Hola, ¿todo bien? ¿Cómo? Ya veo… Claro que voy. Estaré allí en diez minutos.

—¿Va todo bien? —le pregunto al ver que coge las llaves del coche de la estantería.

—A Durand le ha dado un tirón en el muslo. Tengo que ir a ver qué pasa.

¿Hablamos luego?

—Claro que sí.

Mi padre apenas ha salido por la puerta cuando me levanto de un salto y me dirijo a mi cuarto. Como una desquiciada, busco el móvil por toda la habitación. Lo encuentro en el hueco entre el cabecero y el colchón. Seguramente se cayera allí mientras me hacía la maleta. Lo que me temía: la batería está descargada. *Me cago en todo.* Con las manos temblorosas, saco el cargador del estuche y enchufo el teléfono. Espero impaciente, dando golpecitos con el pie, a que tenga suficiente carga para encenderse. Se me hace eterno, pero por fin, se enciende la pantalla. Los minutos que tarda en arrancar me parecen horas. Cuando al fin lo desbloqueo, veo 497 mensajes de WhatsApp, 49 llamadas perdidas y 2 SMS. De forma impulsiva, abro primero los SMS. Ambos son de Caleb.

El primer mensaje es del 22 de diciembre a las 21:36 h.

***Caleb:** *He dejado a Jessica.*

Se me revuelve el estómago de la emoción.

La ha dejado. ¡La ha dejado de verdad!

El segundo mensaje también es del mismo día a las 21:37 h.

***Caleb:** *Emma, eres la única mujer*
a la que deseo en este mundo.
No aceptaré un no por respuesta.
Eres mía y lo sabes.

—Caleb… —murmuro mientras me siento en la cama y releo los mensajes.

No puedo creer mi suerte. Es libre: ha dejado a Jessica de verdad. Ahora nada se interpone en nuestro camino. Aprieto el teléfono contra mi pecho y entonces caigo en la cuenta de algo: ¡Caleb me envió esos mensajes hace once días! Va a pensar que no respondí aposta porque no me importa lo más mínimo.

Joder, debería haberle pedido a mi padre que me mandara el móvil. ¿Y si se ha hartado de mí? Dios, por favor, ¡no puedo arruinarlo todo otra vez solo porque me olvidé el móvil aquí!

La idea me aterra. Pienso a toda leche cómo arreglarlo. Lo más sencillo sería llamarle directamente y hablar las cosas, pero me siento fatal. Antes de ser consciente de lo que hago, me pongo lo primero que pillo, desenchufo el móvil y me dirijo al loft de Caleb.

[1] *N. de la T.* A este jugador de fútbol americano en inglés se le conoce como *kicker*.

[2] *N. de la T.* La traducción literal sería «los Tiburones de Washington».

[3] *N. de la T.* Se refiere a faroles de jardín.

16

Caleb

A las 20 h llaman a la puerta de mi piso. Imagino que será el repartidor de pizza, así que abro. Me cuesta creer a quién encuentro al otro lado.

—¡Emma! —exclamo sorprendido.

Salgo al rellano y entorno la puerta tras de mí.

—Caleb, yo… —empieza, pero no consigue acabar la frase.

En lugar de eso, me mira con la respiración agitada. Parece alterada y tiene los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Entonces, de improvisto, se acerca a mí, me rodea el cuello con las manos y me besa. Por un momento, me quedo en *shock*. Pero luego siento sus labios aterciopelados acariciando los míos. Levanto las manos y se las pongo en la nuca. Vuelco en este beso todo el dolor y el deseo reprimido de las últimas semanas.

Emma emite un sonido de alivio. Se aferra a mi pelo y su lengua presiona insistentemente mis labios. Los separo y la invito a entrar, y entonces noto su increíble sabor. *Mi recompensa*. Pierdo el control y la estampo contra la pared. Ella jadea en mi boca cuando presiono mis caderas contra las suyas para hacerle sentir lo que provoca en mí. Nunca pensé que volvería a tenerla tan cerca, y sin embargo, aquí está, nublando mis sentidos con su sabor y su cercanía. Esta mujer me hace ignorar lo que nos rodea, aumenta mi deseo hasta un umbral casi doloroso. La beso con más insistencia y dejo que mis manos recorran sus exquisitas nalgas antes de arrimarla a mí. A través del fino jersey que lleva bajo la chaqueta abierta, noto sus pezones erectos. En mi mente surge un pensamiento que nubla todo lo demás:

La quiero en mi cama.

Libero sus labios y le beso y lamo la barbilla y el cuello hasta llegar a la clavícula. Mis dedos suben por su increíble culo y están a punto de posarse en sus pechos, pero entonces sus manos interceptan las mías.

—Espera, Caleb… —jadea Emma. Me enderezo y la miro con ojos llenos de deseo—. En realidad, he venido para hablar.

—¿Para hablar?

Tras ese beso, no queda nada que decir. Está clarísimo: esta mujer me pertenece y no la dejaría marchar por nada del mundo.

—Vamos adentro —sugiere.

—En realidad, me da palo que pases… —digo con una mueca de remordimiento.

Mis palabras provocan una expresión de horror en el rostro de Emma. La veo mirar hacia la puerta del piso. De repente, se pone pálida.

—Oh, Dios, no… Joder, esto no puede estar pasando… —dice, intentando apartarme.

La sujeto con firmeza, sin entender lo que sucede, pero entonces me doy cuenta de cuál es su problema.

—¿Crees que hay otra chica en mi casa?

Emma parpadea una y otra vez con los ojos empañados por las lágrimas.

—¿No la hay?

—Por supuesto que no. Es que hoy es noche de póquer con los chicos. He pensado que sería mejor ahorrarte sus miradas curiosas y echarlos primero.

—Ah, los chicos… —repite.

—Si no te importa que te bombardeen con comentarios absurdos, no dudes en entrar —le digo, haciendo un gesto hacia la puerta.

Ella frunce los labios. Parece indecisa. Entonces se escucha la voz de Toby:

—Caleb, ¿le estás contando tu vida al repartidor o qué? ¿Por qué tardas tanto? ¡Me muero de hambre!

—¿Toby también está?

—Sí, el muy tramposo nos tima todas las semanas.

Emma se toma un momento para pensar.

—Vale, ¿sabes qué? Déjalo estar. Voy a pasar. Para el caso, estoy acostumbrada a los tíos y a sus comentarios de simios —dice, decidida.

—Bien, entonces… adelante.

Cojo sus dedos finitos con mi enorme mano y la dejo pasar al piso. Parker, Toby, Byers y el nuevo defensa, Peters, están sentados en la mesa de póquer frente a la cocina. Todos se quedan boquiabiertos cuando ven a quién he traído.

—Emma, ¡has vuelto! —la saluda Toby alegremente. Dicho esto, se levanta y se acerca a nosotros para rodearla con sus brazacos de gigante—. Mandy y yo estábamos preocupados. Hemos intentado localizarte al menos mil veces… —le riñe.

—Lo siento. Me dejé el teléfono en Portland —dice ella en forma de disculpa.

Ah, eso explica por qué no contestó a mis mensajes…

Les digo que la partida ha terminado y les hago señas para que se vayan. Estoy deseando quedarme a solas con Emma. Cuanto antes se vayan, mejor.

—¡Pero si acabamos de llegar…! —se queja Byers.

—¡Eso! Además, tengo una mano insuperable —Peters sacude sus cartas.

Como si me importara…

—No, pero ¡no os vayáis por mí! —dice Emma.

¿Qué?

—Jugad, que yo os vea —insiste.

¡No, no, no! ¡Así no se irán jamás…!

—O podrías unirte a nosotros… —sugiere Parker, que le sonríe para intentar ganarse su favor.

Menudo inútil.

Lo fulmino con la mirada, pero él me ignora y le señala a Emma la silla vacía de al lado. No tengo más remedio que verla sentarse y charlar con los demás.

Las dos horas siguientes me parecen las más largas de mi vida. Emma se sienta frente a mí y me mira intensamente con sus ojos de gata. Con eso, se asegura de que esté cachondo todo el rato. Y cuando me mete el pie en la entrepierna por debajo de la mesa, me falta suelo para desplomarme. Tengo que contenerme para no volcar la mesa de póquer como un troglodita, echármela al hombro y subirla a la habitación. *Así no hay quien juegue.* Pierdo ronda tras ronda porque solo tengo ojos para ella. Poco después de las diez de la noche, mi paciencia se agota. Necesito un poco de intimidad, así que espero a que termine la partida y recojo las cartas.

—Muy bien, chicos, suficiente. Hemos terminado por esta noche —declaro.

—Vamos, Whyler, que esto se estaba poniendo interesante… ¡Una ronda más! —suplica Byers, que arrastra las fichas en su dirección.

—Te has llevado tres cuartas partes de mi apuesta, así que deja de quejarte —le digo.

—Sí, pero solo eso… nada más. Podría haberlo hecho mejor —añade.

—Para el carro, buitre. La semana que viene sigues destripándonos, ¿eh o qué? —añade Parker, dándole un golpecito en el hombro a Byers.

—Bueno, me parece bien. Pero entonces doblaremos la apuesta.

Su comentario hace reír a todos los invitados, menos a mí. Mis colegas se levantan a paso de tortuga y se ponen las chaquetas. Me encantaría darles una patada en el culo y echarlos cuanto antes. Saben perfectamente que quiero estar a solas con Emma. Cuando por fin cierro la puerta del piso tras ellos, echo el cerrojo e intercepto a Emma, que está a mi lado. La arrimo a mí y la beso.

Qué bien sienta tenerla entre mis brazos.

—Supuestamente teníamos que hablar… —murmura contra mi boca, con una sonrisa traviesa en los labios.

—Ya lo haremos luego… —gruño, empujándola hacia la cocina.

En realidad, quiero llevarla a mi habitación, pero cuando hunde la lengua en mi boca, me hace abandonar ese plan. Me dirijo a la mesa de póquer y, de mala gana, me separo de ella para recoger las cartas y las fichas restantes. Luego le quito el jersey y los vaqueros a toda prisa. Es una flipada: cuando la tengo delante con su lencería negra, apenas puedo creer la suerte que tengo. La agarro de los muslos, la levanto y la coloco sobre la mesa recubierta de cuero oscuro. Emma levanta los brazos, me rodea el cuello y tira de mí hacia ella. Juntamos los labios y nuestras lenguas inician una danza húmeda y ardiente. Su sabor es indescriptible: me vuelve loco. Nunca me cansaré de ella. Sin soltar su deliciosa boca, busco a tientas el cierre de su sujetador. Cuando deslizo los tirantes por sus brazos y se lo quito, se estremece. Después le beso y lamo el cuello, dirijo las manos hacia sus tetas y entonces me doy cuenta de que lleva un *piercing* en cada pezón. Tiene los pechos perfectos: se adaptan perfectamente a mis manos.

Esta mujer está hecha a mi medida.

Emma agarra mi camisa y empieza a desabrochármela, pero solo consigue quitarme tres botones antes de que yo cierre la boca sobre uno de sus pezones oscuros y erectos y lo mordisquee con vigor. Ella suelta un grito de placer, que yo convierto en gemido al chupárselo con ahínco. El metal de su *piercing* en mi boca me excita. He estado con muchas mujeres tatuadas, pero hasta ahora, ninguna llevaba *piercings*. Emma sube las manos hasta mi cabeza, donde sus dedos se clavan en mis rizos y se aferran a ellos con fuerza. El leve dolor en mi cuero cabelludo me excita aún más y no puedo soportarlo. Quiero sentirla, metérsela hasta el fondo, tener por fin lo que he deseado durante tanto tiempo. Pero antes, tengo que probarla.

Desde nuestro primer beso en el portal de su casa, me obsesiona la idea de probar sus otros labios. Estoy convencido de que su sabor es aún más irresistible entre sus muslos, así que me separo de sus tetas y vuelvo a besarla. Exploro su boca con la lengua para grabar su sabor en mi memoria y, mientras tanto, engancho los dedos en la cinturilla de sus bragas. Emma entiende lo que quiero y alza las caderas, lo que me permite ir bajando la lencería hasta sus tobillos y quitársela de una vez por todas.

—Si tu coño sabe como creo que sabrá, tendrás que obligarme a parar —susurro, sin dejar de mirarla.

Ella se muerde el labio a modo de respuesta y me mira con aire seductor a

través de sus oscuras pestañas. Me atrevo a besar de nuevo sus duros pezones, su vientre y su ombligo y sigo bajando hasta llegar a sus muslos. Emma estira los brazos hacia atrás y se apoya con las manos en la mesa, observándome. Me coloco sus piernas tatuadas encima de los hombros. Esto me permite acceder mejor a su… *joder*… a su coño perforado. Me sorprende descubrir no una, ni dos, sino tres joyas en su sexo. Una banana[1] justo encima del clítoris y dos anillos, uno en cada labio interno.

¡Joder, qué buena está esta mujer! Apuesto a que es una diosa en la cama.

Me propongo averiguarlo, así que muerdo con cuidado la cara interna de su muslo derecho. Se le pone la piel de gallina. Después la acaricio con multitud de besos húmedos mientras me acerco a su lugar más íntimo. Cuando paso la lengua por el hueco en el que acaba su muslo, ella se tensa de impaciencia.

—Caleb, por favor… —murmura.

Dios, he imaginado infinidad de veces cómo sería oír esas palabras de su boca…

Ahora que las ha pronunciado, quiero oírlas una vez más. Quiero que gima mi nombre, que me suplique que me la folle, así que bajo la lengua hasta su clítoris y trazo suavemente un círculo alrededor de su pepita. Una vez más, noto que se tensa al contacto con mi lengua. Es evidente que le cuesta resistirse a estas caricias tan delicadas. Ejerzo más presión y Emma se deja hacer. Levanto las manos y le rodeo los muslos para agarrarla bien. Luego, por fin, busco el fruto que tanto ansío: su esencia. Hundo la lengua en su hendidura para probarla. *¡Joder, lo sabía!* Sería incapaz de describir su sabor. Sus jugos se esparcen por mi lengua y siento que se activan todas las conexiones en mi cerebro.

Esta mujer es increíblemente adictiva. Le recorro el coño con la lengua, ávido de su sabor. Emma clava sus ojos nublados por el deseo en mí y me insta a darle más. Mi lengua levita sobre su pepita y acabo cerrando los labios en torno a ella para succionarle el clítoris con cuidado. Emma jadea y echa la cabeza hacia atrás. Noto que sus labios se hinchan bajo mi boca y siento cómo se moja aún más. *Me encanta.* Separo la mano derecha de su muslo y meto los dedos índice y corazón en su sexo empapado. Cuando los siente dentro, emite un gemido de placer. Levanta la cabeza y me mira, con las mejillas sonrojadas, mientras la lamo y estimulo su punto G. Arquea la espalda y aprieta su sexo contra mi boca, con lo que se me pone aún más dura. La combinación de saborearla y presenciar su placer incontrolable es demasiado para mí.

—Caleb… ¡Sí, joder! —jadea.

Luego me agarra del pelo y estira con fuerza. Siento cómo sus músculos se

tensan alrededor de mis dedos y veo que sus pezones se yerguen aún más. Está a punto de llegar al orgasmo.

—Oh, Dios, Caleb, ¡SÍ, SÍ! —gime, al límite.

Emma se corre en mi cara. Su esencia salada gotea cálidamente por mis labios y mi barbilla. *Joder*… No puedo evitar levantar su culo de la mesa y empujarla de nuevo hacia mí. Ella se arrodilla en el suelo y yo me tumbo debajo de ella para seguir saboreando su coño. Cuando se sienta en mi cara entre jadeos excitados, bebo del néctar que me ofrece.

---

[1] *N. de la T.* Nombre del *piercing* curvo que, en este caso, se coloca en la zona genital, más concretamente en la funda (capuchón o glande) del clítoris.

17

Emma

Sin aliento, me miro las manos. Entre mis dedos, los rizos de Caleb. Estoy sentada en su cara. *Dios mío, ningún hombre me lo había comido así.* Lo que hace con la lengua, con la boca, es… ¡Sin palabras me tiene! Y justo cuando pretendía apartarme de él, me levantó y aquí me tenéis: arrodillada, con las piernas temblorosas, mirando esa sonrisa ladina en sus labios. Caleb se incorpora sin dejar de mirarme y me besa. Huele a sexo: huele a mí.

—Ahora toca un segundo asalto… —dice con voz ronca, cogiéndome y subiéndome a sus hombros.

—¡¡Caleb!! —exclamo sorprendida, a lo que él responde dándome un azote en mi culo desnudo.

—Aún no he terminado contigo… —declara, arrastrándome hacia las escaleras y llevándome a su dormitorio.

Una vez allí, me deja en la cama y da un paso atrás. Mientras termina de desabrocharse la camisa y se deshace lentamente de su ropa, prenda por prenda, me devora con los ojos. Yo hago lo mismo: observo su torso ancho, su abdomen bien esculpido y sus piernas fuertes. Para avivar las llamas, bajo las manos por mis pechos hasta llegar a mi entrepierna.

—Joder, Emma… —gruñe mientras se quita los calzoncillos negros.

Mi sonrisa se transforma en una mueca de lujuria al verle la polla.

Eso es a lo que llamo estar bien dotado…

Caleb se sube a la cama y se acerca a mí. Sus manos toman el relevo de las mías, y en un batir de alas, recorre suavemente mi vientre hasta llegar a mis pechos. Luego tira ligeramente de uno de mis *piercings*, lo que provoca una oleada de calor entre mis muslos, y se acerca aún más a mí. Se apoya en su antebrazo izquierdo y me separa las piernas con la rodilla; yo, mientras tanto, aprovecho para tocarle. Gracias a los masajes, conozco bien su cuerpo. Sé que sus músculos son firmes, pero hoy está diferente, mucho más tenso. Deslizo los dedos por la suave piel de su pecho y su calor me hace arder.

—Me gusta… —murmura mientras me pasa la mano libre por el pubis, donde juguetea con los *piercings*—. Casi tanto como esto… —Caleb me mete los dedos y desata en mí un torrente de deseo—. Dios, Emma, estoy peligrosamente cerca de volverme adicto a ti…

Dicho esto, saca los dedos, se los mete en la boca y lame mi humedad. Me muerdo el interior del pómulo con impaciencia. No puedo esperar más: estoy ávida de él. Decidida, agarro su sexo y le esparzo el preseminal por el glande. Eso le hace respirar hondo. Antes de que pueda bajar la mano para estimularle la polla, Caleb me detiene.

—Si no quieres que pierda el control y te folle más fuerte de lo que los dos queremos, para ahora mismo —me advierte.

Me esfuerzo por reprimir una sonrisa. Él estira el brazo por encima de mi cabeza y coge un condón de la mesilla.

—Oh, el señor está preparado… —comento.

Pero Caleb no dice nada: se limita a mirarme lascivamente mientras saca el condón del envoltorio y se enfunda el pene. En cuanto lo tiene puesto, coloca la puntita en la entrada de mi sexo. Su impaciencia es casi palpable, pero yo también me muero por sentirlo, así que le rodeo la espalda con las piernas y le insto a que me penetre.

—Llevo demasiado tiempo esperando este momento… —murmura. Un gemido ronco se escapa de mi boca mientras él se desliza rápidamente dentro de mí. Mis músculos lo envuelven, lo acogen con ansia—. ¡Joder, sí! Te siento tan apretadita…

Caleb me la mete y me la saca un par de veces, con garbo. Me dejo llevar y me entrego al momento. Mi cuerpo y mi deseo toman el control y acabo empujando mis caderas hacia él, sedienta. Acerco su cara preciosa a la mía y lo beso mientras le clavo las uñas en la espalda. Nos estimulamos mutuamente y nos revolcamos en la cama en pleno arrebato de pasión. Alternamos: yo encima, luego a horcajadas, más tarde debajo… pero no aminora en ningún momento y me embiste con insistencia. *Hasta el fondo.* En un momento, me giro con demasiada fuerza y nos caemos de la cama envueltos en las sábanas. Hago el amago de levantarme y subirme de nuevo al colchón, pero Caleb no me deja. En su lugar, me pega la espalda al frío suelo, me agarra con sus manos poderosas de las caderas y me penetra sin tregua. En sus ojos veo la lujuria más pura. Siento que está al límite, así que deslizo la mano derecha entre mis piernas y froto mi clítoris hinchado. Palpo el metal del *piercing*, que añade un extra de estimulación. Cierro los ojos y saboreo los indicios del orgasmo que surgen lentamente en lo más profundo de mi vientre. Caleb gime con fuerza, por encima de mí, y exhala una bocanada de aire frío sobre mis pezones erectos. Su aliento sensual hace que me corra. De repente, el mundo que me rodea se desmorona: grito su nombre una vez más en un orgasmo que hace que tiemble la tierra.

Siento cómo se introduce en mí por última vez con un sonido gutural y se corre. Su polla se tensa en mi interior, palpitante, mientras eyacula. Lo observo y veo que la impaciencia desaparece de sus rasgos bien definidos. Entonces su rostro se apacigua y un brillo de satisfacción ilumina sus ojos castaños.

Joder, qué guapo es…

—¿Qué pasa? ¿Por qué sonríes así, picarona…? —pregunta, apartándome suavemente un mechón de pelo de la frente.

Ups, ni siquiera me había dado cuenta de que le estaba sonriendo…

—Estaba pensando que deberíamos haber hecho esto mucho antes.

Para enfatizar mis palabras, contraigo los músculos del bajo vientre alrededor de su zona íntima.

—Estoy de acuerdo… —asiente, bajando los labios hacia los míos con una sonrisa.

Su beso es tierno y me produce un delicioso escalofrío en los brazos y las piernas. Sin embargo, nuestro momento se ve interrumpido por mi tono de llamada desde la planta baja.

—Será mi padre… —le explico, apartándolo suavemente.

Mientras él se quita el condón y se pone los calzoncillos, yo bajo las escaleras, donde mi teléfono ya no emite ningún sonido. La neblina de mi mente se despeja poco a poco.

—¿Qué pasa? ¿Ya te vas? —pregunta sorprendido al ver que empiezo a vestirme—. Creía que te ibas a quedar a pasar la noche…

—Y me apetece, pero en otro momento mejor. Mañana madrugo; tengo un masaje a las nueve —le respondo.

Aunque me gustaría quedarme, necesito un poco de tiempo para digerir lo que acabo de hacer. No es que me sienta mal; para nada, ha sido increíble. Pero por primera vez en mi vida, y conscientemente, he incumplido una de mis reglas más importantes: me he acostado con un chico porque me calentaba el chichi. Normalmente, me tomo el tiempo necesario para conocer a los hombres antes de dejar que se metan entre mis piernas. Es más, a menudo solo hacen falta un par de días para darse cuenta de que son idiotas. Como Jester. Pero con Caleb ha sido… distinto. Vine aquí sabiendo que nos íbamos a acostar.

—¿Te veo mañana? —me pregunta mientras me acompaña a la puerta.

Mi teléfono se me adelanta y vuelve a sonar. Lo saco del bolsillo y miro la pantalla. Es mi madre. *Joder, se me ha olvidado llamarla para decirle que he llegado bien a Portland*. Silencio el tono y miro a Caleb.

—Lo siento, tengo que irme —digo en forma de disculpa, y luego me pongo

de puntillas para darle un beso de despedida en los labios.

Antes de que pueda alejarme y salir del piso, me posa las manos en la cara y me retiene. Levanta los hombros y vuelve a besarme. Pero a diferencia del mío, su beso es intenso, con lengua, y casi me deja sin aliento. Cuando por fin me suelta, me tiemblan las rodillas.

—Bueno, ha-hasta mañana… —le digo, un poco mareada.

Camino rápidamente por el pasillo y me aseguro de salir del piso antes de cambiar de opinión y acabar quedándome.

De vuelta a casa, envío un mensaje a mi madre y a Riley para decirles que estoy bien. Luego me siento frente al televisor con mi padre. Cuando me pregunta dónde he estado, le digo que con Mandy.

No hace falta que se entere de lo de Caleb ya mismo: será mejor que me aclare primero.

Absorta en mis cosas, me quedo un rato con mi padre antes de retirarme a mi cuarto. Paso la mayor parte de la noche en vela, ordenando mis pensamientos como si fueran pilas de papeles, entreverando teorías, sopesando lo que está bien y lo que está mal.

¿Ha sido un error lanzarme tan rápido con Caleb y acostarme con él? Ni siquiera sé si lo nuestro va en serio o si puedo confiar en él.

Poco antes del alba, al fin cierro los ojos.

Cuando la alarma de mi teléfono me despierta a las 7:30, estoy fresca como una lechuga. Increíble pero cierto. Es más, estoy deseando llegar al trabajo y volver a ver a Caleb. Mientras me meto en la ducha, repaso los pensamientos a montón que tuve anoche. Al final concluí que no hice mal en acostarme con él tan pronto. Lo que siento por Caleb no lo he sentido nunca por ningún otro hombre. Lo nuestro es único, y por eso, he decidido abrirme a él sin reservas.

Sé que eso me hace vulnerable. Al fin y al cabo, no lo conozco tan bien. Existe la posibilidad que todo esto sea solo un juego para él, pero estoy dispuesta a correr ese riesgo. Además, tengo esa paz interior; mi corazón que me dice que Caleb siente lo mismo.

Después del desayuno, durante el cual dejo que mi padre me explique qué ha hecho durante las vacaciones (el resumen: quedarse en casa o salir con Bill), nos dirigimos a la pista. Mi primer masaje de hoy es a las nueve, con Byers. Como he llegado quince minutos antes, no voy directamente a la sala de masajes. En lugar de eso, echo un vistazo a la pista de hielo.

¿Quién sabe? A lo mejor tengo suerte y me encuentro con Caleb. Tengo entendido que suele entrenar a esta hora del día…

Por desgracia, el hielo está desierto, así que bajo decepcionada las escaleras. Me pregunto si debería enviarle un mensaje, pero entonces oigo su voz:

—No, Jessica, eso nos deja en las mismas —le oigo decir exasperado.

¿Jessica? ¿Su ex?

Me apoyo en la pared de la escalera y me asomo ligeramente por donde creo que viene su voz. Veo a Caleb y a su ex unos metros más allá, en el pasillo. Él está de brazos cruzados y parece distante, mientras que ella tiene ambas manos apoyadas en el pecho y le mira con expresión suplicante.

—Dime qué puedo hacer para que vuelvas conmigo. Por favor, Caleb, te necesito… —le implora, cogiéndole de la mano, pero él se zafa de su agarre.

—Necesito que lo entiendas: no hay nada que puedas hacer.

—Caleb, dame una oportunidad, por favor… Todo podría ser como antes y…

—¡Joder, Jess! —corta bruscamente a su ex—. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? Lo nuestro se ha acabado. Ya no quiero estar contigo. ¡A ver si se te mete en la cabeza ya!

Dicho esto, la empuja con cuidado para intentar dejarla atrás, pero Jessica se aferra desesperadamente a su brazo.

—No puedes hacerme esto, Caleb. No es justo. Por favor, yo…

Mierda, Jessica me ha visto… y ahora también Caleb.

—Em, hola… —saludo torpemente mientras me acerco a ellos—. Lo siento, no quería interrumpir.

—Pues lo has hecho —sisea la rubia, que me mira con ojos llorosos.

—No, no le hagas caso —dice Caleb, alejándose de su exnovia.

Se acerca a mí y me abraza. Luego me besa y oigo a Jessica bufar enfadada detrás de él.

—Vaya, vaya… —ríe con picardía—. O sea que Durand tenía razón después de todo: conseguiste seducir a esa guarra.

Su insulto hace que Caleb me suelte y se vuelva hacia ella.

—Será mejor que tengas cuidado con lo que dices —le advierte en un tono que me hace estremecer.

Luego me rodea la espalda con el brazo como si fuera una barrera protectora y me estrecha posesivamente contra él.

—¿Ah, sí? Yo diría que es esta muñequita la que debe tener cuidado. Y más aún al ver con quién se junta…

—¿Es una amenaza? —pregunto enarcando una ceja.

A esta chavala se le ha ido la olla.

Jessica arruga la nariz y me mira con asco.

—No, es un consejo. Con toda la buena intención del mundo, ¿eh? Aunque probablemente no te lo merezcas. Que sepas, masajista, que Caleb solo está con una mujer mientras le es útil…

Siento la tensión que brota de sus palabras.

—Será mejor que te vayas —gruñe él.

—No, me iré cuando haya terminado. Ese tío… —Jessica señala a Caleb con un dedo acusador— solo utiliza a las mujeres para sus propios fines. Yo lo metí en el equipo. Y en cuanto consiguió un puesto fijo, me dejó tirada, como si fuese una mierda. No le importan los sentimientos de los demás. Lo único que le interesa es asegurar su éxito. ¿No es cierto, Caleb?

—No, no creas —gruñe, pero Jessica lo ignora y continúa.

—En fin, quizá deberías pensar en el favor que espera obtener de ti —Jessica pone una expresión piadosa y sacude la cabeza con pesar—. De todos modos, te lo aseguro: en cuanto consiga su objetivo, aunque solo sea llevarte a la cama, se esfumará. Créeme, no ganas nada con este tío. Con él a tu lado, tienes todas las de perder.

Dicho esto, vuelve a mirar a Caleb, que deja a un lado la malicia y la suple con tristeza. Después, su ex pasa por nuestro lado y se va sin despedirse. Estoy tan rayada que, cuando miro a Caleb, solo puedo parpadear una y otra vez. Tiene los ojos fijos en la escalera por la que acaba de desaparecer su ex. Aprieta los dientes y veo un odio intenso arder en sus ojos.

—¿Qué ha querido decir con eso?

Necesito saber si solo son acusaciones de una pava celosa o si realmente me he liado con un imbécil egoísta. Con los labios fruncidos, Caleb sacude la cabeza.

¿Qué significa eso? ¿Me lo tomo en plan «todo eso es mentira» o más bien del palo «qué he hecho»?

Confundida, me zafo de sus brazos y avanzo por el pasillo hacia la sala de masajes.

—¡Emma, espera!

—Tengo un masaje que dar, Caleb. Hablaremos más tarde, cuando hayas pensado lo que quieres decir.

Doy largas zancadas, giro la esquina y veo a Byers esperándome fuera de la sala.

—Siento llegar tarde —me disculpo.

Él desestima mis palabras con un gesto de la mano.

—No te preocupes, acabo de llegar.

Mientras saco la llave del bolso para abrir la puerta, Caleb me alcanza.

—Emma, deja que hablemos las cosas… —me pide con insistencia.

—Te he dicho que tengo trabajo.

Sonrío al defensa y le abro la puerta. Pero antes de que pueda entrar, Caleb lo agarra del brazo y lo retiene.

—Oye, tío, ¿crees que podríamos cambiar las horas aunque sea solo esta vez? Te dejo la mía: tengo el masaje a las diez.

Byers frunce el ceño, desconcertado, y nos mira a los dos.

—Venga, vale. Voy a entrenar y luego vengo a por el masaje —dice encogiéndose de hombros.

—Gracias, te debo una.

Byers se marcha y Caleb me hace pasar a la sala. Mientras enciende la luz y cierra la puerta tras de sí, me coloco detrás de la camilla para poner un poco de distancia entre nosotros.

—¿Y bien? ¿De qué te acusa Jessica? ¿Me lo explicas? —pregunto cruzándome de brazos.

Caleb suspira.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Una hora.

—Vale, con eso bastará.

Caleb me cuenta su historia. Me entero de que lleva jugando al hockey desde niño, de que, durante mucho tiempo, fue lo más importante de su vida. Me explica que en Two Rivers, la ciudad en la que nació, no tuvo la oportunidad de demostrar su talento. Entonces descubro cómo conoció a Jessica. Al principio, solo intentaba acercarse a su padre. Vamos, que sobre eso último no mentía. También me cuenta que Jessica se enamoró de él y que no se atrevió a dejarla cuando consiguió su objetivo: meterse en el equipo. Caleb es brutalmente sincero. Habla y habla, y cuanto más le escucho, más claras me quedan dos cosas: en primer lugar, que por mucho que intente suavizarlo, utilizó a esa chica para sus propios fines. Y en segundo lugar, que de verdad pretende demostrar que no es mala persona. Es obvio que siente más por mí de lo que yo pensaba.

Pero ¿es eso suficiente?

No. Aunque esté enamorada de él, no puedo cambiar lo que soy. No quiero tener nada que ver con gente que se aprovecha de otros para su propio beneficio. No importa cuántas veces Caleb diga que ha cambiado, no le creo. Como digo yo siempre: ¡Lo de ser cabrón se convierte en tradición!

—Emma, por favor, di algo… —me suplica en voz baja al ver que me quedo

mirándolo en silencio.

Hay un destello de vulnerabilidad en sus ojos marrones que me encoge el corazón. Aunque sé que debería hacerlo, no me atrevo a poner fin a lo nuestro.

—Será mejor que te marches. Tengo mucho en que pensar… —digo por fin.

Caleb se pasa la mano por el pelo, desesperado. Entonces llaman a la puerta. Byers abre y asoma la cabeza.

—Ya se ha pasado la hora, crack. ¡Me toca! —dice al entrar—. Quietecito, Whyler, ni se te ocurra echarme otra vez. Necesito mi masaje ahora. He quedado luego.

El defensa se acomoda en la camilla de masajes y mueve los hombros en círculos para relajarlos. Mientras tanto, Caleb sigue mirándome expectante. Sé que le cuesta aceptar mi decisión, pero va a tener que hacerlo. Exhala bruscamente por la nariz y mira resignado a un lado. Al fin se ha dado cuenta de que no pienso ceder.

—Está bien, me voy… —dice con frialdad.

Dicho esto, da media vuelta y se marcha. Ni siquiera mira hacia atrás cuando Byers le dice:

—¡Oye, Whyler, no olvides la fiesta de cumpleaños de Toby mañana por la noche! A las ocho en el Brillant.

Tengo el corazón reseco como una piedra volcánica y unas ganas terribles de llorar.

18

Caleb

Si hay un día que se puede describir como un completo fracaso, ese día es hoy. Después de mis intentos (en vano, sí) de convencer a Emma de que no soy el gilipollas que ella cree que soy, las cosas fueron de mal en peor. Para empezar, discutí con Parker durante la sesión de entrenamiento matinal. Cuando me preguntó por la noche anterior, perdí los estribos. Después, el entrenador Thornton no escatimó en críticas durante el análisis de vídeo, y la verdad es que con razón: hoy no daba una con el palo. Para colmo, he salvado mi moto recién reparada por los pelos: casi la convierto en chatarra en una curva cerrada. Llevo todo el día con la cabeza en otra parte, con la mente nubla. Y ahora estoy que me subo por las paredes en el salón del loft.

No aceptaré jamás que Jessica haya arruinado mis posibilidades con Emma. Me pregunto si tendrá sentido hablar con mi ex a estas alturas.

Sí, y luego, ¿qué? —se burla la voz insidiosa de mi cabeza—. *¿Qué vas a decirle? ¿Que te ayude a recuperar a Emma? ¿Vas a insistir en que no querías dejarla así o le vas a soltar cuatro verdades bien gordas?*

Ni de coña va a ayudarme. *¡Joder!* De hecho, seguramente encontraría una forma de distanciarnos aún más. Vamos, que ni loco le pediría ayuda a Jessica.

Quizá debería intentar llamar a Emma para hablarlo directamente con ella… No, otra idea de bombero. Me pidió tiempo para pensar. Si la agobio, me arriesgo a alejarla de mí para siempre.

—¡Me cago en la puta! —trino y lanzo el móvil al sofá, que rebota en un cojín y se cae al suelo.

Me masajeo las sienes para pensar en algo que me distraiga. Ahora mismo no me apetece quedar con los chicos. Tal y como estoy, bastaría con una palabra equivocada para que se me fuera la pinza. Tampoco tengo ganas de subirme a la moto otra vez. Hoy ya he estado fuera tres horas y no es plan de volver a salir, así que decido meterme en la cama antes de caer en la tentación de coger una botella de alcohol y repetir el mismo error que cometí la noche de la fiesta de las eliminatorias.

La noche no es precisamente clemente conmigo. Me despierto varias veces y siempre acabo mirando el móvil. Espero un mensaje de Emma que no llega.

A la mañana siguiente, me levanto hecho polvo, exasperado por mi humor de

perros. Para no pagarla con mis compañeros, decido ir al gimnasio y canalizar mi agresividad. Entreno hasta que la barra se me resbala de las manos. Paso todo el día en la pista de hielo con la esperanza de encontrarme con Emma, pero para mi gran decepción, solo veo a su padre. Mi única esperanza es el cumpleaños de Toby esta noche.

Y efectivamente, allí está. Se me encoge al corazón al verla con un impresionante vestido negro en la zona VIP. Está sentada entre Toby y Parker. Este último le sonríe como un idiota mientras charlan y siento que los celos afloran en mi interior. Aunque es mi mejor amigo, no me fío del todo de él. Para ser sincero, no pondría la mano en el fuego por nadie en lo que a Emma se refiere.

Paso a toda prisa por en medio de los seguratas y entro en la zona VIP. Saludo a los demás y felicito a Toby. Está contentísimo con la botella de *whisky* irlandés que le he regalado y me invita a una cerveza. Justo acabamos de pedir cuando llegan Byers y unos cuantos defensas. Los dejo con Toby y me siento en una silla que está en diagonal con respecto a Emma. Ella me mira y sonríe. Me pregunto si habrá tenido tiempo de pensar en lo nuestro. *Espero que sí.* Por desgracia, no parece querer acercarse a hablar conmigo. *Esto es una mierda.* El camarero me trae la cerveza y le doy un buen sorbo mientras la observo.

Lleva unos pendientes de oro en forma de pequeñas hojas. Le caen casi hasta los hombros y brillan cuando se mueve. Un vestido ceñido dibuja sus curvas. Es más corto que el de la última vez, pero tiene mangas largas, como si pretendiera compensar que se le vean demasiado las piernas. Cuando se vuelve hacia Toby, me fijo en que tiene la espalda escotada. Doy otro sorbo a la birra para acabar con la sequedad de mi garganta. Quizá debería irme y ahorrarme el dolor de estar tan cerca de ella y tan lejos al mismo tiempo, pero no me atrevo a dar el paso. En lugar de eso, me quedo ahí sentado, como un puto masoca, mirándola.

Me siento intimidado por la belleza de su rostro.

¿Cómo se superan esos ojos oscuros y ardientes?

—¡Ey, Durand!

La voz de Toby me saca de mis pensamientos. Miro en su dirección y descubro al canadiense dándole la mano a nuestro portero. Va acompañado de Jessica.

Vaya, mira por dónde: se ha buscado a otro bastante rápido, teniendo en cuenta lo desesperada que estaba por recuperarme…

Sacudo la cabeza con incredulidad y observo cómo se sientan uno al lado del otro. Jessica se acurruca contra él.

De hecho, hacen una pareja perfecta: casi tanto como el papel higiénico y… bueno, ya os hacéis una idea.

Centro toda mi atención en Emma, que también observa a los recién llegados. Me pregunto qué estará pensando.

—¡Ey, chavales! —grita Toby. Luego le pasa a su novia un trozo monstruoso de ese chocolate suizo triangular que le gusta a todo el mundo. Mandy necesita las dos manos para sostener ese tremendo pedazo—. ¡Como comisario de apuestas de los Devils, tengo algo que anunciar! ¡Parker y Durand me han pedido que liquide su apuesta antes de la fecha acordada!

Sé exactamente por qué: ambos quieren acabar con esto de una vez por todas. Al menos, eso me ha dicho Parker. Toby hace una pausa solemne y luego levanta las manos con autoridad antes de continuar:

—Así que, tras pensarlo detenidamente, he decidido acceder a su petición y adelantar la fecha a mañana por la tarde, a eso de las ocho.

Todos prorrumpen en aplausos y Toby, como comisario de apuestas, finge regocijarse en el entusiasmo del resto. Me río para mis adentros. *Será payaso… Ya solo le falta hacer una reverencia.* Sin embargo, el portero vuelve a sentarse junto a su novia, que le besa, y luego se levanta y se acerca a Emma. Al principio creo que intenta separarlos a Parker y a ella, pero luego veo que le tiende la mano a nuestra masajista y la ayuda a levantarse. Emma me mira brevemente con sus ojos electrizantes mientras pasa por mi lado junto a Mandy.

¡Jo-der!

Ahora me doy cuenta de lo pronunciado que es el escote de su vestido en la zona de la espalda. La tela apenas le tapa el culo. Mi polla reacciona automáticamente mientras desciendo por su columna y descubro un tatuaje que aún no había visto. Es una especie de diseño tribal del que brota una rosa. *¿Es nuevo o ya lo tenía hace dos días, cuando se revolcó conmigo en la cama? No recuerdo haberlo visto.* Un pensamiento se agita en mi mente, una promesa que me hago a mí mismo:

Si consigo que esta mujer vuelva a mi cama, exploraré cada centímetro de su cuerpo. Como que me llamo Caleb, vaya.

Miro a Mandy y Emma, que se abren paso entre los guardias de seguridad hacia la pista. *Dios, con ese vestido está invitando prácticamente a que los hombres se le arrimen mientras baila.* Me empiezan a sudar las manos de la rabia. Debería seguirla y asegurarme de que nadie se le acerque demasiado.

—¡Vaya, Whyler…!

La voz de Durand me saca de mis pensamientos. Está de pie junto a mí con

una sonrisa petulante y un botellín de cerveza en la mano.

¿Qué querrá ahora?

Me pongo en pie. No me gusta cómo me mira.

—¿Qué pasa, Durand?

Ahora soy yo quien le mira desde arriba, pero a él no parece importarle y sigue con esa sonrisa de suficiencia en la jeta.

—Parece que estoy a punto de convertirme en el favorito del señor Flake… —comenta.

—¿Porque te estás tirando a su hija? Sigue soñando… —me río.

Aunque a Carl no le hizo mucha gracia que dejara a Jess, mi lugar en el equipo no ha cambiado y, en cierto modo, sigo siendo su jugador estrella. En el fondo, sabe que soy el garante de su éxito.

—A ver, en realidad, te estás saboteando tú solito. Primero te calentaste en la exposición de Jessica, luego rompiste con ella, y últimamente la has estado cagando en los entrenamientos. Las cosas pintan bastante mal para ti, ¿no crees?

—Lo que pinta mal es el pestuzo que sale de tu boca, so mierdas. Ahora aparta de mi camino.

Empujo al canadiense y me dirijo a grandes zancadas hacia los aseos, decidido a evitar cualquier enfrentamiento, ya sea con Durand o con quienquiera que se acerque demasiado a Emma. Me meto en un pasillo y, mientras paso por delante del baño de señoras, alguien me agarra de improvisto y me arrastra hacia dentro.

—Pero ¿qué…? ¡Jess! ¿¡Te has vuelto loca!? —exclamo irritado al ver que se trata de mi ex.

—Ahora mismo lo descubrirás… —sisea ella.

Una chica que se lava las manos en la pila nos ve.

—Eh, ¿qué haces aquí? ¡Este es el baño de tías! —nos regaña.

—Ya, bueno, esto es importante —responde Jess, cogiéndola del brazo y empujándola bruscamente hacia la salida.

La desconocida gruñe, pero Jess pasa de ella. Una vez la ha echado, cierra la puerta y se apoya en ella para impedir que entre nadie más.

—¿Qué quieres? —pregunto exasperado mientras me cruzo de brazos.

Ni siquiera debería estar hablando con esta asquerosa después de la brecha que creó ayer entre Emma y yo.

—Quiero que tomes una decisión.

—Vale, esto es ridículo. No tengo ni idea de lo que pasará en esa cabeza loca tuya, pero desde luego, no vas a decirme lo que tengo que hacer. Siento haberte

hecho daño. También siento haberte utilizado. Fue algo horrible y no hay excusa para eso. Lo entiendo, pero necesitas pasar página.

—Voy a pasar página, pero a mi manera. Y por eso tienes que elegir. ¿Ella o tú?

¿Ella o yo?

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que oyes: o me aseguro de que Emma pierda su trabajo y vuelva a esa ciudad enana de la que vino, o meto mano para que te echen del equipo. Y ya puestos, para que ningún otro equipo de hockey del mundo te fiche.

—Vale, ¿sabes qué? Necesitas ayuda. Deberías pedir cita con un psicólogo.

Dicho esto, intento apartarla de la puerta y marcharme, pero ella me empuja.

—No me crees, ¿¡verdad?! —grita de repente como una poseída.

Entonces levanta la mano y se pega en la cara con tanta fuerza que se le desgarra el labio y empieza a sangrar.

—Pero ¿¡tú qué te has fumado!? ¿¡Se te ha ido la pinza o qué!?

Esta chavala está desquiciada.

—Es posible… —dice encogiéndose de hombros—. Pero me dejaré la cara tan desfigurada que ni siquiera mis padres me reconocerán y les diré que has sido tú. La policía, la prensa, todo el mundo sabrá que eres un psicópata. ¿Cómo crees que eso afectará a tu carrera? Papá te echará del equipo y nadie (y menos si todos piensan que eres un maltratador) te querrá.

—No serás capaz… —digo, mirando sus ojos vidriosos y su labio partido.

—Eso piensas, ¿verdad? Caleb, he llegado a un punto en el que haría cualquier cosa. ¿Y sabes qué? Tú te lo has buscado. Nunca debiste dejarme. Creías que podías cambiarme por esa puta de ojos rasgados, ¿a que sí? Pues esto es lo que hay. Si yo no puedo tenerte, entonces nadie debería —Jessica se hace a un lado—. Tienes tres días para tomar una decisión —Luego se da la vuelta, coge el picaporte y se detiene justo antes de marcharse, de espaldas a mí—. Y si para entonces no sé nada de ti, me encargaré personalmente de que os despidan a los dos. Así que será mejor que te decidas pronto…

Dicho esto, sale del aseo y me deja solo.

—¿Qué cojones? ¡Hostia, joder!

Le pego un puñetazo a la pared de azulejos.

No puedo creerlo, ¡la muy pirada me está chantajeando! Tengo que salir de aquí, tengo que pensar. No sé cómo coño arreglar esta mierda.

De repente, una de las puertas de los cubículos se abre de golpe y me

sobresalta. Una voz familiar me llama.

—¿Caleb?

Mierda, ¡pensaba que estábamos solos!

Veo a Emma salir de su escondite. Su bello rostro se contorsiona en un mohín pesaroso y parece tan sorprendida como apenada. Me tiende la mano y se la cojo de inmediato.

—¿Has oído lo que acaba de pasar?

—Sí, y lo siento muchísimo. Sentía que me habías defraudado, ¿sabes? Creía que te habías aprovechado de esa pobre chica, pero está claro que Jessica no se merece ninguna compasión. Está fuera de sí. ¿Y esas amenazas? ¡La violencia es un tema muy serio como para tomárselo a la ligera!

Ahora mismo, Jessica ya no está en mis pensamientos inmediatos. No puedo creer mi suerte: Emma está aquí, conmigo, y parece que vuelve a estar de mi parte. La estrecho entre mis brazos, hundo la nariz en su sedoso pelo y cierro los ojos.

Nunca más me arriesgaré a perderla. Es una promesa.

Cuando por fin se separa de mí y levanta la vista, siento el corazón más ligero; puro alivio.

—¿Qué vas a hacer con Jessica?

Aprieto los dientes con rabia al recordar sus amenazas.

—Aún no lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Te prometo que lo arreglaré. No te preocupes —Intento parecer tranquilo y le acaricio suavemente la mejilla—. ¿Qué tal si salimos de aquí?

Ella sonríe suavemente.

—Me parece un planazo, sí.

La estrecho entre mis brazos, luego le pongo ambas manos en las mejillas y la beso. *Dios, ¡cómo la echaba de menos…! ¡A ella y a su sabor!* Quiero salir del Brillant lo antes posible, así que nos despedimos primero de Toby y su novia y luego nos vamos.

El trayecto en taxi hasta mi loft me trae muchos recuerdos: parece que han pasado años desde que acompañé a Emma a casa la primera noche, después de salir de fiesta. Ese día parecía fuera de mi alcance, pero ahora está acurrucada a mi lado. Han pasado muchas cosas desde entonces.

Pienso de nuevo en las amenazas de Jessica. Necesito urgentemente encontrar la forma de enfrentarme a su numerito desesperado. Pero esta noche, no. Ahora solo puedo pensar en meterme en la cama con Emma.

Cuando llegamos al loft, ayudo a mi chica a quitarse el abrigo. Luego la

beso.

—¿Hay algo más que deba saber de ti? —me pregunta cuando me separo de sus labios.

Parece una pregunta juguetona, pero sé que lo dice en serio. Emma quiere asegurarse de que no tengo más secretos. Al fin y al cabo, en todas partes se cuecen habas, y ella quiere cerciorarse antes de comprometerse conmigo.

—Para ser sincero, tengo un pequeño fetiche —admito, lo que hace que frunza el ceño—. Tiene que ver con el sexo…

La arruga que se le había formado en la frente desaparece de repente.

—¿Tiene alguna relación con los fluidos corporales?

—Podría decirse que sí. Lo habrás notado, supongo.

—Podría decirse que sí… —repite divertida.

—No puedo evitarlo. Sabes demasiado bien… —confieso, para que vea que solo con pensar en su coño mojado se me pone dura como una piedra.

—Bueno es saberlo. ¿Y qué más te gusta?

Emma sonríe y se muerde el labio inferior.

—Bueno, correrme en tus tetas, con esos *piercings* que llevas, o en el tatu que tienes en el culo… Puf, me da algo —admito, esperando que no crea que soy un salido; después sacudo la cabeza—. Seguro que piensas que soy un cerdo.

Dios, ¡debería aprender a mantener la boca cerrada!

Emma se levanta, me agarra de la barbilla y me obliga a mirarla.

—No sé lo estiradas que serían las chicas con las que has estado antes de mí, ¡y no quiero saberlo! Pero a mí me gusta el sexo guarro. Guarro y muy caliente.

Emma me sonríe, picarona, y me hace ver que no tiene ningún problema con mis fetiches. *Joder, y yo que creía que no podía ser más sexi…* Teniendo en cuenta nuestro polvazo y que se sentó en mi cara, debería haber caído en que era diferente a las demás. Emma es más suelta, más abierta en el plano sexual. La verdad es que ya había indicios con sus *piercings* genitales…

—Anda, ven. Quiero descubrir lo bien que sabes… —dice con aire seductor, cogiéndome de la mano e intentando tirar de mí hacia el sofá.

La polla me aprieta a más no poder en los vaqueros. La tengo durísima, pero muy a mi pesar, la freno en seco.

—Espera un segundo. Prometo follarte encima de todos los muebles de este piso, pero hoy… Hoy te quiero en mi cama.

Dicho esto, la cojo en brazos y la llevo escaleras arriba.

19

Emma

La alarma del móvil me despierta de mi plácido sueño. Gimoteo, abro los ojos y me encuentro a Caleb tumbado a mi lado. Tiene la cabeza apoyada en su brazo flexionado y me observa.

—Buenos días… —digo con una sonrisa.

Intento trepar por encima de él para alcanzar mi móvil y apagar la alarma, pero Caleb me intercepta. Me pone a horcajadas sobre él y siento su erección entre mis piernas.

—Buenos días… —responde sonriente.

Me rodea las tetas al aire con las manos, se incorpora y me mordisquea el pezón izquierdo. Un dulce dolor nace en mis pechos, que se excitan de inmediato, y luego baja hasta mis muslos. Aunque Caleb y yo nos hemos pasado la noche haciendo el amor, no me canso: repetiría una y otra vez. Pero no puedo, porque tengo que trabajar.

—No te sacias nunca, ¿verdad? —murmuro, y le provoco restregando mi coño ya húmedo sobre su polla erecta.

Él gruñe, me agarra de las nalgas y coloca mi sexo justo encima del glande. Está hambriento. *En fin, tengo que andarme con ojo, o no me iré de este piso sin follar.* Como sé que la cosa no acabará con un simple polvo mañanero, no me permito distracciones. Me inclino hacia él y le provoco con mis tetas, elevándolas por encima de su torso, y como era de esperar, me suelta el culo para agarrarme los pechos. Aprovecho el momento y me separo de él. En un abrir y cerrar de ojos, salgo de la cama y le dedico una mirada satisfecha.

—Lo siento, cielo, pero tengo que ir a trabajar —ronroneo y esquivo hábilmente el brazo con el que intenta tirar de mí.

—¿A trabajar? ¿Ahora? ¡Pero si solo son las siete y media!

—Sí, pero antes tengo que ir a casa a ducharme.

—Puedes ducharte aquí también —dice, viéndome recoger la ropa con la cabeza apoyada en el brazo—. Te prometo que te dejaré bien limpita.

—Una oferta muy tentadora, sí señor. Me lo pensaré.

Lo digo en serio. Solo de pensar en los dos en la ducha… *Nuestros cuerpos desnudos y enjabonados. Sus manos explorando y acariciando cada centímetro de mi cuerpo, igual que anoche…* Me recorre un escalofrío de placer. Tengo que

contenerme para no volver a meterme en la cama con él.

—Bueno, tengo que coger un taxi —añado—. No quiero llegar tarde.

Cojo mi vestido negro del suelo y cuando Caleb lo ve, se levanta de un salto.

—Espera, ¿vas a coger un taxi con eso puesto?

Alterno entre Caleb y mi vestido.

—Claro, ¿por? Anoche hice lo mismo.

—Espera, yo te acerco.

Se levanta a toda prisa y saca del armario una de sus camisetas de los Devils. Una vez vestidos, me lleva a casa en su moto. El trayecto es casi tan sexi como nuestro jueguecito matutino. Voy sentada detrás de él, reclinada sobre su espalda. Le aprieto los pechos contra el cuerpo y siento que mi libido aumenta por momentos. No sé si él sentirá lo mismo, pero a mí me excita. El olor de su chupa de cuero me vuelve loca.

Caleb me deja en la puerta de mi edificio y le doy un beso de despedida. Me muero de ganas de él. Él suelta un gemido gutural y me arrima a su torso. Cuando por fin me suelta, tengo los labios hinchados. Vuelve a subirse a su moto y le miro a los ojos: en ellos brilla el deseo en estado puro. Caleb se pone el casco y la visera oscura interrumpe nuestro contacto visual. Poco después, arranca el motor, acelera y se marcha. Me quedo a un lado de la calzada, como una adolescente enamorada, viéndole alejarse. No vuelvo a la realidad hasta que mi móvil me avisa de que le queda poca batería y me doy cuenta de que tengo que darme prisa.

Subo corriendo al piso, me doy una ducha y me preparo a toda leche para ir a trabajar. Justo cuando estoy buscando las llaves del coche, oigo la puerta principal.

Qué raro, el primer masaje de mi padre no es hasta las once…

Me dirijo al pasillo y veo a mi padre intentando cerrar la puerta discretamente.

¿Más secretos?

—¿Papá?

Se sobresalta.

—¡Dios, Emma, qué susto me has pegado!

—¿Qué pasa? ¿A dónde habías ido tan temprano?

Y entonces la realidad me golpea como una tonelada de ladrillos: acaba de llegar a casa. *Dios, parece agotado.* Tiene la camisa mal abrochada y el pelo enmarañado. ¿Y eso que huelo es perfume de mujer?

No, por favor, eso sí que no…

Un dolor agudo me atraviesa el pecho.

—¿Papá…? —murmuro, dando un paso atrás.

—Yo… Bueno, estaba con Bill. Los dos…

—Basta, no me mientas —Suspira y me mira con cansancio en sus ojos apagados—. Has estado con otra mujer, puedo oler su perfume.

—Emma, yo…

—No, papá. No quiero excusas. Necesito saber de una vez qué pasa entre mamá y tú.

Vuelve a suspirar y se pellizca el puente de la nariz.

—Vale, pero aquí no. Vamos a la cocina: necesito un café.

Asiento con la cabeza, avanzo por el pasillo y me siento en una de las sillas de la mesa del comedor. Le veo llenar el hervidor de agua y servirse una taza de café instantáneo. No dejo de pensar en la cara de tristeza que tenía mi madre en Navidad y en la llamada a mi padre que tampoco obtuvo respuesta: tenía el teléfono apagado. Recuerdo que me extrañó, porque normalmente siempre está localizable.

Poco después, mi padre se sienta a mi lado. No se atreve a mirarme a los ojos: mantiene la mirada fija en su taza de café.

—Tu madre y yo estamos pasando una mala racha —comienza por fin.

Sí, ya lo veo… —pienso con amargura—. *Y estoy bastante segura de saber cuál es el problema.*

Se pasa una mano por la frente.

—No sé cómo decírtelo…

—Empieza por sincerarte. Ya soy mayorcita: lidiaré con ello.

Con que le hayas puesto los cuernos a mamá…

He de admitir que jamás se me habría pasado por la cabeza. Otro suspiro y, al fin, confiesa:

—Tu madre me engañó con Marco, su profesor de tenis. Tuvieron una aventura que duró unos diez meses.

Mis labios forman una o silenciosa. No puedo creer lo que está diciendo.

—Pero Marco… ¡Es tu amigo!

—Fue mi compañero de tenis y amigo durante años, sí. Luego le empezó a dar clases a tu madre y… —Hace una pausa y se frota las comisuras de los labios—. En fin, ya te imaginas el resto.

No me lo puedo creer. ¡Fue ella la que engañó a papá, no al revés! Y tuvo la osadía de sentarse frente a mí con esa expresión triste y lamentarse…

—Tu madre era el amor de mi vida. Cuando me enteré de lo que pasaba entre

ella y Marco, se me rompió el corazón —El dolor en la voz de mi padre me hace sollozar. Quiero levantarme y abrazarle, pero prefiero dejar que termine su historia—. He intentado perdonarla. Créeme, lo he intentado, pero no puedo. Dejó a Marco, hizo todo lo que pudo para que las cosas volvieran a ser como antes… —Sacude la cabeza y mira hacia abajo—. No sabía qué hacer, tan solo… necesitaba irme de Aberdeen. No podía soportar más esa ciudad con todas sus mentiras, así que llamé a Bill.

Creo recordar que era su mejor amigo de la universidad, y por aquel entonces, eran uña y carne. Si yo tuviera un problema así, Riley también sería la primera persona a la que llamaría.

—Tuve suerte —continúa—: dos días antes de mi llamada, el masajista del equipo se rompió el brazo. Los Devils necesitaban a alguien, así que… fue como un regalo caído del cielo.

Pienso en Caleb. Me pregunto si estábamos destinados a conocernos. Así es como me siento. Aunque, bueno, la razón por la que estamos aquí es terrible.

—Ajá…

—En fin, ya conoces el resto de la historia. Paralicé la actividad del centro de masajes y me mudé a Portland con lo más importante de mi vida y lo único que me quedaba: tú.

—¡Oh, papá…! —No puedo aguantar más, así que salto de la silla y lo rodeo con los brazos, llorando—. Lo siento muchísimo… —No dice nada, solo levanta el brazo y se aferra a mi hombro. Soy su ancla, lo único que le queda, y ni siquiera lo sabía—. Estaré aquí siempre que lo necesites; te lo prometo.

Él asiente y se seca la nariz con la mano libre. Me fuerzo a volver a la silla, pero estiro el brazo por encima de la mesa para darle un fuerte apretón en la mano. Él me mira con los ojos enrojecidos.

—Bill ha intentado animarme. Me ha llevado a todas partes e incluso me ha creado un perfil en una aplicación de citas. Pero no es para mí. Necesito encontrarme a mí mismo de nuevo y superar la separación antes de empezar algo nuevo.

—¿Y mamá? ¿Cómo lleva todo esto?

Mi padre se ríe amargamente.

—No para de llamarme. Me manda mensajes y me ruega que vuelva. Tuve que apagar el teléfono porque no dejaba de insistir.

Por eso no había forma de contactar con él en Navidad. Y ella, mientras tanto, al borde de las lágrimas. Voy a tener que hablar con ella y explicarle que no va a recuperar a papá. A veces una relación se acaba y no hay forma de

arreglarlo. Tal vez alguien debería explicárselo a la sociópata de Jessica.

—Tu madre aún espera que vuelva a Aberdeen. Pero Emma, eso es lo último que quiero. No quiero saber nada más de esa ciudad y su gente.

Lo que en última instancia significa: «Nosotros, o sea él y yo, (su ancla) nunca vamos a volver». Pues ¿sabéis qué? No me importa. Aún puedo visitar a mi madre y a Riley los fines de semana si me apetece. Además, Portland me ha dado más de una buena razón para quedarme aquí para siempre.

Permanecemos sentados unos minutos más antes de que me vaya a trabajar de mala gana.

Llego veinte minutos tarde a la sala de masajes, donde Parker ya está esperando. Miento y le digo que me he quedado dormida, pero no me echa en cara el retraso, lo que es un alivio. Mientras caliento los músculos del extremo, que tiene pensado ir a la sala de musculación, no dejo de pensar en la conversación con mi padre. Me da pena y creo que es hora de que busque un piso en condiciones. Este apartamento de dos habitaciones que le han proporcionado los Devils debería quedarse en una solución temporal, nada más. En un piso más espacioso, mi padre seguramente se sentiría más cómodo, como en casa.

Sí, es una buena idea. Buscaré un montón de periódicos y echaré un vistazo a los anuncios.

Cuando acabo con Parker, aún me quedan dos masajes más, así que aprovecho, entre otras cosas, para pensar en cómo vamos a gestionar lo de Jessica. Es un tema… peliagudo.

Justo cuando vuelvo a colocar la camilla en su sitio, escucho una notificación de mi móvil. Lo desbloqueo y veo un mensaje de Caleb.

***Caleb:** *Ojalá hubieras vuelto a la cama*
esta mañana. Te echo de menos.
Ya casi he olvidado a qué sabes.
No tengo ni idea de cómo
voy a aguantar todo el día sin ti…

Respondo con una sonrisa en la cara.

***Emma:** *Tal vez reviviendo*
lo que pasó anoche, o si no…

Echo un vistazo a la camilla de masajes que tengo detrás y vuelvo a escribir.

***Emma:** *Siempre puedo refrescarte*
la memoria.

Caleb me responde enseguida.

***Caleb:** *Joder, Emma…*
¡Me vuelves loco!

Su respuesta me hace sonreír aún más. Me imagino a Caleb ajustándose los pantalones porque le aprietan demasiado. Entonces recibo otro mensaje suyo:

***Caleb:** *Me encantaría seguirte el rollo,*
pero tengo cosas que hacer con Parker
y me va a costar si voy por ahí empalmado…
Nos vemos, preciosa.

Estoy decepcionada, porque tenía ganas de escribirle en plan guarro. La idea de calentarlo con unos cuantos mensajes subidos de tono me tentaba demasiado.

Levanto la cabeza y me doy cuenta de que mi padre está en la puerta mirándome.

—Voy a comer. ¿Te vienes conmigo?

Tiene mejor aspecto que esta mañana y me alegra mucho verlo así.

—Claro, de una. ¿Qué te parece… comida mexicana? —sugiero, cogiendo mi bolso.

***

Haber salido a comer con papá ha sido una gran idea. Por fin tenemos tiempo para charlar tranquilamente. Aprovecho para proponerle lo de mudarnos a un piso más grande. Se le ve entusiasmado y se une a lo de echar un vistazo a los anuncios más tarde. Luego le confieso que no es el único que ha estado fuera toda la noche. Creo que ya va siendo hora de sincerarse y eso se aplica a ambos. Sorprendentemente, no le cuesta deducir dónde me he estado quedando. Ya se olía que Caleb me había llamado la atención.

Qué bien me conoce…

En fin, la cosa es que ya no hablamos de mamá. Es mejor no meter el dedo en la llaga cuando aún está cicatrizando. Antes de volver al trabajo, acordamos comer juntos más a menudo. Un ratito padre-hija de vez en cuando nos vendrá bien.

***

Tras dar el último masaje del día, cojo las cosas y me voy a casa. Allí me aseo y me preparo la bolsa, porque supongo que esta noche volveré a quedarme con Caleb. Esta vez quiero disfrutar de un despertar a su lado.

Mientras ordeno la habitación, llamo a Riley para contarle lo de Jessica y sus amenazas. Se queda moñeca[1] y me aconseja que no me tome la situación a la ligera. Según ella, alguien tan pirado como para partirse el labio es capaz de cualquier cosa. Por desgracia, tampoco encuentra una solución a nuestro problema. Cuando cuelgo, estoy igual angustiada que antes.

Quizás Caleb haya encontrado una solución por su cuenta… O al menos, eso espero.

Tenía pensado volver a la pista a eso de las seis para ver el entrenamiento de los chicos, pero justo cuando estoy a punto de salir del piso, me llama mi madre. Quiere saber dónde está mi padre, porque parece ser que ha vuelto a apagar el teléfono. Me siento en la cocina, me preparo una taza de té y hablo con ella. Le pilla por sorpresa que esté al tanto de lo de su aventura. Inmediatamente, intenta explicar su versión de la historia. *Cómo no…* Dice que se sentía sola porque papá estaba todo el día trabajando y necesitaba a alguien que le hiciera caso. Una excusa que, en mi opinión, flojea.

Es evidente que mi padre la quería, ¡de lo contrario, no seguiría sufriendo día y noche! Yo creo que mi madre simplemente se aburría de su vida de ama de casa y le pareció bien buscarse un rollete. Ahora está desesperada porque ha perdido a mi padre, pero ¿qué queréis que os diga? Ella se lo ha buscado.

Me fuerzo a mantener la calma y recordar que no me ha hecho nada a mí. Si la mujer que está al otro lado de la línea no fuera mi madre, le diría lo que pienso sin filtros. Pero en esta situación, he de mantener el temple. Le aconsejo que deje en paz a papá y le hago entender que nunca tendrá otra oportunidad con él. Llora e intenta una y otra vez convencerme de que interceda por ella, pero no doy el brazo a torcer. Mi padre ya ha sufrido bastante y, desde luego, no seré yo quien haga de celestina entre ellos. Cuando por fin deja de llorar, la animo y le sugiero que quede con sus amigas o se busque un trabajo para poder seguir con su vida.

No puedo hacer mucho más por ella, y sinceramente, tampoco me apetece.

Son las ocho menos cuarto cuando por fin cuelgo. Si fuera por mi madre, habríamos seguido hablando hasta mañana por la mañana. Pero es inútil, no puedo ayudarla. Va a tener que arreglárselas sola.

En fin, a otra cosa, mariposa. Aunque ya no llegue al entrenamiento de los chicos, ni de coña me pierdo el castigo que Durand y Parker van a recibir por su apuesta fallida. Pongo un pie fuera de casa y me dirijo a la pista con mi nueva canción favorita, *Call Out My Name,* de The Weeknd, a todo volumen.

A ver si así me calmo un poco…

Mandy me espera cerca de la entrada principal. Como novia del comisario de apuestas, tiene el privilegio de participar en este evento canónico[2]. Entramos en el pabellón a toda prisa y vemos a la mayor parte del equipo reunido en la pista. Todos llevan puesta la indumentaria de los Devils: patines y la equipación negra adornada con el escudo rojo del diablo. Según parece, fue Toby quien inició la tradición de lucir la equipación para liquidar las apuestas.

Caleb y yo nos miramos a la vez. La tensión que se acumulaba en su mandíbula se disipa de inmediato y la sustituye una sonrisa que hace que me lata fuerte el corazón.

Me acabo de dar cuenta de lo mucho que le he echado de menos estas últimas horas…

—Demasiado tiempo has estado lejos de mí… —dice mientras empuja la pesada puerta para reunirse conmigo en el banquillo de los jugadores.

Se acerca y me besa con tal pasión que me entran escalofríos. No puedo evitar gemir en su boca y le enredo las manos en el pelo. En tan solo un instante, todo el deseo que ha estado hirviendo en mi interior durante todo el día brota a la superficie.

—¡Eh, vosotros dos! Idos a un motel o relajaos un poquito… —nos interrumpe Toby, que llega con Durand y Parker.

Me vuelvo hacia ellos y suelto una carcajada.

Sus *outfits* de castigo son unos patines negros y unos calzoncillos. Bueno, hablo de Durand, porque Parker luce el casco y un cinturón protector sobre los bóxeres. Lleva unas pintas curiosas. Con su complexión delgada, parece un alfiler gigantesco o una lombriz con casco. Está ridículo y me entra la risa.

Mientras los dos perdedores se adentran en la pista, Toby saluda a su novia con un beso y coge el palo de hockey dorado que ella le ha traído. Luego se acerca a nosotros, me guiña un ojo y le da una palmadita en el hombro a Caleb.

—¡Venga, al lío! —dice antes de salir disparado hacia el hielo.

—Ahora nos vemos, preciosa —murmura mi delantero, que me roba un último beso antes de seguir al suizo.

El equipo forma un semicírculo alrededor de Toby, Durand y Parker y yo me siento junto a Mandy en el banquillo. Esperamos impacientes a que se apaguen las luces y un foco ilumine al portero.

—Queridos aficionados a las apuestas, ¡hoy estamos aquí reunidos para presenciar el pago de la deuda de Ethan Parker y Pascal Durand! —Otros dos focos iluminan a los perdedores en ropa interior—. Estos dos caballeros pensaron que podrían conquistar a nuestra masajista, Emma, ¡y fracasaron estrepitosamente, porque es dura de pelar! —Toby señala con la punta de su palo dorado a los perdedores en plan dramático. Luego saca un pequeño objeto reluciente—. Y ahora determinaré quién recibe su castigo en primer lugar… con esta moneda.

—¿¡No es increíble!? —exclama mi amiga a mi lado.

He de admitir que Toby está haciendo un gran trabajo como comisario de apuestas. Le vemos negociar con Parker y Durand: estarán decidiendo quién elige cara y quién cruz. Entonces lanza la moneda, la pilla al vuelo y se la estampa en el dorso de la mano.

—¡Cara! Parker va primero.

Los jugadores aplauden y Parker patina hasta la mitad superior de la pista, donde hay una X roja pintada con espray en el hielo.

—No puedo mirar… —se lamenta Mandy—. ¿Te imaginas lo que debe doler que te lancen el disco?

—No, pero supongo que el dolor será insoportable.

—Parker es tontísimo por meterse en algo así. Si termina como Toby, la culpa será solo suya.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué le pasó a Toby?

—¿No conoces la historia del Big Ben? —He oído muchas historias sobre Toby, pero esa, no—. Jurado, mi chico es idiota. Cuando jugaba en el equipo de Londres, perdió una apuesta, la misma que Parker, con la única diferencia de que tuvo que salir al hielo desnudo, sin casco y sin cinturón que le protegiera. ¿Y adivina qué? Le estamparon el disco en todas las joyas de la corona.

—¡Dios, noooo! ¡Suena horrible!

—Desde entonces, solo le asoma una campanilla: el «Big Ben», como lo llaman ellos.

Gracia tampoco tiene, pero no puedo evitar sonreír.

—Bueno, cuando el público esté dispuesto a prestar atención, continuaremos

—nos regaña Toby.

—¡Estamos listas, bebé! ¡Que empiece el espectáculo!

Mandy le hace un gesto a su novio y yo miro a Caleb. Tiene los ojos clavados en Parker. Observo a Durand, que se coloca en la segunda X roja, a unos quince metros de la primera.

Toby levanta un disco en el aire.

—¡El castigo de Parker son tres tiros *a cuerpo pelao*[3]! —anuncia, y le pasa a Durand tres discos de caucho y el palo dorado. Después se vuelve hacia donde está la consola de sonido y luces—. ¡Adelante, Larry!

Larry, ¿el conserje?

Un redoble de tambores resuena por toda la pista.

La verdad es que Toby ha pensado en todo…

Durand levanta el palo y se coloca en posición de tiro. El redoble de tambor va *in crescendo*. Entonces golpea el disco, que le da a Parker en el hombro.

—¡JODERRR! ¡CABRONAZOO! —grita del dolor, frotándose la roncha roja que ya le ha salido en la piel.

El segundo lanzamiento de Durand rebota en el casco de Parker. Si no llevara uno, probablemente estaría pidiendo cita en el dentista para una dentadura nueva. El tercer y último lanzamiento es el peor. Le da a Parker en el muslo, y claramente, lo deja jodido. Mandy y yo nos alteramos al ver que le corre sangre por la pierna.

—¡Tranquilo todo el mundo, es solo un pequeño corte! —nos tranquiliza Toby.

¿Solo un pequeño corte? Esperemos que tenga razón…

—Damas y caballeros —continúa Toby—, un aplauso para Ethan Parker… ¡Con esto, ha saldado su deuda!

Los jugadores aplauden, Parker se une a los demás, y Durand… arroja el palo y corre hacia la puerta como si no hubiera un mañana.

¡Intenta escapar!

—¡DURAND! ¡No te atreverás…! —La voz del portero hace eco en la pista. El canadiense se detiene justo delante de la salida. La expresión febril de su rostro confirma que está dudando entre quedarse o huir. Toby le alcanza enseguida con los patines—. Te lo advierto, crack: sal escopetado y solo llegarás hasta donde puedas mear, porque te cogeré de las pelotas. Una apuesta es una apuesta. Eso también se aplica a *cucarachos*[4] como tú. Ahora vuelve aquí.

Toby le empuja hacia donde está el resto del equipo. Sorprendentemente, Durand cede y deshace el camino.

—Bien, sigamos —añade el portero—. ¿Byers? —El defensa se acerca a Toby, que ha vuelto a ocupar su lugar entre Parker y Durand. Le tiende un cojín de terciopelo rojo sobre el que hay una maquinilla eléctrica—. Ahora le toca a Durand: ¡una buena calva y las cejas afeitadas! Dale, Parker.

Toby le pasa la maquinilla al alfiler gigante y se hace a un lado, con lo que nos deja una vista perfecta para el desastre que se viene. Mandy y yo observamos fascinadas cómo Parker enciende la maquinilla y la coloca junto a la frente de Durand. Este último se tensa y aprieta los puños, desesperado. Entonces el zumbido constante cambia a un ruido más sordo y se abre un surco en la cabellera de Durand. Vemos con asombro cómo Parker despoja al canadiense de su melena y le deja solo con ojos de ratoncillo y una nariz (en la que me fijo por primera vez, por cierto) bastante aguileña. No hay músculos ni tatuajes que compensen esa desgracia.

Una vez finiquitado el trabajo, el dúo abandona el escenario con los hombros caídos y los demás les siguen poco después.

—¡Vaya *show*! —grita Mandy cuando su novio, seguido de Caleb, se une a nosotras en el banquillo de jugadores.

—Sí, ha estado guapo… —dice Toby con una sonrisa—. ¿Y ahora qué? ¿Vamos a tomar algo?

—Lo siento, tío, esta noche no —responde Caleb, que me rodea con el brazo.

—Ah, ya veo… —dice el suizo con una amplia sonrisa. Sabe que tenemos otros planes—. Bueno, bebé, más tiempo para nosotros…

Toby mueve las cejas rubias y le da un azote en el culo a su novia antes de despedirse con la mano y marcharse.

—¿Qué te parece si vamos a mi casa?

Caleb me mira. Su voz tiene un matiz taciturno. Es tan sexi…

—Me parece una idea estupenda. Deja que coja un par de cosas de la sala de masajes y estoy contigo.

Hoy se me ha ocurrido una idea de lo más sensual: mucho aceite caliente y nuestros cuerpos desnudos.

Os lo imagináis, ¿no?

—Venga, va. Voy a aprovechar y me cambio de zapatos.

Hace un gesto hacia su bolsa de entrenamiento, que está a la otra punta del banquillo de jugadores.

—Nos vemos enseguida —digo.

Me pongo de puntillas para besarle y bajo rápidamente a la sala de masajes. Una vez allí, busco en la estantería un aceite adecuado y encuentro a base de

almendra natural.

Perfecto.

Justo cuando estoy a punto de coger la botella, siento que tengo compañía. Me doy la vuelta y veo a Caleb apoyado en la puerta, con los brazos cruzados. Me mira de tal forma que un cosquilleo se despierta en mi entrepierna. De repente, se aleja de la entrada y camina en mi dirección.

Mi delantero me coge en brazos, vuelve a la puerta, la cierra y echa el pestillo.

---

[1] *N. de la T.* Loca, en *shock*.

[2] *N. de la T.* Acontecimiento trascendental e irrepetible.

[3] *N. de la T.* Desnudo, en pelota picada, o en este caso, con la ropa justa.

[4] *N. de la T.* Sabandija, parásito, mal bicho. En resumen, alguien con mala idea.

20

Caleb

—Alguien está impaciente…

Emma se burla de mí mientras la acerco a la camilla y la tumbo encima con dulzura. No respondo, me limito a trepar por sus piernas y le quito la camiseta. Mientras mis manos bajan por su espalda hasta el cierre de su sujetador, agacho la cabeza y la beso. Su sabor provoca fuegos artificiales en mi boca: hace que me palpite la polla.

Llevo todo el día con una erección. Solo de pensar en Emma, se me levantaba. No aguanto más (y tampoco quiero contenerme). Su sujetador se desliza por su cuerpo y cae al suelo. Agarro sus pechos y le pellizco los pezones, ya duros. Mi belleza emite un leve gemido, me suelta un segundo y mira hacia la puerta. Teme que alguien venga a interrumpirnos.

Voy a hacer que se olvide de todo menos de nosotros.

—Levanta ese culo precioso… —digo mientras le desabrocho los vaqueros.

Se los quito, junto con las bragas y las zapatillas. Luego me arrodillo, me meto entre sus muslos y paso la lengua por su hendidura, ya húmeda.

Joder, ¡su néctar es divino!

Me ocupo con mimo del coño hinchado de Emma, de su clítoris deliciosamente orlado, y la hago jadear en cuestión de minutos. Sus manos escarban entre mis rizos y me tiran del pelo, voraces, mientras acerco su sexo a mi boca. Pero no tengo intención de hacerla correrse así. Levanto la cabeza, me incorporo y le beso el cuello. Los dedos de Emma se abren paso hasta la cremallera de mi chaqueta del equipo. Consigue desabrochármela y me la quita: primero un hombro, luego el otro. Lo siguiente que noto son sus manos bajando por mi torso en dirección al cinturón. Rápidamente me saco un condón de los pantalones, antes de que estos caigan hasta mis tobillos. Ella se incorpora y yo hago lo mismo, observando el deseo en sus ojos mientras se lame la mano y busca mi polla. Suelto el aire de forma brusca, entre los dientes. Su tacto casi me hace explotar. Emma juguetea con mi pene y me tienta tanto como yo lo he hecho con ella. Luego coge una botellita que tenemos al lado, me la acerca a la clavícula y deja correr el líquido por mi torso. Con la mano libre, me unta la parte superior del cuerpo con el aceite perfumado de almendra. Yo aprovecho para ponerme el condón. La agarro por un muslo, tiro de ella hacia el borde de la

camilla y, de un solo empujón, se la meto.

—¡Sí, Caleb…! —gime, ligeramente inclinada hacia mí.

Con las manos en mi cuello, baja la mirada hacia mi polla, que entra y sale de ella. Me mira a los ojos y yo se la meto cada vez más rápido.

Joder, esta chica no se corta ni un pelo…

Le gusta ver cómo me la follo y eso me pone aún más cachondo. Tras unas cuantas embestidas más, me aparta y se baja de la camilla.

—¿Qué pasa? —le pregunto, desconcertado.

Emma me dedica una sonrisa seductora, mete los pies en las zapatillas y se da la vuelta para enseñarme el culo. Me pasa el aceite y se echa hacia delante, con los brazos sobre la camilla. Ahora tengo sus nalgas de infarto delante de mí.

No me cuesta entender lo que quiere, así que abro la botella y esparzo el aceite en el tatuaje de rosa que tiene en la parte baja de la espalda. Trazo un camino descendente y solo me detengo cuando el aceite llega a sus nalgas. Entonces le devuelvo la botella y le extiendo el líquido por el culo. La vista es impresionante: su piel, el tatuaje tribal con la rosa y el atrapasueños de su muslo izquierdo… todo cubierto por una fina película brillante. No puedo contenerme más, así que se la vuelvo a meter en su coño prieto y la agarro de las caderas con más fuerza en cada embestida. Esta postura debe de estar volviéndola loca, porque enseguida empieza a respirar con dificultad. Le acaricio las nalgas y se las separo para poder verle el ano. *Joder, no puedo evitarlo, tengo que tocarlo…* Suavemente, le introduzco la punta del dedo y la estimulo por dentro.

Esa decisión acaba con Emma.

—¡Oh, joder, SÍÍÍ!

Noto cómo su coño se tensa y sus músculos se contraen alrededor de mi polla. La he hecho llegar al orgasmo. Con cuidado, le saco el dedo. Justo cuando trato de agarrarla de las caderas para terminar, se me escapa por segunda vez.

—¿Emma?

—¡Chis, espera!

Coge la palanca y baja la camilla de masaje antes de sentarse en ella. Luego me hace señas con el dedo índice para que me acerque. Me cuelo entre sus piernas abiertas mientras ella vuelve a untarse las manos con aceite, me quita el condón y me masturba con sus manos ardientes. Parpadeo, perplejo, mientras bordea con delicadeza su pezón perforado con mi glande. Entonces caigo en lo que quiere: va a dejar que me corra encima de ella.

Joder, qué buena está…

Mi polla palpita impaciente en su mano. Con una sonrisa pícara, me la

estimula sin tregua. Arriba y abajo, pasando por el pezón. En un par de minutos, siento un cosquilleo en los huevos y acabo corriéndome en sus tetas. Gimo, la agarro por la barbilla y la beso. Su sabor hace que me estremezca una última vez en su mano. Aprieto mi frente contra la suya y respiro profundamente.

Creo haber oído algo en el pasillo, así que me apresuro a secar a Emma con las toallas del cuarto de baño. Luego nos vestimos, limpiamos el aceite derramado por todas partes y cambiamos la funda de la camilla de masaje antes de irnos.

Cuando llegamos a mi loft, nos duchamos juntos y pedimos una pizza. La engullimos en el sofá, que luego adornamos con nuestros fluidos corporales. Cuando por fin nos tumbamos en mi cama, es más de medianoche.

—¿Caleb…? —dice Emma, medio dormida.

—¿Ajá?

—¿Has pensado lo que vamos a hacer con Jessica?

—Sí, la he llamado y le he pedido que se pase por aquí mañana por la tarde.

Ella se tensa de inmediato. No le gusta la idea de que mi ex venga a casa, y lo entiendo, pero ni de coña me paso por la de Jessica. Me tocaría lidiar con su madre y no es plan. Después de la ruptura, aún no ha encontrado palabras amables para mí. Es una entrometida y lo último que necesito es escuchar comentarios de su lengua viperina. Tengo que quedar con Jessica en algún lugar donde pueda hablar abiertamente.

—Es la única manera, nena —le explico—. He de hacer que entre en razón, y para eso solo podemos tener una conversación cara a cara.

—¿Y si no escucha, qué? ¿La elegirás a ella en vez de a mí?

—¡No! Eso nunca.

—Quizá deberías. Si no, arruinará tu carrera. Y no dejaremos que eso pase…

—Encontraré la forma, te lo prometo.

Emma levanta la cabeza y me mira con tristeza.

—No quiero perderte, Caleb…

Sus palabras me atraviesan el pecho: son más intensas que cualquier «te quiero» que haya oído jamás.

—Eso no va a pasar. No lo permitiré —respondo, levantándole la barbilla con el dedo índice y besándola.

***

Es una de las noches de sueño más cortas de mi vida. Me quedo despierto

durante horas, mirando a Emma y pensando en lo que le voy a decir a Jessica. A la mañana siguiente, reina la melancolía. Emma y yo apenas hablamos, pero nos abrazamos y nos besamos con pasión. Cuando la llevo en moto y la dejo en la pista de hielo, tengo la desagradable sensación de que me estoy despidiendo de ella para siempre. Me cuesta dejarla marchar. La atraigo hacia mí una última vez y la beso, pero al final, tiene que irse: Toby espera un masaje suyo. La observo alejarse hasta que se mete en el edificio. Entonces arranco el motor y me voy. Tengo algunas cosas que hacer antes de que llegue Jessica.

No hay tiempo que perder.

Un minuto antes de las cuatro de la tarde, suena el timbre de mi piso. Con el estómago revuelto, abro la puerta a mi ex y la invito a pasar.

¡Mi plan debe funcionar sí o sí!

Jessica está bastante sexi. Se ha puesto el vestidito negro que lleva en noches especiales y su perfume embriagador impregna el aire que la rodea.

—¿Quieres algo de beber?

La conduzco hasta la mesa de póquer y le ofrezco asiento.

—¿Esta mesa siempre ha estado aquí, en medio del salón? —pregunta sorprendida antes de sentarse.

—Sí —miento, para que se centre en la pregunta que le he hecho—. ¿Agua, café? ¿Qué te apetece?

Jess se pasa la lengua por los labios y sonríe.

Yo. Yo le apetezco. ¿Por qué me molestaré en preguntar?

Dejo de insistir en lo de la bebida, acerco una silla y me siento en diagonal frente a ella en la mesa.

—Bueno, Caleb, querías hablar conmigo, ¿no? Supongo que has reconsiderado mi oferta. Suéltalo por esa boquita: ¿qué has decidido?

Detesto la sonrisa de suficiencia que se dibuja en su rostro cuando pronuncia esas últimas palabras.

—¿Te refieres a que te diga a quién vas a torturar? A mí o a Emma, ¿verdad? ¿Haciendo… qué? ¿Obligando a tu padre a que la despida o jodiendo mi reputación? Eso no va a funcionar, porque ¿sabes qué? Emma no solo es la mejor en su trabajo, sino que también es la favorita del equipo —Cruzo las piernas y junto las yemas de los dedos—. Además, no tienes nada contra ella.

Jess sonríe.

—Caleb, ¿de verdad crees que soy tan ingenua? Claro que tengo algo contra tu chica de ojos rasgados.

¡No la llames así, pedazo de mierda racista! —grita la voz de mi cabeza,

pero me obligo a mantener la calma y no dejar que vea mi enfado.

—¿Y qué es? Si puede saberse…

—Pronto lo sabrás. Ahora dime qué has decidido.

—¿Sabes? No consigo entender a qué coño viene todo esto. Quiero decir, lo tienes todo en la vida, un montón de puertas abiertas. ¿Por qué pierdes el tiempo con Emma y conmigo?

—Porque me traicionaste y esa puta te alejó de mí. Me quitó lo que era mío por derecho.

—¿Y esa es razón suficiente para que destruyas nuestras vidas?

—¡Claro que sí! Deberías haberte preguntado lo mismo antes de joderme, ¿no crees?

Está claro que esta niñata no va a atender a razones. Tenso, me paso la mano por la boca y decido hacer un último intento.

—Vale, ¿cuánto quieres?

Ella arquea una ceja divertida.

—¿Hablas de dinero? Caleb, mi familia está forrada. ¿En serio crees que necesito que me pagues? No hagas el ridículo…

Aprieto los dientes.

—Vale, entonces dime qué más quieres. Dime qué puedo hacer para que nos dejes en paz —suelto, juntando las piernas y apoyándome en los codos.

—Hombre, como poder, puedes dejar a esa zorra y volver conmigo. Quizá entonces reconsidere si debo hacer que la despidan o no.

—¡Y una mierda!

—Pues entonces te sugiero que tomes una decisión rápidamente. Tienes hasta mañana a las diez de la noche —dice secamente, luego se levanta y me mira con frialdad—. No creas que voy de farol. No tengo nada que perder. Deja a tu novia o me aseguraré de que mi padre convierta tu vida en un infierno y acabe con vuestras carreras.

Sabía que diría eso; no necesito oír más. Ahora soy yo el que se levanta y grita:

—¡Fuera de mi casa!

Jessica no se sorprende ante la dureza de mis palabras. Al contrario, se encoge de hombros y se dirige a la puerta. Una vez en el marco, suspira y se vuelve hacia mí por última vez.

—Caleb, deberías plantearte si quieres joder tu futuro por una chica como ella. Piensa en lo que te costó entrar en la liga profesional. No hay coño en el mundo por el que merezca la pena arriesgar tu carrera.

Dicho esto, Jessica agarra el pomo de la puerta y se pira sin mirar atrás.

21

Emma

Desde que Caleb me dejó en la pista, la sensación de inquietud que tenía a primera hora de la mañana ha ido a peor. No dejo de temblar y tengo las manos heladas. Llevo toda la mañana sintiéndome mal.

Dios, espero de todo corazón que esté dispuesta a hablar…

Cuando llega la hora de la comida, no consigo llevarme nada a la boca, y mi padre se empieza a preocupar. Le digo que no me encuentro bien, lo cual no es mentira del todo, porque mi estómago ahora mismo es el infierno.

Poco después de las tres y media, acabo la jornada. Estoy tensa a más no poder, porque sé que pronto verá a Jessica. Para distraerme, voy al súper a comprar. Caleb y yo hemos quedado en mi casa a las ocho de la tarde. Ya que es mi novio, quiero presentárselo formalmente a mi padre a la hora de la cena. Mientras deambulo por los pasillos del supermercado para reunir todos los ingredientes que hacen falta para la lasaña, no dejo de mirar el móvil. Ni mensajes ni llamadas: cero patatero.

¡Me estoy desquiciando!

De vuelta en casa, guardo la compra y envío un mensaje a mi padre para recordarle lo de la cena de esta noche. Aún no son ni las cuatro y media.

¿Seguirán hablando esos dos?

Decido distraerme limpiando un poco. Para el caso, quiero que todo esté en su sitio antes de que llegue Caleb.

Una hora más tarde, no aguanto más y le mando un mensaje:

***Emma:** *¿Todo bien? ¿Cómo ha ido la conversación con Jessica?*

Con el corazón palpitante, espero una respuesta que jamás llega. Intento convencerme de que es posible que esté entrenando y aún no haya visto mi mensaje.

Es hora de ponerse con la lasaña. Así estará lista a tiempo.

***

A las 20:07 llega mi padre.

—¡Siento llegar tarde, hija! Bill me ha convencido para ir a tomar una cerveza después del entrenamiento. ¡Huele que alimenta! —dice entrando en la cocina para hacerme compañía.

Cuando me ve sentada a la mesa con los brazos cruzados sobre la tripa, reconcomida por la angustia, se detiene en seco.

—¿Emma? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? ¿Dónde está Caleb?

—No ha venido…

—Pero ¿por qué? Estaba seguro de que ya estaría aquí. Si se saltó el entrenamiento y todo… Pensé que estaríais los dos preparando la cena.

—¿Se ha saltado el entrenamiento?

¿Le habrá pasado algo?

De repente, me entra el miedo: espero que Jessica no le haya hecho nada. Viniendo de esa energúmena, no me extrañaría.

—Sí, Bill estaba que trinaba. Los chicos jugarán pronto el primer partido de los *playoffs*. Estos entrenamientos son cruciales.

Cierto. Además, no es propio de Caleb saltarse uno. Estoy a punto de levantarme para ir a buscarlo cuando mi móvil, que está a mi lado sobre la mesa, emite un sonidito característico. Presa del pánico, lo desbloqueo y veo que he recibido un SMS. Es de Caleb.

***Caleb:** *Siento tener que cancelar*
la cena, pero me ha surgido algo.

Un dolor intenso me atraviesa el estómago al darme cuenta de que me he preocupado por nada. Caleb está bien; probablemente no quiera verme. Con lágrimas en los ojos, miro fijamente la pantalla del móvil. Mientras tanto, mi padre acerca una silla y se sienta frente a mí.

—Emma, necesito qué me cuentes qué pasa. Por favor, cariño, di algo… —Me trago el nudo desgarrador que tengo en la garganta y levanto la vista. Una lágrima cae por mi mejilla mientras miro a mi padre—. Déjame ser tu ancla, al igual que tú eres la mía —dice con dulzura, apoyándome la mano en la rodilla.

No hace falta más para que el torrente de palabras fluya de mis labios. Asiento con la cabeza y, entre lágrimas, le hablo de Caleb y de mí. Le cuento cómo nos conocimos y que él lo es todo para mí. También le hablo de Jessica, de su oferta (o amenaza) y de que Caleb tenía pensado hablar con ella hoy. Me escucha atentamente y frunce el ceño cuando le enseño el mensaje en el que

Caleb cancela nuestra cena.

Me desahogo, le dejo ver todo mi dolor y, al final, dejo que mi padre me abrace y me consuele. Luego se sirve un plato de lasaña y pasamos al salón. Mientras él se acomoda en su sillón, yo me tumbo en el sofá. Me duele mucho la cabeza. Mi padre me tranquiliza y me dice que es mejor esperar a ver qué pasa mañana. Puede que todo se arregle. Cree que Jessica no es más que una niña mimada acostumbrada a conseguir lo que quiere y que el señor Flake es lo bastante razonable como para no despedirme solo porque su hija lo exija. Su voz reflexiva me tranquiliza. Un poco después, me quedo medio sopa, así que mi padre me trae la colcha de la cama y me arropa. Le conozco: se quedará hasta tarde enfrente de la tele, cuidando de mí. Por eso le quiero tanto. Siempre está ahí cuando las cosas no van bien.

—Que duermas bien, cariño… —murmura, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Papá…? —digo con los párpados pesados.

—¿Sí?

—Parece que nos han traicionado a los dos, ¿eh?

—Esperemos que no —responde solemne—. Ahora duérmete; estoy aquí, contigo.

Me dedica una sonrisa llena de bondad, con la que intenta decirme que todo saldrá bien, y se acomoda en su sillón. Después enciende la televisión con calma y se come la lasaña, que se le ha quedado fría.

***

A la mañana siguiente me despierta a las ocho en punto. Compruebo inmediatamente mi teléfono, pero por desgracia, no hay mensajes ni llamadas de Caleb.

Vaya chasco.

Incapaz de soportar la incertidumbre por más tiempo, le llamo, pero no contesta. Le dejo un mensaje en el contestador y le pido que me devuelva la llamada. Luego me arreglo para ir a trabajar. Mi padre me obliga a comer algo antes de ir a la pista de hielo.

Cuando llegamos, me siento vacía, desolada, como el cielo gris y sombrío de Portland. Junto a mi padre, bajo las escaleras hacia nuestras salas de masaje.

—No dejes que tus pensamientos tomen el control, Emma —insiste mientras caminamos por el pasillo y giramos a la izquierda hacia nuestros espacios de

trabajo—. Ya verás como todo va…

Mi padre se detiene bruscamente y se queda quieto al ver a Jessica y al señor Flake en la puerta de mi sala de masajes.

—No, por favor… —susurro al sentir que algo se rompe dentro de mí.

Ya es oficial. Caleb ha elegido su carrera.

No le culpo: yo misma se lo aconsejé, pero en secreto, esperaba que no lo hiciera.

Mi padre me mira con pesar. Su expresión lo dice todo.

—Tenías razón, cariño, parece que nos han traicionado a los dos.

Entonces carraspea, pone la espalda recta y se acerca a ellos. Abogará por mí, me protegerá: lo sé.

Ahora toca ser valiente, Emma… —pienso mientras camino erguida detrás de mi padre, tragándome mi dolor.

—Señor Flake, ¿a qué debemos el honor de su visita?

Cuando el hombre de la silla de ruedas nos ve, su rostro se ensombrece.

—No estoy aquí por usted, Maxwell, sino por su hija. ¡TÚ…! —ladra al pasar junto a papá.

Flake se dirige directamente hacia mí y me señala con un dedo acusador. Jessica sonríe con malicia justo detrás de él.

—¿Cómo te atreves a intentar envenenar a mis chicos con esta porquería? —dice y me lanza una bolsita de plástico, que cojo por reflejo. Es transparente y está llena de pastillas amarillas con una carita sonriente. Miro las pastillas, frunzo el ceño, y de repente, entiendo el plan de Jessica a la perfección—. ¿Creías que no me iba a enterar? ¡Estás despedida con efecto inmediato!

—¡Un momento! ¿Qué es todo esto? ¿De qué acusa a mi hija?

Mi padre interviene y se acerca a nosotros. Detrás de él, Jessica repta hacia mí como una víbora.

—Su hija intentó vender drogas a mis jugadores. Jessica vio con sus propios ojos cómo intentaba colarle esas pastillas a Durand.

—¡No es posible, ella nunca haría algo así! —exclama mi padre indignado.

—Oh, ¿o sea que dice que mi hija miente?

—¡Estoy diciendo que Emma es una buena chica y que jamás se metería en drogas!

—Si su hija es tan decente como usted dice, explíqueme cómo consiguió las pastillas y por qué intentó venderlas —El señor Flake sube el tono con cada palabra. Tiene la cara roja como un tomate—. Si hay algo que prohíbo terminantemente a los jugadores de mi equipo son las drogas. ¡Y fíjese, de

repente viene su hija e intenta vender esta bazofia a los chicos!

Miro a mi alrededor con impotencia; todavía sostengo la bolsa en la mano.

—Ya se lo he dicho, ¡Emma jamás se metería en drogas! ¿De dónde han salido esas pastillas? ¿Quién ha dicho que son suyas?

—Registramos su sala de masajes y las encontramos escondidas bajo el cojín de la camilla. ¿Y bien? ¿Qué tiene que decir ahora? ¿Todavía está convencido de la inocencia de su niñita?

—Alguien debe haberlas puesto allí.

—Por favor, Maxwell, no se deje en evidencia…

Jessica se acerca discretamente a mí mientras nuestros padres discuten con fervor.

—¿Qué opinas, Emma? Encontré un buen escondite bajo la camilla recién limpita donde Caleb y tú os divertisteis anoche, ¿a que sí? —sisea en voz baja. La miro con incredulidad. Caleb tenía razón, ¡había alguien detrás de la puerta! —. No pongas esa cara de pasmada; os oí a los dos. Sonaba a que os lo estabais gozando. Pero ¿dónde está ahora tu semental? —Levanta las manos y mira a ambos lados de forma exagerada. Luego finge compasión—. Parece que te ha dejado tirada… Has perdido, tía. Caleb no está contigo.

Oír esas palabras de su boca es como recibir una bofetada. No sé si prefiero borrarle esa sonrisa petulante de la cara o huir de este sitio.

—Tergivérselo tantas veces como quiera: Emma trajo drogas a mi pista; punto. Y por eso, está despedida —dice el señor Flake con frialdad, a escasos pasos de nosotros.

Me giro hacia mi padre, que pone los brazos en jarra.

—Si despide a mi hija, yo me iré con ella.

—Por favor, adelante. No es el único masajista deportivo del mundo. Bill le encontrará un sustituto —La boca del señor Flake, ya maltrecha por su cicatriz, se contorsiona aún más mientras nos mira a mi padre y a mí—. Haced las maletas e idos. ¡Hoy mismo! —gruñe al pasar por mi lado.

Parece que ahora nos trata con el vosotros desdeñoso…

Sé que no me creerá más de lo que cree a mi padre, pero tengo que intentarlo. Aunque Caleb me haya abandonado, no quiero irme de Portland y perder a Toby y a los demás.

—Señor, por favor, sé que parece que las pastillas son mías, pero de verdad le digo que no tengo nada que ver con ellas.

—Guárdate las excusas, chica. Estás acabada.

Estoy a punto de explicarle que su hija ha orquestado todo esto cuando oigo

pasos. ¡Multitud de pasos! Los cuatro miramos hacia el pasillo, por donde llegan Toby y los demás jugadores. Veo a Byers, Parker e incluso a Durand, que ya no tiene cejas, lleva una gorra de los Devils y parece que preferiría estar en cualquier parte menos aquí. El único que no está con ellos es Caleb. Los chicos se dirigen directamente hacia nosotros y se detienen justo delante de la silla de ruedas del señor Flake.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta el dueño del club.

—Hemos venido para evitar que cometa un error —explica Toby, mirándome brevemente para asegurarse de que estoy bien, y luego vuelve a mirar a su jefe —. ¿Es cierto? ¿Ha despedido a Emma?

¿Cómo lo sabe?

—Eso no es asunto tuyo, hijo. Ahora, dejadme pasar.

Flake intenta colarse entre Toby y Byers, pero los dos jugadores forman una muralla humana.

—No, no lo haremos.

Los ojos azules de Toby permanecen fijos en el propietario de los Devils. Han venido todos por mí y me conmueve tanto que a puntito estoy de llorar.

Al menos significo algo para ellos…

—Emma es nuestro amuleto de la suerte —dice uno de los chicos del fondo.

—Sí, no puede echarla. Y menos ahora, que empiezan los *playoffs*. La necesitamos —añade Byers.

—Si vuestro amuleto de la suerte es tan valioso, tendréis que buscaros otro. No toleraré trapicheos de drogas delante de mis narices —responde Flake con severidad.

—En ese caso, va a tener que fichar a otro delantero —dice una voz que me produce escalofríos.

El corazón se me acelera. *¿De verdad es él? ¿Está aquí?* Veo cómo los jugadores se hacen a un lado para dejar pasar a Caleb. Efectivamente, ha venido. Me cuesta creerlo. *¿Significa esto que no me ha dejado tirada?* Me muero por correr hacia él y lanzarme a sus brazos, pero me contengo. Su mirada se cruza brevemente con la mía antes de posarse en la bolsa de plástico que tengo en la mano.

—¿A qué te refieres, Caleb? ¿Qué intentas decirme? —pregunta Flake, de repente menos seguro de sí mismo.

—Estás enfocando tu ira en la persona equivocada. Esta mierda —Señala la droga que tengo en la mano— es de Durand, y fue tu hija quien la escondió entre las cosas de Emma.

—¡Eso es mentira! —exclama Jessica con voz chillona.

—¿¡Cómo te atreves a acusar a Jessica!? —dice su padre.

—Por favor, Carl… —Caleb apoya la mano en el hombro del dueño del club —. Concédeme cinco minutos y te explicaré qué está pasando aquí.

El rostro del Flake se contorsiona de ira, pero permanece en silencio, por lo que Caleb continúa:

—Durand usa estas pastillas para volver sumisas a las mujeres —Se vuelve hacia sus compañeros—. ¿Recordáis la primera noche de Emma en el Brillant? ¿Recordáis lo aturdida que parecía al final? Eso es porque Durand le echó media pastilla en el Long Island.

—¿Qué hiciste… qué? —exclamo, mirando al canadiense con incredulidad.

Por eso arrastré la resaca durante días…

—¡Eres hombre muerto! —gruñe Toby, agarrándolo por el cuello.

—¡Esto es culpa tuya, Jess! Dijiste que todo iría bien… ¡Hostia puta, joder! —grita Durand de repente.

Ahora todos los ojos están puestos en la niñata en cuestión.

—¿Qué dices? ¡No tengo ni idea de lo que habla! —chilla.

—¡Lo sabes de sobra! ¡Me pediste que te diera las pastillas para poder vengarte de Caleb!

—¡¿Qué?! ¡Eso es mentira! ¡Lo que pasa es que me la tenéis jugada! —La muy bicho se vuelve hacia su padre, ridícula, buscando protección—. ¡Papá, tienes que creerme! ¡No tengo nada que ver con esa droga!

—¿Ni tampoco con intentar chantajearme? Ahora resulta que no me exigiste que eligiera entre mi carrera y Emma, ¿verdad? —pregunta Caleb.

—No sé de qué me hablas. ¡No necesito chantajear a nadie! —chilla Jessica.

—¿Ah, no…? ¿Parker?

Caleb se vuelve hacia su amigo, que asiente y sale del mogollón.

—Señor Flake, si no le importa echarle un vistazo a esto… Lo grabé ayer por la tarde en el loft de Caleb.

Parker busca en la galería de su teléfono y luego se lo pasa a su jefe. Flake coge el *smartphone* con el ceño fruncido y mira la pantalla. Todos los presentes escuchan con impaciencia.

—Bueno, Caleb, querías hablar conmigo, ¿no? Supongo que has reconsiderado mi oferta. Suéltalo por esa boquita: ¿qué has decidido?

La voz de Jessica suena por el altavoz. Papá y yo nos acercamos a Flake por detrás y echamos un vistazo por encima de su hombro. El dueño del club sostiene el teléfono en la mano: en la pantalla vemos a Caleb y a su ex sentados

en su mesa de póquer, charlando. A juzgar por el ángulo, Parker tuvo que grabar el vídeo desde las escaleras que llevan a su dormitorio.

—¡Papá, para! ¡No veas eso! —exclama Jessica.

Se agacha para intentar arrebatarle el móvil a su padre, pero él la agarra del brazo y la empuja a un lado.

—Calla, quiero verlo…

Ahora le toca a ella observar el numerito atónita. Me abstengo de hacer un comentario sarcástico y veo el vídeo. Caleb se luce: dirige hábilmente la conversación para que poco a poco vaya filtrando información sobre su retorcido plan. El señor Flake se pone tenso al darse cuenta del embuste de su hija. Aun así, antes de levantar la vista, espera a que acabe el vídeo. Se le ve en la cara que está lleno de remordimientos.

—¿Me cree ahora, Carl? Emma no tuvo nada que ver con esas pastillas.

Caleb se acerca a mí y me quita la bolsa de plástico de la mano. Lo hace con dulzura, como en una caricia, y yo me estremezco. Luego me sonríe y se vuelve hacia nuestro jefe.

—Esta basura —explica, mientras le entrega la droga— es de Durand, no de Emma. Me consta que tiene más en su taquilla.

—Señor, por favor, yo jamás me he tomado una y no se las he vendido a nadie del equipo. Tiene que creerme… —suplica Durand.

Toby sigue amenazándolo con el puño y el extremo parece completamente desesperado.

—¡A mi despacho! —dice Flake.

—Señor, por favor…

—¡AHORA MISMO! —truena el jefazo antes de volverse hacia los demás jugadores—. Que esto os sirva de lección a todos. JAMÁS toleraré las drogas en el equipo, ¿está claro? Ahora id a entrenar: tenéis mucho trabajo antes de las eliminatorias.

Flake pulsa un botón en el reposabrazos de su silla de ruedas, lo que le permite hacer un giro brusco y detenerse delante de Jessica. Ella retrocede como un animal acorralado.

—Me has decepcionado profundamente. Mientras yo viva, no volverás a pisar esta pista de hielo. Vete a casa: ya hablaremos más tarde.

Jessica pasa por lado de su padre con los dientes apretados y la cara colorada, pero él se vuelve hacia papá y hacia mí.

—Creo que os debo una disculpa a los dos. Lo siento: no tenía forma de saber lo que sucedía a puerta cerrada. Si todavía lo quieres, Emma, el trabajo

sigue siendo tuyo —Estoy tan abrumada por todo lo que acaba de pasar que solo puedo asentir en silencio—. Muy bien, en ese caso, bienvenida de nuevo, amuleto de la suerte —añade satisfecho, luego se da la vuelta y sigue a los chicos.

—Os dejo a solas —dice mi padre, sonriente.

Me besa en la frente y se marcha. Miro a Caleb, que se coloca justo enfrente de mí y me mira serio.

—Lo siento… —dice en voz baja y me coge de las manos, lo que hace que se me forme un nudo en la garganta. *Dios, cómo he echado de menos tenerlo cerca.*…—. No quería que pensaras que había elegido mi carrera antes que la tuya, pero no me quedaba otra. Era la única oportunidad que tenía de engañar a Jessica y Durand.

—Pero no… no lo entiendo…

Mi voz es áspera como el papel de lija.

—No te conté mi plan porque Jessica no debía sospechar que intentábamos engañarla. Tenía que morder el anzuelo y creer que yo estaba en tu contra. Era la única manera de asegurarme de que estuviera aquí hoy para poder exponerla delante de todos.

—¿Planeaste todo esto?

—Sí. Después de que Parker grabara ese vídeo ayer por la tarde, esperé dos horas y llamé a Jessica. Le dije que había reconsiderado su oferta y que escogía mi carrera. Entonces le mentí para que me contara su plan: le hice creer que no quería volver a cruzarme contigo, así que necesitaba saber exactamente cuándo iba a arrojarte a los leones. Estaba tan segura de haber ganado que me lo contó todo. Me habló de las pastillas, de dónde las había escondido y me dijo cuándo planeaba delatarte.

Me cuesta creerlo: estaba tan segura de que no me había elegido… Siento cómo desaparece al fin el peso insoportable que me oprimía el pecho desde anoche.

—Por un momento creía que me habías abandonado —murmuro, mirando sus hermosos ojos.

—Emma, yo… —dice en voz baja. Me coge la cara entre las manos y su pulgar atrapa una lágrima que cae por mi mejilla—. Nunca te abandonaré. Ni por mi carrera ni por nada en este mundo —Se agacha ligeramente para que pueda sentir su aliento haciéndome cosquillas; luego susurra—: me perteneces y nadie te alejará de mí.

Acto seguido, acerca sus labios a los míos y sella sus palabras con un beso

largo e intenso.

Epílogo

Emma

Diez días más tarde.

Absorta en mis pensamientos, me quedo sentada a los pies de la cama, jugueteando distraídamente con el edredón. Hoy los Devils han jugado su primer partido de los *playoffs* y han ganado tres a dos. Ha sido un partido de locos: Caleb y el resto del equipo estaban a tope y hasta Durand lo ha dado todo. Eso ya es decir bastante, teniendo en cuenta que ha pasado por una racha bastante mala.

Después de que el señor Flake descubriera lo de las pastillas, le puso a prueba. No lo despidió, pero tuvo que someterse a un control antidopaje en el que dio negativo. Es más, Flake insistió en que se entregara por haberme drogado a mí y a otras chicas. Me consta que el canadiense se planteó dejar el equipo por sus movidas, pero fue el propio Caleb quien cuidó de su compañero de equipo. Cree que todos en este mundo merecen una segunda oportunidad, incluso Durand. Sigue enfadado con él por haberme echado aquella media pastilla en su momento, pero aun así, el capitán del equipo le convenció para que se quedara. No quería que acabara con su carrera ni desperdiciara su talento. Gracias a él, el extremo se ha encauzado al fin.

Por lo demás, han cambiado muchas cosas. De momento, no hemos vuelto a ver a Jessica. Según Bill, su padre le ha prohibido de por vida todo contacto con sus jugadores. Le horrorizaba la idea de que su hija saboteara a su equipo. En cuanto a mis padres, tuvieron una conversación bastante larga. Mi madre se disculpó por haber abusado de la confianza de mi padre y finalmente se dio cuenta de que no había forma de arreglarlo, así que iniciaron los trámites del divorcio. Me duele verlos sufrir, pero sé que es lo único que se puede hacer.

—¿Te das cuenta de que estás manoseando la cama en vez de a mí?

Miro por encima del hombro y veo a Caleb entrando en mi nueva habitación, avanzando hacia mí. Mi padre y yo hemos encontrado por fin un maravilloso piso de cuatro habitaciones cerca de la pista de hielo en la que entrenan los Devils.

—Tenemos toda la noche para nosotros. Ya me ocuparé de ti… —respondo al sentir un cosquilleo agradable en el estómago.

Pese a que ahora estamos aquí, Caleb y yo solemos pasar la noche en su loft, por la sencilla razón de que no podemos quitarnos las manos de encima. En su

piso podemos hacer todo el ruido que queramos sin preocuparnos de que nos oiga mi padre. Había pensado dormir esta noche en casa, pero teniendo en cuenta cómo me está mirando Caleb, va a ser difícil cumplir con mis planes.

Me rodea la espalda con los brazos y tira de mí.

—Cierto. Y podemos hacer lo mismo mañana y pasado y al otro… —me susurra al oído con aire seductor.

Siento su aliento en la nuca, luego me besa la curva del cuello. Su lengua recorre un camino húmedo hasta el lóbulo de mi oreja, con lo que me hace estremecer. Caleb sonríe contra mi cuello. Sabe exactamente cómo reacciono ante su cercanía y se deleita con ello.

—¡Espera, espera!

Suelto la colcha y me vuelvo hacia él. *Joder, me encanta esa mirada hambrienta que se dibuja en su rostro.*… Levanto los brazos, le rodeo el cuello con las manos y me acerco a él. A juzgar por cómo se muerde el labio, ha notado mis pezones duros a través de la fina tela de mi vestido de cóctel.

—¿Sabes? —ronroneo, poniéndome de puntillas para mordisquearle el labio inferior—. Preferiría desnudarte aquí y ahora, empujarte a la cama y continuar donde lo dejamos esta mañana…

Los ojos de Caleb se tornan más oscuros.

—¿Ah, sí…?

Hay un atisbo de excitación en su voz.

—Sí. Podríamos ensuciar esta cama… Te chuparía la polla y me la metería despacio hasta la garganta… —Hago una pausa—. En fin, tenemos que irnos, o llegaremos tarde a la fiesta en el Brillant —susurro, reprimiendo una sonrisa.

Me zafo rápidamente de él y me dirijo hacia la puerta. Mi padre aparece junto al marco.

—Hola, ¿cómo estáis?

—Bien, bien… —respondo y le dedico a Caleb una sonrisa cómplice.

Este entrecierra los ojos y me mira como diciendo que ya me las veré con él más tarde y que voy a pagar por ponerle tan caliente.

De repente, llaman al timbre.

—Ese será Bill —supone mi padre y me señala el camino.

Estoy a punto de seguirle, pero Caleb me coge de la mano y tira de mí hacia él. Me río, porque creo que pretende torturarme de vuelta, pero su expresión es sorprendentemente seria. Frunzo el ceño y lo miro. Entonces alza la mano y me coloca suavemente un mechón de pelo detrás de la oreja. Sigue sus dedos con la mirada y avanza por mi mandíbula hasta llegar a mi mejilla.

—Gracias —dice sinceramente, y luego clava sus preciosos ojos marrones en los míos.

—¿Por qué? —pregunto, apoyando la cara en su cálida palma.

—Por darnos una oportunidad a los dos.

Un breve pero agudo pinchazo restalla en mi tripa al recordar la noche frente al Old Habana. En aquel momento, un futuro con él parecía inimaginable, pero lo hicimos realidad. Hemos trazado un camino para los dos a pesar de todos los obstáculos

—Una vida sin ti me resulta impensable, Emma —añade.

La voz de Caleb es dulce, pero vehemente. Sus palabras calan en mí y se abren paso hasta mi corazón. Ahora sé que lo que siento por este hombre no es comparable a lo que he sentido por otras personas. Caleb me posa las manos en las mejillas y nuestros ojos se encuentran.

—Te quiero —dice al fin, y mi corazón se desborda de felicidad.

—Yo también te quiero —respondo, con la voz entrecortada por la emoción.

Su sonrisa me provoca una intensa ola de calor. Caleb se inclina y me besa. A nuestro alrededor, el mundo desaparece y solo soy consciente de su presencia.

En mi mente, tan solo un pensamiento:

El nuevo trabajo, mi vida en Portland… todo esto es más que un golpe de suerte. Es obra del destino: Caleb y yo… estamos hechos el uno para el otro.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@christine_troy_autorin
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Keti Matakov